

CLAUDIO HERNÁNDEZ

CONFIDENCIAS DE UN

**DIOS**

# Confidencias de un Dios

Claudio Hernández

Primera edición eBook: julio, 2019.

Título: Confidencias de un Dios

© 2019 Claudio Hernández

© 2019 Diseño de cubierta: Higinia María

Código Safe Creative: 1906171184220

Licencia: Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

*Este libro se lo dedico a mi suegro que siempre fue y será mi padre, desde el cielo, allá donde quieras que estés, necesito que sigas a mi lado en esta vida tan dura. También dedico este libro a mi esposa Mary, quien aguanta cada día niñeces como esta. Y espero que nunca deje de hacerlo. Duerme cariño, duerme...*

# Confidencias de un Dios

1

—¿Dónde está ese puto maricón? —preguntó la voz rajada; como si las cuerdas vocales vibraran como las de una guitarra eléctrica de un grupo de *rock*. Y al final de todo, se podía escuchar una sonrisita jocosa y malvada a la vez.

El papa Francisco se separó el teléfono del oído y miró el dispositivo como si allí hubiera algo interesante. Desde que había abierto una jodida cuenta de Twitter, las críticas eran algo muy común por parte de los ateos y las alabanzas por aquellos fieles seguidores de la religión eclesiástica también.

Pero lo que acababa de oír le hizo escuchar los latidos de su corazón en las sienes, y sintió como si alguien con un palo le removiera las tripas, y al final, tristeza y una carga moral y de culpabilidad.

Se acercó el teléfono al oído lenta y oficiosamente.

—Hijo mío. Reconozco que ha habido y hay obispos, arzobispos, curas e incluso cardenales que son de una condición sexual distinta. A eso me refiero que reconozco que dentro de la iglesia católica existe lo que se le conoce como hombres homosexuales. A eso se le llama Gay y por su parte podría haber resultado muy grosero con ofender a este conjunto de personas que nacieron en cuerpos distintos o quizá, me atrevería a decir, equivocados. Pero lo respeto. No hay nada de malo en ello si existe consentimiento...

—Bueno, déjese de cháchara. Lo siento. No quería decir eso exactamente. No va conmigo esta actitud. Pido perdón a toda la comunidad Gay. —Aquella voz se quebrantaba con el discurso y en parte el papa Francisco podía advertir cierto arrepentimiento y a la vez, cierta mentira en su tono de voz.

—Está bien. Lo dejamos ahí. El buen respeto no debe faltar nunca —acució Francisco. Se miró el enorme anillo rojo de su dedo corazón y añadió —. ¿Es usted creyente?

—No.

—Dios no acoge solo a los creyentes, sino también a aquellos que son ateos y bautizan a sus hijos. Entonces Dios, ¿olvidará a ese hombre cuando muera? No. Antes entra un ateo que bautiza a sus hijos que un creyente no practicante que...

—Que... que... —interrumpió la voz. Ahora sonaba como un timbre metálico. En el fondo de la comunicación el silencio era atrapado por los chasquidos que no deberían escucharse en pleno siglo XXI. No era un intercomunicador empleado en la segunda guerra mundial. Era un jodido teléfono y de los de última generación.

El papa respiró profundamente y sintió que algo malo le iba a decir. Lo presentía y por ello no le temblaría el pulso a la hora de contestar.

—Soy paciente. Me acaba de interrumpir y creo que sé en lo que está pensando. No es que lo vea en la distancia. Es solo una intuición. Dígamelo y acabemos con esta conversación.

Reinó un silencio ominoso.

Las palomas aleteaban sobre la basílica y el ruido era creciente después, rompiendo en dos, el silencio profundo y lejano.

—Acaba de soltarme una perorata con los que Dios elige y ahora me dice que cree saber lo que pienso. La verdad, nunca había conocido un papa así. No me lo esperaba para nada. Se nota que la iglesia debe adaptarse a los tiempos que corren...

—Suéltelo —le atajó Francisco. Sus ojos no brillaban y sus labios parecían estar sellados como una cremallera ajustada. Se llevó el dedo corazón hacia la boca y la piedra del anillo produjo un ruido seco al tocar sus dientes delanteros.

—Está bien. Se lo diré ya. ¿Qué opina de los abusos sexuales a los menores dentro de la iglesia?

Francisco no contestó de inmediato y escuchó el jadeo de aquella voz que no reconocía, preguntándose cómo demonios había obtenido su número de teléfono. Al papa le gustaba rodearse de escolta y seguridad Sueca. Algo había fallado, pero lejos estaba el ponerse nervioso. Impasible como siempre, contestó:

—Eso es un pecado que no tiene perdón en estos momentos. Los involucrados deben pedir perdón y marcharse de la Santa Sede. He abierto una guerra contra esto y he pedido perdón al mundo por ello. Si hay que entregar a

un cura, un obispo, un arzobispo, un cardenal o un viejo nuncio a la policía para que los juzguen. Lo haré sin titubear. Y si son condenados con penas de cárcel, eso estará bien. ¿Tiene algo más que preguntar?

Se escuchó un chasquido como el resuello de una chimenea.

—Creo que eso está bien —dijo la voz áspera—. Eso está bien, pero morirán dentro de una semana.

Y colgó.

El papa Francisco se quedó mirando al teléfono como si allí resplandecieran los ojos de aquel hombre, pero no vio nada. Estaba sentado en un sillón rojo y con los antebrazos dorados. Se dejó deslizar en el hueco y dejó el teléfono sobre la mesa de madera de roble alargando un brazo pesado y lento. Después de esto, perdió la mirada mientras rumiaba.

Algo le decía que iba a estar mal.

Y que después de todo, sería peor que los pedófilos, porque hablaba de muerte y quizá de tortura. No supo por qué esta última palabra se le vino a la cabeza, pero si sabía que por delante tenía un camino de espinas que recorrer.

Y se preguntó por quién se había interesado en el comienzo de la conversación.

Cada policía o cuerpo de policía, cuidaba de su perro en su país y Dios tomaba cuentas en todos los estados miembros de la Unión Europea. Así era y es EUROPOL. Chad Chamberlain, cuyo nombre no era para nada europeo, estaba hostigando un cigarrillo entre sus largos dedos. El humo del tabaco se enroscaba en el aire y penetraba en sus fosas nasales como una droga que necesitaba inhalar para estar en forma. Ese día llovía. Era otoño y el chapoteo de sus zapatos le había acompañado hasta el porche del edificio, bueno, más allá de la entrada majestuosa que se levantaba como una montaña al que le había segado una cruel guillotina.

Cada gota de agua que se estrellaba sobre su corto pelo, era como un pequeño pellizco sin dolor. La gabardina, oscura como un cuervo, lamia el riachuelo que se había formado al lado de los escalones. Tenía la espalda húmeda y parecía tener una plancha helada entre su gabardina y su piel erizada. Chad tenía barba rala y unos ojos grises que conquistaban a cualquier mujer. Su nariz era larga y curvada. Hacia la izquierda, pero era un defecto que no lo notabas si le mirabas de lado. Su piel, aún estando delante del edificio World Forum Convention Center, en La Haya: era oscura. Los países bajos le habían sentado bien. Tratar de ocultar su descontento en una oficina en los sótanos le había convertido en un hombre fuerte, sin emociones, y que se pasaba la mayoría del día con un semblante serio. No gastaba bromas. No le gustaban los chistes. Era frío y calculador y ahora, parecía que iba a volar de su nido, después de tantos años. Su destino; París.

La Catedral de Notre Dame y no, no creía en las profecías de Nostradamus. Aunque los eruditos o zumbados, decían que algo iba a pasar ese año.

Era delgado y tenía una estatura de 1,85. Calzaba un 47 y tenía un Rolex brillando después de todo, en la muñeca derecha. Aun cuando llovía o nevaba. Siempre brillaba.

Se llevó el cigarrillo mojado a los labios encharcados de agua y tragó una calada. Respiró profundamente y tras escasos segundos, empezó a soltar humo hasta por los oídos, como una máquina de tren de vapor al que se le había



reventado la caldera.

La lluvia seguía acariciándole la cara y el codo cuando miró aquellas feas nubes que parecían grandes piedras chocando entre sí. Tan negras como el carbón. Sus párpados se cerraron un instante. Podía sentir el zumbido de la lluvia y oler la humedad de las paredes, así como del césped que rodeaba el edificio. Y la tierra. También olía la tierra.

Y se preguntó qué demonios había sucedido, para que al fin le dejaran viajar a otra parte de Europa. EUROPOL estaba coordinada con la policía de cada país, pero tenía la competencia en los 28 estados de la UE. Aunque no llevaban distintivos ni armas reglamentarias. Siempre, bajo coordinación, podían enviar a sus expertos en cualquier país miembro.

Y Chad no iba a viajar solo.

Estaba Mohamed Khun.

El humo del tabaco formó un anillo blancuzco que se elevó lentamente en el aire, desafiando las rasgaduras de las gotas de la lluvia. Y ascendió hasta que se hizo tan grande que formó una niebla opaca y después, traslucida hasta extinguirse como un pequeño Big Bang.

Frédéric, capitán de policía en París, pues ya estaba en desuso llamarle inspector oficial de Policía, era un hombre menudo, sin barba, pero sí con un bigote que terminaba en dos extremos puntiagudos. Tan largos que se convertía en la inquietante sonrisa de un payaso. Sin embargo, tenía los labios prietos y apenas respiraba por no hacer ruido. Su mirada de ojos marrones, estaba clavada en la pared falsa que habían descubierto los operarios de obra justo detrás del órgano de la Catedral de Notre Dame, un destacado instrumento, obra de Aristide Cavaillé-Coll antes de 1900, y que ahora estaba recubierto de un plástico negro como si allá abajo se escondiese un moribundo.

—¿Cómo dice que descubrieron esto? —preguntó casi en un susurro. Su voz era ronca y tenía las manos cruzadas a su espalda. Su uniforme se movía en el hueco de la pared como una sombra desvaída.

El hombre mayor, vestido con un mono de todos los colores menos azul, movió la mano antes de expresarse:

—Teníamos que apuntalar aquí unos andamios cuando al golpear la pared nos dimos cuenta de que se escuchaba un sonido como si fuera hueca. Eso indicaba que no era una pared segura y que un clavo ahí se desprendería a la primera de cambio. Mi compañero Jean. —Señaló a un hombre de estatura alta y ataviado, este sí, con un mono azul—. Tuvo la certeza de que la pared estaba hueca. Con sus nudillos hizo una serie de pruebas y me contó que el agujero era demasiado grande como para ser una simple ventana tapiada. Como ya sabe, esta Catedral ha tenido muchas reparaciones y no sospechamos nada al principio, hasta que algo mohoso nos invadió las fosas nasales. Yo me eché para atrás sabe...

—Bueno, está bien. Ya ha dicho suficiente —le atajó Frédéric con los dientes apretados. Su mirada seguía siendo más inquietante que lo que había detrás de la pared o lo que suponía que había, pues todavía no lo había visto.

Los hierros y las tablas estaban en todas partes, como hojas laxas en un bosque. El capitán de policía levantaba quejumbrosamente los pies y soltaba bufidos cuando giraba sobre sus talones al pisar uno de aquellos tubos huecos que proyectaban un chirriante ruido al girar sobre el suelo helado.

—Está bien señor, yo solo quería contarle que abrimos el agujero a la altura del pecho y que tras oler algo fétido de un lugar oscuro, decidimos parar y hacer la llamada de urgencia. No sé lo que puede haber aquí dentro.

Frédéric miró al hombre clavándole los ojos en los suyos. Tenía delante de sí, a un hombre liviano, tranquilo, pero que ahora parecía algo nervioso por el descubrimiento. Casi podía ver cómo le temblaban sus manos. La voz se rajaba como una caña y disminuía de volumen paulatinamente.

El otro trabajador, los miraba de forma inquietante sin decir una sola palabra. Al rato llegaron dos hombres más, en realidad, jóvenes que no llegaban a los treinta. Todos estaban sucios y llenos de manchas.

—Yo creo que ahí dentro hay un nido de ratas muertas —se apresuró a decir uno de los jóvenes. Su dedo índice estaba señalando el agujero del tamaño de una pelota de fútbol.

El hombre de la ley lo miró de reojo y tras esto, aun con las manos en la espalda, se inclinó para ver a través del agujero. Lo único que vio fue la oscuridad total y percibió, eso sí, el olor nauseabundo y mohoso a la vez. Un olor extraño que no era fétido ni áspero. Y pensó, que quizás tenía razón el chico: allí dentro habría ratas.

Los gendarmes estaban pegados en el culo del capitán como si fueran su propia sombra, pero proyectaban tres siluetas en distintos ángulos como si allí hubiera más de un foco encendido. Como en un estadio de fútbol.

—Está bien —dijo finalmente, apartando la cara de aquel jodido agujero. Se apoyó en la parte de un lado del órgano y las tres sombras desaparecieron para rodearles bajo una nota que sonaba de un instrumento que adquiriría de altos honores para tocarlo—. Os autorizo para ampliar el diámetro del agujero. Necesito saber que hay ahí detrás. Según mis superiores no tendría que haber ninguna cámara secreta aquí, entre el órgano de las narices y la pared. Esto es un buen escondite y los tubos como chimeneas de este trasto hacen que uno nunca pueda mirar por detrás.

Cuando terminó la perorata cabeceó dos veces.

El sonido de sus voces respondía en cada pared de la Catedral, en cada sillaría del coro y en cada claristorio, dejando para más adelante, la reverberación que se producía al final del ábside.

Y mientras los trabajadores cogieron el martillo para picar la pared, en algún lugar de Europa estaban Chad y Mohamed de camino en un tren Thalys (THA) sin saber una mierda de lo que estaba sucediendo. A Chad le aterraban

los aviones.

No había suficientes incertidumbres como para empezar una buena aventura y trazar una investigación puntillosa y peculiar. No. Al contrario. Las tenían todas. Absolutamente todas.

Si algo destacaba en un caso nuevo, es que primero debías pisar la mierda. Así de sencillo.

Porque no sabrías por donde empezar a limpiar esa mierda de la suela de tu zapato.

Mohamed tenía una barba negra, casi poblada y sus ojos marrones parecían dos avellanas luciendo dentro de unas cuencas demasiado grandes para ellos. Daba la sensación de que si asentía con la cabeza esos ojos saltarían fuera de sus órbitas. Tenía puesta una chaqueta de cuero más negra que el tizón y los pantalones eran unos vaqueros recién planchados, que también eran oscuros. No había hecho falta planchar un vaquero, pero él era así de especial. Si hubiera podido se hubiera planchado los mocasines.

—Si hubiéramos cogido un avión, ya estaríamos en el destino —rezongó Mohamed mientras movía las manos como aspas. Estaba arrebuñado en el asiento del tren. Frente a Chad, quien lo contemplaba con sus ojos grises en la más pura incertidumbre.

—¿Qué pasa? ¿Tú no tienes ningún tipo de fobia?

El traqueteo del tren, casi inaudible, pero sí como el zumbido de un moscardón de los grandes, amortiguó el tono de su voz sesgada.

—Si tengo una fobia —acució Mohamed. Sus ojos se habían dilatado sin sentido alguno—. Tengo fobia a mírate fijamente a los ojos Chad. Hay veces que das miedo. Y otras, no sé con qué saltarás en tu verborrea. A veces desconciertas.

Chad se repantigó en el asiento de color gris con una raya negra. Al mover las piernas, mostró unos zapatos marrones y los pantalones de pana marrón. Aunque la gabardina del vampiro lo acompañara siempre como una segunda piel. Chad era bastante peculiar. Esa gabardina parecía ahora el mantel de una mesa justo antes de comer un asado de Buey.

—Tú eres gilipollas —aseguró sin sonreír un ápice. Tenía los brazos cruzados y ahora el pie derecho reposaba sobre su rodilla izquierda. En esa posición, mostró un calcetín rojo.

Una mujer de mediana edad, que estaba sentada toda tiesa como una estaca, justo al otro lado del pasillo, lo miró con una sonrisa malévolamente en sus labios. El marido tenía la cabeza apoyada en el cristal de la ventana, por la que pasaban largos y desvaídos árboles a toda velocidad. Parecía que todos, y cada uno de aquellos árboles verduzcos entraban por su cabeza, la atravesaba

como una descarga eléctrica y después salían como una lluvia de balas por detrás.

—Sí, claro. Si tú lo dices. Será así —sonrió Mohamed mostrando su dentadura blanca de entre la barba poblaba—. Pero te recuerdo que soy tu compañero de fatigas y que te he salvado el culo en más de un caso.

—Jajaja. —Aquello no parecía una carcajada, sino un JAJAJA forzado y analizada letra por letra; consonante y vocal—. Diviértete mientras puedas moreno.

Mohamed se llevó dos dedos a los labios y le lanzó un beso.

—En todo el viaje no hemos hablado de nada sobre nuestro nuevo caso.

—Sí, es verdad. Porque no estoy tan seguro de qué vamos a hacer en Francia.

—En la Catedral más visitada del mundo —se apresuró a decir el hombre de rasgos árabes.

Chad le clavó la mirada.

—Ahora que recuerdo. El señor Tinner me dijo algo con respecto a una cabeza cortada que habría aparecido en la mismísima punta de la torre principal. Es decir, la aguja. La que araña las nubes antes de una jodida lluvia. Así que prepárate para subir hasta allí arriba. Son setenta metros de nada. Ahora hay unos andamios que alcanzan esa altura y yo pienso que tú eres el indicado para acceder a la puta cabeza. Además me dijo que había un puto gallo de cobre desde el que te puedes agarrar.

Llamaba Tinner al jefe Markus y no sabía por qué.

—No jodas. ¿Una cabeza en lo alto de la aguja? ¿Y para eso nos han llamado? —Mohamed se había inclinado hacia adelante por primera vez. Tenía el corazón latiéndole desafortadamente bajo el pecho y el tum, tum, rebotaba en sus sienes—. Ya sé. Me estás tocando los cojones —concluyó.

Chad no respondió de inmediato.

—¿Cómo te voy a tocar los cojones?

—Los tengo hinchados, ¿sabes?

—Pues ve al urólogo. A mí que me cuentas.

Entonces de forma precipitada, Mohamed extendió su largo dedo índice y dijo:

—Ah, ya sé. Estás de broma —y soltó una pequeña carcajada.

Chad alzó un cigarrillo justo delante de una pegatina que tenía dibujado un círculo rojo como la sangre de un vampiro. Y atrapado entre sus curvas estaba

el cigarrillo humeando con un trazo también rojo, partiendo la ilustración como un rayo atraviesa un árbol seco y sin ramas.

Entre el zumbido que cautivaba la atmósfera de un tren de alta velocidad, sonó el raspado de un fósforo en su uña. Y mientras acercaba la cerilla al cigarro, no dejó de mirar a Mohamed.

Y así fue hasta el final del trayecto de ese aburrido viaje.

Frédéric empezó a limpiar la mierda de sus zapatos esa misma mañana y continuaría enfangado hasta bien entrada la tarde. Chad estaría a punto de llegar, pero el primero en ver algo, solo algo, sería Frédéric. Al mediodía todos ya verían la punta del iceberg lleno de mierda. Y nadie sabría por qué Chad había sido destinado junto a su acompañante antes de saber qué habría en la famosa Catedral de Notre Dame.

A veces, incluso para ellos, hay secretos ocultos.

Y esta era una de ellas.

Los martillazos dejaron de sonar y repicar en las altas esferas del interior de la Catedral, como si una lluvia hubiera caído de repente toda ella sobre el techo. Cincuenta toneladas de agua de un solo golpe. Solo que no fue así, sino cómo lo describiría Frédéric al dejar de escuchar aquellos jodidos martillazos. Esa era su impresión, nada más.

El silencio sin embargo, también le abrumaba. Daba la sensación de que en un momento a otro, el jodido órgano empezaría a sonar al ritmo de la bachata: totalmente distinto a lo que se solía tocar en aquel escenario, el pretendiente de turno. Los gendarmes que lo acompañaban se miraron a los ojos y retorcieron los labios como si estos se hubieran convertido en gusanos. No eran unas muecas de risa, sino todo lo contrario. De asco.

Los dos trabajadores se hicieron a un lado con la cara y el cabello blancuzcos por el polvillo que se había desprendido del yeso tan blanco como la nieve. Los martillos, pesados, parecían dos péndulos de un viejo reloj que se ha detenido por el cansancio de marcar todos los jodidos momentos la hora exacta. Ahora marcaba las seis y acercándose al suelo.

La otra mano la tenían sobre la boca y la nariz.

Aquel olor era agradable, ácido e insoportable al mismo tiempo. Causaba una mezcla de extrañas sensaciones que no podían explicar. Frédéric quiso respira profundo, pero un ataque de tos le impidió saber de qué se trataba. El agujero no era todavía lo suficientemente grande como para ver qué narices se ocultaba allí dentro.

Seguramente no serían flores marchitadas, pensó Frédéric. Seguramente no



serían los ramos de flores de unas novias desaparecidas cien años atrás cuando reconstruyeron parte de la Catedral. Seguramente no... Y se incendiaba con la inquietud de sugerir y no ver exactamente lo que habían descubierto.

Entre todos.

Pero era un olor extraño.

Diferente.

—¿Qué coño es este olor? —pensó en alto un Frédéric haciéndose una pinza con los dedos índice y pulgar sobre su nariz. Ahora parecía la voz de un muñeco, y su rostro la de un payaso diabólico.

—No lo sé, señor. Parece algo ácido y a la vez, salado —explicó uno de los gendarmes que estaba a su izquierda. Algo más alejado del nuevo agujero.

—Sí, eso ya lo sé. ¿Es que conservan pescado enterrado en sal? También huele a vinagre y el aliento con halitosis —rezongó Frédéric.

Uno de los trabajadores estuvo a punto de reírse, pero no lo hizo. Fue prudente. Hacerlo delante de las narices del jefe, le haría saltar las bolas de los ojos fuera de sus cuencas y con ellos inyectados en sangre, le despotricaría mientras escupiría salivajos como un animal salvaje.

No sucedió nada de eso.

—Señor, ¿debemos hacer más grande el agujero? —inquirió uno de los gendarmes destinados. Su rostro estaba pálido y su mirada como caída a un pozo sin fondo. El tipo se llamaba Jean-Luc. Su compañero, Jean-Paul y los que habían quedado en la retaguardia; Jean-Claude, Jean-Louis y así hasta acabar con la historia de Jean. Parecía que en Francia y sobre todo, París, solo contemplaba ese nombre seguido de un guion, pero siempre era Jean.

Y hubo quien había pensado porqué la Catedral no se llamaría Jean Notre Dame.

Deprimente.

—Sí, claro. Es lo que estaba pensando ordenar —dijo Frédéric, escondiéndose en sus propios hombros—. Chicos, seguir pegando mamporrazos a la pared. El agujero es demasiado pequeño todavía. Necesito ver más. Al menos un metro de diámetro para que pueda asomarme y quién sabe, entrar. —Esto último, cuando lo hiciera, se arrepentiría toda su vida.

Se apartó de la pared y volvió a cruzar las manos tras su espalda. Solo le faltaban la lupa y la pipa humeando en aquel hueco iluminado por varios ojos inquisidores, en lo alto del andamio. En el fondo de todo, se escuchaba el repicar de otros martillos y unas voces amortiguadas. Desde fuera, llegaba el

sonido de la sirena de más coches patrulla y los intercomunicadores de los gendarmes empezaron a chasquear como los dedos.

—Está bien. Seguiremos con la tarea —se animó a decir el albañil más alto. Sus delgados brazos ya dejaban caer la cabeza del martillo como un péndulo pesado, dejando que siguiera su trazo natural.

El otro, izó la cabeza del martillo que brilló como un diamante bajo la nube blanca de polvo.

—Dicen que es el monumento más visitado del mundo —jadeo Mohamed visiblemente contento. Estaba sentado en el lado del copiloto de un Citroën alquilado.

—Sí. Algo más de 12 millones de turistas al año —aclaró Chad mientras giraba la llave del contacto del motor. Éste dio una leve sacudida y empezó a ronronear como un gatazo sobre un tocadiscos. Un ronroneo constante y equilibrado.

—Pero siempre está de obras —se quejó Mohamed mientras se ponía el cinturón de seguridad.

—Claro, como la Sagrada Familia de Barcelona. Todos los monumentos históricos están estampados de andamios, carteles y mallas. Todo un circo. Las reparaciones pueden durar lo que tardas en nacer y morir, es decir, toda tu jodida vida. —Desembragó y metió la marcha atrás.

En Francia, no llovía, pero si había una jodida nube espesa y densa como la niebla, que no te dejaba ver una mierda. Al incorporarse a la circulación, un claxon se atragantó justo a su lado y se perdió en medio del grito de un señor con bigote que había alzado el puño por la ventanilla mientras se alejaba.

—A punto —dijo jocoso Mohamed.

Chad Chamberlain le miró profundamente sin decir una sola palabra, aunque sus labios sellados decían; cállate imbécil.

Después de todo, y sin frenar, metió la primera y las ruedas delanteras empezaron a comerse el pavimento como dos lenguas oscuras.

Como los demás vehículos.

Sí, como los demás.

A pesar de mantener la distancia con los obreros y con las brillantes cabezas de los martillos, que parecían volar en el aire como un loco hace volar el filo de su hacha dentro de un hotel vacío; Frédéric estaba recubierto de polvo, tan blanco que parecía una rosca de Navidad. Sus labios estaban prietos y sus párpados parecían caerse al vacío por el peso del polvo. Su respiración era ajetreada, como si el aire tuviera que vérselas con un triángulo de barrotes, cristales y sacos de patatas allá dentro de su garganta. No había resquicio por donde el polvo de las narices, no habría cubierto.

Tosió enérgicamente y una nube blanca se elevó por encima del primer nivel del andamio, ante la socarrona, pero invisible risilla de los dos obreros. En el fondo del ábside, cruzado y trinchado por decenas de barras de hierro oxidadas, una vocecilla dijo algo con respecto a los martillazos. Aunque no lo escuchó bien por la distancia y la amortiguación del sonido salido de una garganta seca, supo lo que dijo: mierda.

—Vale, vale. Ya está bien. Creo que el agujero sobrepasa el tamaño de una puerta —ladró de pronto el capitán.

Sus ayudantes se plantaron detrás de él como dos estacas en las que un moco se ha quedado clavado, inmóvil y atascado en su recorrido. Asqueroso. Como si de sus espaldas, una mancha húmeda, les estuviera tocando con sus largos dedos húmedos y pegajosos. Algo terriblemente incomodo, pero los que estaban sudando de verdad, eran los dos albañiles, que podían escupir cada latido de su corazón como un gran escupitajo, pero rojo.

—Oh, vaya. Perdone señor. Estábamos picando y picando y... —De pronto la voz de uno de los albañiles, el más alto, se perdió en el siniestro agujero como si hubiera sido absorbido por una gran aspiradora en silencio. Sin embargo, fueron la dilatación de sus ojos, los que le delataron al momento.

Frédéric había estado tanto tiempo ocupado en girar la cabeza que no lo había visto todavía, ni aún cuando se quejó del tamaño del agujero. No lo vio, hasta ahora.

Hasta que todos los ojos de los allí presentes, quisieron abandonar sus cuencas y salir botando de aquella estrecha cavidad.

Lo que había asomado detrás del agujero, era inquietantemente horrible. Espantoso. Cruel. Algo que incitaba al miedo, no que va, al terror, al desconcierto, la descolocación y al horror. Toda una simbiosis de algo... era tan espantoso... Dios... era... los ojos, oh, no lo había visto... ¿así que era esto?

—Pero ¿qué coño? —y Frédéric se quedó sin voz.

El semáforo estaba en rojo y sus dedos repicaban en el volante. Su pie quería acelerar, pero no lo hizo. Solo unas sacudidas y nada más. A Chad le jodía esperar tanto en un semáforo en rojo. El rojo era el color de la sangre, del *stop*, de la rosa o incluso el color que más ansiedad generaba. Pero sobre todo, era el color del peligro.

—En todos los países del mundo los semáforos en rojo tardan más de lo habitual —rezongó. Sus ojos grises brillaban en un tono rojizo en las corneas. El destello del semáforo era tal, que parecía un pequeño diablillo detrás de un volante.

—Sí, tienes razón —acució Mohamed a su lado. Tenía la mirada puesta en el círculo ROJO—. A veces, el color verde dura menos que el ámbar, o me lo parece a mí. ¿De esa manera pretenden regular el tráfico?

Chad desvió la mirada del semáforo por un momento.

—¿Y de esa manera esperas que me tranquilice?

—¿Estás nervioso?

—No.

—Claro, ya lo decía yo.

—Es que me duele la almorrana de estar todo el puto día sentado...

—Y parte de la noche —le zanjó Mohamed, casi bizqueando los ojos. Su mano derecha estaba agarrada el cinturón de seguridad como si éste fuera el pulsador largo y enorme para cambiar el color del semáforo. Lo apretaba con los dedos, como si fuera un botón.

—Sí, y parte de la noche. Me quedé sin cigarrillos y en todo el puto tren no había un lugar donde comprar una cajetilla. Ni siquiera cerillas.

Los labios de Mohamed se estiraron como un chicle. Algunas gotas de agua impactaron contra la luna delantera del vehículo alquilado. Eran meadas de pájaros pensó, y volvió a sonreír.

—¿Te quedaste sin fumar toda la noche?

—No.

Mohamed se retorció en su asiento de copiloto. Parecía un crío revoltoso. Sus rodillas llegaban a golpear la guantera.

—Al final resultó que tenías un par de cigarrillos escondidos en alguno de tus bolsillos, ¿verdad?

—No. Un anciano que estaba dos asientos más adelante estaba dormido con una cajetilla en el bolsillo de su camisa. Asomaba como la lengua de un caballo. —Chad miró de reojo a Mohamed y sin sonreír y añadió—. Se lo tomé prestado.

De repente sonó una carcajada que llenó la fría cabina del coche. No era la risa de un payaso, sino la de alguien que se ríe por no llorar porque se ha quedado descolocado.

—¿Se lo robaste?

—No. Quería devolverle el resto por la mañana, pero...

—¿Qué sucedió? —le interrumpió Mohamed con un rostro lleno de interrogantes.

—No pude devolverle nada. Me lo había ventilado todo.

Entonces Mohamed estalló de nuevo en una larga carcajada y mientras, el semáforo se puso en verde; Chad estaba contemplando el rostro retorcido de su compañero con un semblante serio y los labios sellados como una cremallera.

Desde la parte de atrás llegó el ruido de varios cláxones ululando al mismo tiempo. Chad embragó, metió la primera y aceleró.

Y mientras Mohamed se atragantaba con su propia risa, él no dejaba de desear tener un jodido cigarrillo en sus labios. Humeando como una chimenea, hasta llenar todo el espacio del vehículo y ahogar a su compañero.

Pero no tenía un maldito cigarrillo.

Aunque conducir bien en el centro del casco de París era algo mucho más difícil e inexplorable.

Entre la penumbra, que pronto quedó iluminada por una luz de los focos que parecieron no seguir una línea recta, sino que se doblaban por los rincones y las esquinas, se podía ver la perturbadora escena, que todos aquellos acrílicos ojos contemplaron, con la boca en una O mayúscula perfecta. Como si se hubieran tragado un vaso de tubo.

Era una especie de habitación de unos cinco metros cuadrados, quizá menos. En el centro había una mesa polvorienta, pero mostraba todavía el color marrón de la madera astillada, aunque brillaba por momentos al lado de las sombras de todos aquellos desgraciados que, como zombies, contemplaban la escena del año. Varias telarañas se habían formado en los distintos ángulos de las patas de la mesa y también, de las tres sillas que había alrededor, como si fueran gárgolas vigilando el talismán.

Dos de estas sillas estaban ocupadas. Sentados había dos cadáveres momificados. Una de ellas tenía las manos con los dedos abiertos como garras, delante de sus ojos abiertos todavía. Una cuerda grisácea y que había perdido varios hilos como un cabello encrespado, contorneaban las dos muñecas. Debajo de esas manos había una boca abierta más allá de los extremos que uno se podía imaginar. Era como si antes de morir hubiera gritado hasta descoyuntarse la mandíbula. Ahora los labios eran como de cera lisa, oscura y los dientes amarillentos parecían troncos de viejos árboles que aun aguantan en lo más profundo del bosque. La lengua, que no estaba amoratada, salía de la boca como un sapo vetusto al que le había caído un rayo y había calcinado. Los ojos, aún detrás de los angulosos dedos, parecían brillar, pero de horror, y estaban abiertos; aunque vidriosos. La cabeza estaba levemente inclinada hacia atrás y el cuello seguía intacto, pero oscuro, como si fuera un árbol doblegado y viejo al que se le ha escapado la savia y endurecido con el paso del tiempo.

El resto del cuerpo estaba desnudo, pero daba la sensación que lo habían envuelto en papel, marrón, como un pergamino. Todos los miembros parecían intactos. Clavados como una estaca sobre la silla blanca llena de polvo. Una araña recorrió uno de los antebrazos y se perdió detrás del hombro. Tenía los



pies atados y los dedos apuntaban hacia arriba. Como si señalaran algo.

Justo delante del cuerpo sentado como una figura de cera y cuero, había un frasco de cristal con un líquido amarillento, y dentro, algo alargado estaba flotando hasta la tapadera. El polvo y un pequeño papel marrón cubrían el bote. Ni que decir que el bote era de cristal y estaba clavado en la superficie de la mesa llena de cagarrutas de ratas.

En otro país eso se llamaba, cagadas de ratas, sin más.

La otra momia estaba sentada frente a la primera, pero sus manos, también atadas con una vieja cuerda, en esta ocasión estaban laxas sobre otro bote de cristal que contenía algo abultado, un pedazo de carne, como un hígado y dos huevos escalfados. Si bien la primera momia parecía haberse arrancado la piel a jirones durante la muerte, esta tenía los ojos bien abiertos, pero con la mirada mezquina y sin vida, puestos en ambos botes.

Dos bultos secos, planos y acartonados, mostraban que esa momia era una mujer. Eran los pechos de una mujer que ahora parecían dos brevas aplastadas y pisoteadas por la propia podredumbre que nunca sucedió. El pecho estaba casi liso y derretido o moldeado como la plastilina.

También era de color marrón y estaba envuelta en telarañas y polvo. Y lo más inquietante de todo, es que el olor había desaparecido justo donde estaban ellos. Era como si aquel primer olor procediera de una cloaca situada alrededor de las momias y estas estuvieran untadas de algo tan sutil como un perfume ácido.

La tercera silla estaba vacía.

Pero había un papel enrollado en forma de un diminuto pergamino, que mostraba a la luz de aquellas obras, que algo oscuro dibujaba unas letras en el interior del papel que parecía casi opaco.

—Dios santo —susurró Frédéric al tiempo que levantaba el teléfono móvil.

Su corazón parecía haberse detenido por completo.

En esta ocasión, la policía fue tan rápida como un calambre que atraviesa el cuerpo de alguien que acaba de meter los dedos en el enchufe. La policía científica y la criminalista, se juntó toda allí. Media autoridad de París estaba en el lugar del descubrimiento; dentro y fuera de la Catedral. Los que se encontraban dentro estaban empujándose con los codos, mientras trataban de bordear las dos momias, eso sí, sin tocarlas. Era la primera vez que habían encontrado algo así. Alguien bromeó acerca de un sarcófago y recibió un cogotazo. Después de eso, todo era silencio envuelto en un zumbido, el murmullo y el sonido de la respiración ajetreada de aquellos pulmones que se expandían dentro de un mono blanco, o mejor sería decir, una bolsa de plástico blanca.

—¿Quién lo ha descubierto? —preguntó uno de los nuevos inspectores que habían acudido al lugar. Era un hombre obeso y mordisqueaba un puro babeante entre sus rollizos labios. La panza le sobresalía casi medio metro.

Frédéric movió los ojos como si fueran unas canicas que habían chocado con una gran bola de hierro. Su mirada penetrante, atravesó las corneas del inspector Jean, para variar; Jean Pierre.

—¿Tú que crees? —exclamó el capitán. Se metió sus finos dedos dentro del cinturón y tiró para arriba para subirse más los pantalones. El dobladillo alcanzó los tobillos.

—Bueno. Ya sé que has sido tú. Pero ¿por qué llamaste para pedir más refuerzos? —El puro seguía humeando como un incendio.

—Solo debes mirar, ¿o es que estás ciego?

—¿Esto? Lo he visto mil veces.

—Si claro, lo que tú digas.

El inspector obeso alzó la mano derecha con los dedos estrangulados o debería decir, entrelazados. Rodeó lo que quedaba del puro y se lo despegó de los labios babosos. El humo se desvió como un chorro de aire vacuo. Y en el justo momento en el que iba a contestar, una voz grave le interrumpió.

—¿Es esto una pelea de críos?

Chad Chamberlain los miraba con un rostro enjuto.

La risilla de Mohamed penetró en los tímpanos embalsamados de las dos momias que seguían sentadas, desde, ¿cuántos años?

—Vaya. Mira quien vino a hablar. El vampiro de Notre Dame. ¿Se puede saber quién cojones es usted? —Jean Pierre hizo tic con el dedo índice sobre el puro que borraba el aire y la ceniza cayó al suelo, lenta como un copo de nieve.

Mohamed miró a Chad y éste se sacó un cigarrillo del bolsillo de la gabardina. Se movía como un ratón entre sus dedos y con la otra mano, sacó una cerilla del otro bolsillo. El fósforo prendió cuando la uña lo raspó y se llevó el cigarrillo a la boca para encenderlo. El humo se expandió por el cuchitril repleto de agentes e inspectores.

Uno de ellos tosió, y tras retirar la mano de su boca dijo:

—¿Esto qué es? ¿La puerta de la calle donde todo el mundo se va a fumar?

Ninguno de los dos respondieron más que con el humo que hacia borroso sus rostros. Sus miradas templadas, se clavaron en esas densas y pegajosas nubes grisáceas.

Las dos momias, casi parecieron moverse y girar la cabeza, y por un momento parecieron mover la mandíbula para decir: mierda.

Allí dentro hacía un calor insoportable y Mohamed abrió la cremallera de su chaqueta como si hubiera roto el silencio en dos. Rasssss. Y sus ojos se desviaron ante tan espantosa escena que no había advertido hasta ahora. Su corazón golpeteó bajo su pecho y retumbó en su cabeza como si le aporreasen con una piedra.

—Chad. ¿Has visto eso? —Su dedo estaba señalando por entre el hueco de los investigadores hacia algo perturbador. Su corazón seguía acelerándose.

Chad lo miró y después siguió el trayecto del dedo. Y lo vio.

—Joder, vaya mierda, nos han plantado aquí —exclamó casi dejando caer el cigarrillo de sus labios—. No habría podido verlo antes con tanto profesional revuelto. —Un rictus apareció en la esquina de su boca.

Jean Pierre ladeó la cabeza y escupió una enorme hilera de humo que trepó por los tubos del órgano, hasta el techo.

—¿Te vas a atragantar ahora?

El hombre rollizo, estaba vacilándole. Su aspecto era el de un hombre al que no le importaba nada. Ahora estoy aquí y mañana allá, eso es lo que vale, si me muero que me den. El típico hombre que no presta atención a las cosas y le gusta sin embargo, poner las puntillas. El hombre jodido.

—No. Solo me preguntaba o mejor dicho, he descubierto por qué no las he visto antes. ¿Será por tu planta de modelo? ¿O es que eres tan gordo que no te ves ni tu propia polla y no dejas ver a los demás nada con esa colchoneta que tienes atada a tu cintura?

—Me cago en...

—¡No! No insistas, me lo creo —le atajó Chad extendiendo su mano. Jean Pierre había escupido el puro que cayó al suelo con un golpe casi seco. Se notaba que pesaba y al caer habría parecido un avión derribado en combate. Dejando la marca de la estela del humo antes de impactar contra el suelo.

Sin querer o queriendo, Jean se había abalanzado contra Chad, pero unos brazos fuertes, al menos cinco, le habían sujetado a tiempo, y pensó, quien demonios, era ese hombre vampiro.

Frédéric intervino moviendo sus manos como aspas y con un grito dijo:

—Eh, eh, eh. ¿Qué sucede aquí? ¿Es esta la forma más civilizada de presentarse a un escenario del crimen?

Mohamed se llevó el puño a la boca porque sabía lo que estaba pensando su jefe: VETE A TOMAR POR EL CULO.

Desde luego aquello no había empezado nada bien.

Pero nada.

Había sido fácil entrar en el disco duro del obispo Donato. La clave era sencilla: Donato y la contraseña, peor; 12345678. El hacker estaba casi babeando ante su hazaña. Había penetrado el sistema a la primera y le había instalado un troyano para ejecutar funciones desde su propio ordenador. No había encontrado ni un jodido, cortafuegos ni una red interna encriptado. Su cara, al descubierto, estaba bañada de un color azulado que proyectaba la pantalla del ordenador, como un vómito. Sin embargo, sus ojos parecían brillantes como un diamante. Después, poco a poco, se oscurecían y brillaban rojizos cuando abría varios archivos de vídeo.

Los jadeos en todos los vídeos eran constantes y eso le estremecía. A decir verdad, le daba asco y después, veía como la mano casi esquelética de aquel vejstorio se posaba sobre la cabeza del pequeño y la empujaba hacia abajo.

Hasta su atributo.

Y entonces gemía.

El hacker cortó la conexión de un solo golpe y tirando del cable Ethernet. Había Wifi, pero no era seguro utilizarlo. Por eso había utilizado la fibra óptica y el router convertidor.

Sus dientes se apretaron rechinando al mismo tiempo. Sus labios se estiraron en una mueca y un halo de locura se dibujó en sus ojos oscuros.

Apagó el ordenador y vio fundirse a negro la imagen de una cara cubierta con una máscara formada por neones azules y rojos. Dos cruces en el lugar de los ojos y una especie de cremallera sobre la boca. Alrededor de esa máscara, brillaba la silueta de la cara con el mismo neón. Y la cabeza estaba cubierta con un gorro de chándal. En el pecho había escrito una palabra: peregrino.

—Tú serás el siguiente —susurró a la nada, pero las paredes de la habitación respondieron.

Y eso fue en Italia.

Cerca de la Ciudad del Vaticano.

—¿Así es vuestra hospitalidad? —ladró Chad mientras su cigarrillo humeaba delante de sus ojos. Sabía que aquella densa nube se filtraba primero en sus pulmones y que algún día le daría la buena noticia.

—Usted se ha presentado de mala manera —acució el inspector de gordura rebosante. Estaba pasándose un pañuelo por la frente el sudor se detenía en sus pobladas cejas y sentía un ligero cosquilleo en ellas.

Todos los agentes criminalistas y la científica, que tomaban fotografías, realizaban su trabajo, ajenos a ellos. Aquello parecía una colmena donde las avispas están vigilando su miel.

—Eso es porque no me conoce —murmuró Chad fijando la mirada al suelo. Estaba a punto de escupir la colilla. Chocaría contra el suelo sin ruido y después la pisotearía como a una cucaracha.

—Eso digo yo. —El inspector que acababa de secarse la frente y se guardaba el pañuelo en el bolsillo de una chaqueta gris lo miró atentamente y añadió—. ¿Pueden presentarse?

—Somos de la Europol —prorrumpió Mohamed con el corazón en un puño. No tenía porqué, pero sintió que se le escapaba el corazón de forma instintiva. Eso sí, sin sentido alguno.

—¡Ah! Ahora entiendo —bramó Frédéric—. Entonces son ustedes los que se harán cargo de este crimen. —Se acercó a Chad, le agarró del brazo y tiró de él hacia la mesa. De un culazo apartó a uno de los agentes que giró la cabeza de forma fortuita y le puso la mano sobre la mesa polvorienta.

Chad los contempló, a todos, con su particular mirada fría y penetrante. Como si estuviera rumiando lo más perverso del mundo.

Las momias seguían mirando una al techo y la otra a la base de la mesa. Con sus bocas descoyuntadas y la piel tan deformada como la de un monstruo de goma. El peculiar olor le embriagó los pulmones y la nicotina se mezcló con ella.

—¿Qué significa esto? ¿Ni siquiera sabíamos a lo que veníamos? —protestó Chad todavía con la colilla en sus labios. Ya no estaba humeando—. ¿Saben ya, de que se trata?

Frédéric meneó la cabeza en sentido de no.

—Depositamos la confianza en ustedes —dijo, no muy convencido.

—¿Sabes? En la Haya hace mucho más frío que aquí. Eso explicaría la conservación de estos dos cadáveres momificados. —Chad lamió con su mirada todas las esquinas de aquellos cuerpos incorruptos.

—¿Qué quiere decir con esto? —Ahora era el detective Jean Pierre, quien tras bajar el tono de su voz, había hecho esa ridícula pregunta. Sus ojos lo delataban. Era tosco, aburrido, sin ascos, pero no tenía capacidad de resolución de casos.

—Pues que el ambiente hermético y seco de este lugar ha permitido que los dos cuerpos se momifiquen. También la humedad puede lograr esto. El caso es que no han sido expuestos al sol ni han sido inoculados con ningún mejunje. Se ve a la legua. —Chad retiró la mano de la mesa y se acarició las yemas de sus dedos que habían cogido polvo y bacterias.

—¿Cómo sabe que no es una momificación intencionada? —preguntó Frédéric.

—Por los dos botes de cristal —explicó Chad, moviéndose ahora por detrás de las momias. Bordeando la mesa y pasando por el aire cercano a ellas, sus dedos como si acariciara cada curva de la escena del crimen.

Uno de los investigadores hizo una foto y Chad salió casi sonriendo en ella. Mohamed estaba esperando en la entrada del boquete con los brazos cruzados, o mejor dicho, las manos cruzadas delante de sus atributos.

—Sí. Los he visto. ¿Por qué te refieres a ellos con tanta seguridad? ¿Forma parte del embalsamamiento? —La voz de Frédéric no era reconocida ni por él mismo.

—Ya te he dicho que no ha habido embalsamamiento. ¿Quieres saber que hay dentro de los dos botes de cristal?

—Sí.

Jean Pierre movía la cabeza como si estuviera viendo un partido de tenis.

—Uno de ellos. Este. —El dedo de Chad casi roza la tapadera oxidada, pero con restos de pintura blanca—. Tiene un pene. ¿Lo ve bien?

Los ojos de Frédéric se agrandaron como globos. Jean Pierre detuvo la nuez de Adán a medio camino de su cuello. Como un moco seco en el centro de una estaca.

—¡Es verdad! —exclamó Frédéric ligeramente sonrojado.

—Y las dos bolas amarillentas son sus pelotas —añadió Chad. Su

gabardina barría todo el polvo del suelo. Se abrió paso entre los agentes para colocarse al otro lado de la mesa.

Una expresión de horror se dibujó en el rostro del inspector Frédéric. Uno de sus hombres bizqueó levemente.

—¿Qué es lo otro? —inquirió Jean Pierre. Con semblante serio; había alzado su rollizo índice. El puro estaba en el bolsillo de su chaqueta marrón—. ¿Es otro jodido pene?

Chad miró el contenido del segundo bote y vio el pequeño pergamino sobre la tapadera. Aunque ya suponía lo que había escrito dentro se aventuró a decir:

—No. No es un pene.

—Pues lo parece. —Jean Pierre se había vuelto sosegado.

—Es el útero y esto de aquí. —El dedo índice de Chad casi roza el cristal sucio y opaco—, son los ovarios.

—Joder —masculló Jean Pierre.

Frédéric se quedó pálido.



De haberlo mirado fijamente, todos habrían visto en él, una mirada oscura, siniestra y espantosa. Ahora sus ojos estaban puestos en la pantalla del televisor. Había pasado el vídeo por Wifi hacia el dispositivo Android TV. Y había bajado el volumen mientras veía las crueles imágenes.

El pequeño estaba desnudo, y él hombre vejestorio, se había levantado la sotana y entre sus manos sostenía una larga y erecta pilila que escupía algo por su pequeña boca.

El joven de aspecto desaliñado y ojos casi llorosos, tiró el mando a distancia hacia la pantalla. El dispositivo remoto chocó con un ruido sordo y cayó sobre el suelo de piedra.

Fruto de la ira, apretó los puños hasta que sus nudillos se fueron a blanco. Como si estuvieran pálidos y después, se tornaron rojizos, como si la sangre pugnara por salir de ahí.

—Dios. El que haya hecho esto debe estar loco —jadeó Frédéric. Estaba sudando y le sobraban todas las piezas de ropa. De haber podido se habría quedado en calzoncillos en la escena del crimen. Sus ojos no habían regresado todavía a sus cuencas.

Chad tocó el hombro a uno de aquellos hombres de blanco y mascarillas.

—Oiga amigo. ¿Tiene un par de guantes de látex?

El hombre buzo asintió con la cabeza y rebuscando en sus bolsillos dijo:

—Tenga. Aquí están. Tenga cuidado con las pruebas.

Chad lo miró de soslayo.

Jean Pierre estaba apoyado en un borde de la pared abierta. Su frente era casi amarillenta por el sudor y sus ojos en cambio, eran tan blancos como dos bolas de billar. Respiraba agitadamente y trataba de no mirar hacia la mesa, hacia las dos momias y sobre todo, hacia los dos botes con aquellas cosas dentro.

Flotando como un trofeo.

Mientras sus largos y finos dedos horadaban los guantes y hacia un ruido extraño, Chad dijo:

—Por la forma en como están sus rostros, se revela que hubo sufrimiento. Lo cual me indica que estos órganos sexuales fueron extraídos aun cuando estaban vivos.

A Jean Pierre le comenzaron a temblar las piernas. Su barriga había decaído hacia el suelo y ahora sí, su piel se había vuelto pálida. El pañuelo rozó toda su piel embadurnada de sudor grasiento y entre su espalda y la pared, convivía una placa humedad que le producía escalofríos. Su corazón quería detenerse en cualquier momento.

—¡Dios santo! —exclamó Frédéric dándose la vuelta. Los agentes seguían recabando pruebas con un oído puesto en la conversación.

Todos sabían algo en común.

Que aquello no había sucedido un día atrás.

—¿Cuánto tiempo pueden estar muertos? —preguntó Jean Pierre visiblemente pálido.

—¿Tú que crees?

El hombre obeso se escondió en sus hombros.

—¿Tres meses?

—¿De verdad crees que en tres meses se puede momificar un cuerpo? —

Chad estaba señalando la cara de una de aquellas momias. La que estaba sentada enfrente del bote que contenía el pene flácido.

—No lo sé. Dilo tú.

—Al menos un año.

Frédéric dijo algo de espaldas. Sus ojos estaban cayéndose a través del hueco de sus cuencas. Era una expresión, pero servía para decir que le dolía la simple mirada.

—Esto no es obra de un loco, sino de un monstruo.

Jean hizo un ruido con su garganta. Como si fuera un eructo. Sus ojos se giraron hacia él. Hacia aquella persona convulsa y temblequeando entre las sombras danzantes y el brillo de los focos. Lo miró con la misma incertidumbre que su colega. Sabía que ambos pensaban igual ahora.

Todos pensarían igual.

La Ciudad del Vaticano estaba custodiada por guardias de seguridad provenientes de Suecia. Era el tendón de Aquiles de la protección de la ciudad santa, o quizá debería decir, cristiana y apostólica románica. Sin embargo, no era infranqueable. El hombre oscuro lo sabía y estaba cerca de él, aunque no fuera su objetivo. El papa dormitaba en su habitación, dentro de una ciudad de tan sólo 0,44 kilómetros cuadrados, en cuyo interior de las altas murallas que la bordeaban, Vivían cerca de mil religiosos. El palacio se encontraba rodeado de jardines que en aquel momento florecían, mientras que los ojos de un perturbado con una máscara, se apagaban. Porque sabía a quién buscaba.

En ese atardecer el sol, sencillamente se retiraba detrás de las montañas a recostarse sobre una mancha rojiza como la sangre de todo un matadero de cerdos. Los pecados de muchos religiosos, no todos, estaban reflejados en ese color que se tornaba a negruzco, y la luna era testigo noche tras noche de los sucesos más horribles que el hombre podía acometer. Incluso un religioso que decía hablar con Dios todos los días.

Porque al fin y al cabo, eran todos hombres, no Dioses.

Y el que se arrastraba por las calles silenciosas de la Santa Sede, era un monstruo que merecía ser perdonado por lo que iba a hacer, había hecho y haría. Derramar sangre. Ellos eyaculaban sobre los pobres desgraciados o dentro de ellos, y él, sencillamente, les arrancaba los testículos y el pene.

El primer caso, descubierto en la basílica de San Pedro, donde no vivía el papa, fue silenciado por todos. Rezaban y decían AMEN al final de todo, pero eso no era suficiente. Ellos sabían lo que ocurría en esa comunidad cristiana y sabían que alguien guardaba el secreto.

El cuerpo desollado flotando en una gran mancha de sangre, bajo los destellos de los cristales de colores del techo, escondía un secreto, que más de uno compartía. Cruel y asqueroso. Un pecado condenado no por Dios, sino también por el hombre.

Sin embargo, siempre había monstruos y no habitaban precisamente bajo la cama ni te cogían del tobillo en mitad de la noche. Ellos te hacían sangrar, pero por el culo. Ellos eran los demonios de la iglesia. Los que debían ver

como su sangre se derramaba ante sus inflados ojos. Los que deberían sentir el miedo en su piel y no aquellos pobres desgraciados que no medían un metro de altura.

Los monstruos eran ellos y todos lo sabían.

Pero satisfacer sus necesidades sin nombre, los cegaba.

La sombra alargada se movió dentro de una calle, como si tuviera vida propia. Detrás de ella había un cuerpo embutido en un chándal y en una de las manos, se bamboleaba un pequeño maletín oscuro, que también proyectaba una sombra, desvaída y temerosa. Hacía ruido. Como una especie de tintineo de llaves. Dentro, había toda una colección de herramientas quirúrgicas, donde no faltaban ni el bisturí, las tijeras o las pinzas. No obstante, no era el ajetreo de un médico que estaba de urgencias, el que se deslizaba por las rocosas paredes de la Santa Sede, burlando la custodia.

Sino alguien conocido entre ellos, como el peregrino.

Las momias fueron trasladadas al Anatómico Forense. Allí, laxas sobre unas mesas metálicas, brillantes y frías, revelarían todo lo que no decían de por sí, sentadas en aquellas viejas sillas. Los contenidos de los dos botes de cristal fueron analizados y los dos pergaminos de reducidos tamaños, leídos por Chad.

Eran la polla y los ovarios.

En el escenario del crimen estaba allí; el bisturí. Probablemente había sido utilizada cuando todavía estaban conscientes, aunque atados, por la forma en cómo quedaron sus acartonados cuerpos y sus bocas. Eso figuraba en el informe preliminar, y Chad tenía razón con respecto a los órganos mutilados. Ahora, tras una autopsia, esos genitales quizá revelarían de quienes se trataban.

Y a lo mejor, quizá, tendrían alguna huella.

Jean Pierre había abandonado el lugar minutos más tarde de que Chad pusiera en su boca aquellas palabras. El hombre necesitaba respirar aire fresco, ya que allí dentro todo se volvía irrespirable, como una nube de humo que no se ve. Con movimientos lentos y una mano puesta en su pecho, con la camisa desabrochada, siguió tambaleándose hasta que por fin alcanzó la puerta. Al abrirla una corriente de aire le atizó en toda la mejilla, pero él lo agradeció enormemente. El sudor de su frente se había detenido en sus pobladas cejas y por fin sus pulmones podían apreciar algo tan necesario como la frescura de la lluvia.

Y no, no se había fumado ningún maldito puro.

Por su parte, Frédéric, encharcado de sudor y con el pulso acelerado, trataba de asumir su papel ante un Chad desafiante y un Mohamed sonriente. Algo que no llegaba a comprender así, a bote pronto.

Los hombres de la judicial, habían dado la orden de levantamiento de los cadáveres y poco después, ocupaban el hueco de una gran furgoneta tan oscura como la boca de un lobo que enseña sus fauces en medio de la noche.

Estaban allí, tendidos y rígidos como una estaca forzada y quebrada por varios sitios. Sobre las mesas del Anatómico Forense, habían vuelto a la posición inicial de una forma anormal. Nada acartonado o momificado podía

moverse como un muelle, pero aquellos cuerpos si lo hicieron.

Chad y Mohamed estuvieron allí, durante la autopsia, pero los capitanes franceses no. Al fin y al cabo, el caso estaba destinado a los hombres de negro de Europol. Aunque todavía no habían descubierto cómo narices habían intuido una cosa así.

Los hombres que abrieron la pared habían dejado los martillos caer al suelo y después, habían sido invitados a salir de allí, pero no hizo falta insistir mucho, ya que uno de ellos llegó a vomitar cuando los vio. Era tan macabro e irreal, que lo primero que sintieron fue angustia y después, miedo.

Sus declaraciones no habrían servido de nada.

Solo habían coincidido en algo; el jodido olor ácido.

El hombre de los guantes de látex y gafas oscuras, casi tan grandes como su cara, parecía sonreír cada vez que abría la boca.

—En principio, se trata de una muerte violenta. Todavía estaban vivos cuando les extrajeron... sus atributos. —Su sonrisa parecía inexorable, o tal vez es que el tipo era sí.

Chad escupió la colilla consumida y el humo persiguió la estela del camino hacia el suelo. El médico forense clavó su mirada en la colilla y arrugó los labios en una mueca instintiva. Sus grandes gafas de aumento, podrían haber visto una gran humareda como la de un avión en apuros.

—Eso ya lo suponía señor... —Chad estaba esperando a que le dijera su nombre y sus palabras dieron paso a un silencio realmente ominoso.

—Adam Macron —respondió el hombre de bata blanca—. Siento no haberme presentado antes como debidamente habría sido.

Chad levantó la palma de la mano.

—No. No pretendía eso. Era solo para poder dirigirme a usted. Al menos, ya voy conociendo personas en este país que no se encasillen como Jean. — Parecía que después de todo vendría una sonrisa, pero su rictus era absolutamente invisible.

—Oh, claro. Jean es muy típico de aquí —sonrió el médico y añadió—. ¿Podemos continuar con la autopsia?

Mohamed se llevó la mano hacia el mentón.

Chad cabeceó una sola vez y su mano rebuscó de nuevo en el bolsillo de su gabardina. Buscaba lo de siempre. Una cerilla y un puto cigarrillo.

—Sí. Puede extraerle las entrañas que no voy a vomitar —dijo Chad.

—Bueno. Eso está bien —acució el hombre de pelo anillado y mediana

estatura. Sus dientes brillaban como las losas de aquella jodida sala. Solo había dos mesas con ruedas chirriantes que brillaban bajo los focos. Las que contenían las dos momias.

Y una mesa llena de artilugios para destrozar un cuerpo orgánico.

El bisturí bajó hacia el vientre de la mujer. Como una plastilina, se abrió un corte limpio, sí que ningún fluido asomara hacia afuera. Sin embargo, si despidió algo de gas y produjo un ruido como un siseo. Los dientes de aquel médico forense estaban casi rechinando.

—Tiene las tripas todavía en su interior —dedujo Chad con el cigarrillo oscilando en una esquina de su boca.

—¿Ha visto muchas autopsias? —Adam pareció impresionado. Miró aquello grisáceo que salía a la luz y después clavó su mirada en la vista de Chad.

—Por desgracia, sí. Pero no como esta. Se supone que en el proceso de embalsamamiento se tienen que retirar los órganos internos, ¿no es así?

—¿Quién ha dicho que ha habido un embalsamamiento?

—Bueno, yo solo trataba de entender algo. —El humo se enroscó en el fluorescente como una masa de nubes negras.

—¿Puede dejar de fumar?

Adam parecía algo molesto. Tosió ligeramente, llevándose el puño a la boca. El guante de látex estaba manchado de algo oscuro que no vio. Sin embargo, en la punta de su lengua saboreó algo dulce a pesar de todo. Era jodidamente dulce y eso le enturbió la mente.

—Creo que no. ¿Le importa?

Adam lo miró con ojos casi acuosos.

—Ya veo que no —ladró.

Chad continuó aspirando humo, mientras sus mofletes se hundían en la cara literalmente y dejaba entrever unas canicas blancas en lugar de sus ojos grises.

—¿Cómo se pueden conservar los órganos internos? —inquirió Chad.

El forense sostenía una ristra de salchichas tiesas en la mano y que estaban disecadas. Como la mierda de un perro después de quince días de estar expuesta al sol.

El color, era oscuro y parecía una enorme y larga vela derretida.

—Según parece, las condiciones que allí se presentaron, en ese habitáculo, ayudaron y mucho en el proceso de momificación. ¿No ha visto estos cortes? —El médico señalaba con el dedo índice un corte en el costado de la momia.



La de la mujer.

Chad asintió con la cabeza.

—Y el resultado de esa apertura es que las condiciones también se cumplieron dentro del cadáver.

—Así es. Yo creo que sí. De todas formas debo comprobar si existe algún líquido balsámico en sus venas, bueno, en estas tuberías secas. —Ahora el dedo índice, como un puntero láser, señalaba la parte interior del corte producido por su bisturí.

—Joder, que asco me da todo esto —refunfuñó Mohamed ligeramente distanciando de ellos dos. Movía las manos como si éstas pesaran mucho y las dejaba inertes a ambos lados de su tronco. Con desgana. Como abatido. El aire allí dentro se le hacía irrespirable. Era como si la momia se tirara pedos por todos los orificios nuevos, excepto el del culo.

—Si vas a vomitar chico, te sugiero que vayas al lavabo —dijo Adam y señalando de nuevo con su eterno dedo índice que ya parecía curvarse, añadió —. Está al final del pasillo. Saliendo de esta sala, claro, está.

Mohamed le clavó los ojos y vio en ellos, cierto recochineo.

—Mi ayudante no va a vomitar sobre esas tripas disecadas. No se preocupe señor Adam —sonrió Chad. Algo impropio de él. El humo seguía envolviéndole el rostro como un pastico opaco.

—Vaya para de idiotas —musitó el forense, bajando la vista.

—¿Qué ha dicho? —Chad sabía lo que había dicho, pero quería escucharlo de nuevo. Tenía toda una batería de respuestas para dedicarle la tarde.

El forense no contestó de inmediato.

—Nada. Solo estaba pensando en alto. Bueno, esto marcha bien. Todo está perfectamente conservado, es decir, no existe putrefacción, pero si necrosis. Ya sabe, está más tiesa que el palo de un gallinero. El asesino o el perturbado que hizo esto debe ser médico o algo así. La disección del útero y los ovarios la ha realizado con total... —Adam se quedó sin palabras. El silencio le sobrevino a su boca ya cerrada. Sus ojos no paraban de moverse en sus cuencas, como dos canicas en una máquina expendedora de chicles.

—Digamos que piensa que lo ha hecho un médico, ¿es así? —Chad se había terminado el cigarrillo y la boquilla bailaba sola entre sus labios, sin humear.

Adam cabeceó dos veces. Eso lo había hecho esa tarde al menos diez

veces. Era una constante que se convertía en un tic nervioso. Mohamed se había retirado hacia la puerta de salida.

—Sí, es posible. O alguien con muchos conocimientos, pero eso es absurdo...

—¿Por qué? —Le interrumpió Chad ahora con las manos metidas en los bolsillos de su gabardina. Miró hacia el techo de forma instintiva, quizá, con la ilusión de encontrar allí a una araña tejiendo su nido.

El forense se quedó en silencio.

—No lo sé. He tenido un lapsus mental —dijo animadamente al final de un minuto de silencio.

—¿Escondes algo?

—No.

Y Adam empezó a sudar copiosamente.

La luz parecía de mantequilla. No tenía vida propia y no oscilaba como la llama de una vela. Tampoco era de Led, es decir, no era blanca como las almas que van al cielo. El peregrino lo sabía. El hombre de los mil pecados lo sabía. Como también sabía qué estaba sucediendo allí dentro. En una habitación que daba a una calle oscura. La ventana tenía la persiana bajada, pero se podía ver una sombra moviéndose de forma desafortunada.

Su sombra había dejado de arrastrarse como un mal presagio, y ahora estaba oculta en la oscuridad. Quieta. Como una mancha de aceite. El suelo y la pared, tétricamente iluminadas por un ojo vacío de la luna, delataban una atmósfera cruel. Algo malo iba a pasar. Pero el peregrino no lo veía como algo perverso, sino como una salvación para el pobre desgraciado. Para el crío. Él era su salvación y no Dios, como pretendía hacer creer el arzobispo Adriano Rizzotto. Donato había sido olvidado por aquel hombre del maletín. Era más interesante Adriano. Sí, eso era.

Aquella voz susurrante, pero desgarrada y pecaminosa estaba escapándose por debajo de la ventana a pesar de todo y el hombre de ojos oscuros, de una máscara brillante con luces de neón, la atrapaba como quien coge con sus dedos una asquerosa cucaracha.

—Esto que estamos haciendo, es la bondad de Dios —decía la voz. Mencionaba a Dios en vano. Lo mencionaba en una situación complicada. En una perturbadora escalada de tensión, porque aquel hombre que acechaba detrás de la ventana sabía que aquello era algo monstruoso por el que debía pagar.

Sus ojos vieron algo, al tiempo que escuchó el lloriqueo del pequeño.

El hombre con panza y piernas tísicas, como dos palillos a punto de quebrarse, se estaba quitando la sotana y su rostro, había quedado oculto por un espacio corto de tiempo en el que había articulado las palabras:

—No tengas miedo. Te gustará.

En el suelo, en cuclillas y con los codos hincados al mismo terrazo, había un pequeño desnudo que temblaba como una hoja. Tirado como un perro, ocultaba su cara entre sus brazos. Había poca luz, sí, pero era suficiente como

para poder verle a través del hueco de la persiana de no más de diez centímetros de grosor.

En la penumbra había visto que el crío era rubio.

—Señor, no me haga daño —imploraba una vocecita aguda y suave. Quería gritar, pero de alguna forma sabía que eso no le sería útil. El arzobispo empezó a colocarse algún tipo de correas negras alrededor de su cuerpo, no solo en su cintura desnuda. Y en la mano sostenía una especie... de barra de goma tan negra como la túnica de satanás.

—Dios te lo ha mandado chico. Pequeño dulce de piel rosada y virgen —sonreía aquel cabrón.

El corazón del peregrino, de aquel hombre, empezó a latirle con fuerza y el fuego ascendió a través de todas sus venas desde el mismo motor bombeando sangre junto con ascuas. Se sentía ansioso y poderosamente excitado, pero de rabia, no de placer. Aquel ser era un abyecto cuadro en la garganta que está clavado y no te deja mover la nuez ni para arriba ni para abajo. Sus dedos se agarraron al borde de la ventana sin hacer ruido. La luz mezquina lamió sus uñas muertas, ya que se las había comido hasta la raíz y prosiguió hasta el antebrazo.

Tenía la piel erizada y se podía ver bien porque se había remangado las mangas del chándal. Aquella mascara brillaba como un tiovivo o un bar de putas en la oscuridad, pero el cabrón de dentro no alcanzaba a ver su reflejo. Él estaba absorto con aquellas correas negras y piezas brillantes adosadas a ellas. Como garrapatas que inoculan la enfermedad más mortal del mundo.

Y vio que la barra negra que sostenía en una mano tenía una cola de caballo. Eran unas tiras alargadas que acababan en unas groseras bolas oscuras también. Aquello parecía un látigo y a la vez, algo que te podía meter en el cu...

—Voy a hacer que te tragues eso —susurró a la calle vacía. En una mano sostenía el maletín que ya no tintineaba, pero que seguía conteniendo todos aquellos artilugios dentro.

Se lo iba a pasar en grande.

Tal como estaría pensando el cabrón de Adriano Rizzotto.

—Ángel. Sube tu culo —dijo el perverso y depredador sexual.

Al peregrino se le iban a salir las venas de su cuerpo. Enmarcó sus ojos en el resquicio amarillento y vio que el arzobispo estaba rodeado con todas aquellas correas como un Buey tirando de un carro. Podía ver el destello de

sus ojos. Su mirada con aspecto libido. Ahora tenía una videgrabadora broncínea en su mano y estaba sonriendo a la vez que enfocaba el trasero del pequeño, el cual seguía sollozando. Y entonces él, se tocaba...

—Déjeme marchar por favor. —Era la voz atenuada por el silencio de los perversos. La voz del perdón de esos sucios harapos andantes. La voz de aquel Ángel, que suplicaba entre lágrimas y mocos.

—Debes entrar en mi primero —decía el cabrón.

Entonces, de repente, el hombre del maletín. La sombra que se movía en la calle oscura. Aquel que desafiaba a la Guardia Suiza, se irguió como lázaro en su resurrección y caminó dos metros en dirección a la puerta.

Y se detuvo allí.

Ni los gatos, ni la luna fueron testigos de lo que sucedió después.

Alguien en Moscú, estaba ansioso y preocupado al mismo tiempo. Era uno más de los enfermos mentales de la Clínica Psiquiátrica N.º1 de Moscú. Su habitación acolchada, le parecía un lugar lleno de cuchillas afiladas que se hundían en su carne. Y el blanco cegador de aquel acolchamiento le parecía de color rojo, sangre pura.

En la puerta, veía a un cardenal con una sonrisa malévolamente en sus labios. Lo miraba con unos ojos penetrantes y diabólicos. En la mano sostenía algo tan diminuto como una Pendrive. Allí estaba todo grabado, aunque sus peores pesadillas fueron viajando por la red interna del Vaticano como los datos de un formulario de registro.

Todos habían visto lo sucedido y el grupo de depredadores se la habían meneado bajo la mesa de roble. Respiraban entrecortadamente y después arrojaban o vomitaban algo como un ahhhh, de placer.

Pero a Kostia le daba asco.

Este hombre rudo y de barba rala, tenía un don y una sabiduría fuera de lo normal. Aunque estaba ingresado en el hospital psiquiátrico, seguía estando cuerdo, bueno, a ratos; otros, divagaba en sus pensamientos que creían descubrirlo todo cuanto sucedía a miles de kilómetros.

Él había sido víctima de un cardenal en el Vaticano y todos callaron el nombre, pero sabía que era algo así como Peter. Y se follaba a las monjas criadas domésticas.

Y se lo folló a él también.

Muchas veces.

Con el pie en alto, en el borde de la ventana, alzando la pierna de una forma prácticamente imposible, Chad estaba apoyado con la palma de la mano en su elevada rodilla, mientras hacía equilibrio con la otra pierna. Todavía no se había quitado la gabardina que parecía una alfombra en el suelo de la habitación del hotel y ya estaba mordisqueando un cigarrillo humeante como un tren de vapor, salvo que este humo no era precisamente de agua, sino de todo tipo de mierda que él sabía que lo mataría algún día. Más pronto que tarde.

Sus ojos brillaban a la luz de la luna y se preguntaba que tenía de interesante el descubrimiento de esas dos momias. Aparte de ser eso; dos momias y que les habían arrancado los atributos sexuales. Aquello quería decir una sola cosa. Un ajuste de cuentas por algún abuso o una infidelidad, de eso estaba seguro. En silencio y con solo el resuello de su respiración se quedó largo y tendido en dicha posición, que a los pocos minutos le había producido un calambre detrás de la rodilla y en la pantorrilla.

No había leído los putos pergaminos diminutos que habían sobre los dos botes, pero eso, ahora no lo recordaba.

Mohamed, mientras tanto, roncaba como un cerdo en la cama de al lado. Bocabajo y con un brazo inerte al borde del colchón. Los dedos acariciando en silencio el felpudo que había en el suelo y de la comisura brotaba algo babeante. Era la saliva de un sueño profundo. Esa saliva que te sale cuando estás profundamente dormido. Esa misma saliva que se convierte en una costra a la mañana siguiente y descubres que tienes una bocera, y en la almohada una mancha acartonada que parece semen.

Lo que no sabía Chad es que sucederían y habían sucedido cosas, que tenían algo que ver con el descubrimiento de esas momias. Hechos y personajes de cualquier parte de Europa y fuera de ésta.

—Que nos estáis ocultando —susurró.

No. No hilaría ni una aguja.

El mensaje había sido encriptado en parte, y él debía descubrir la clave para descifrarlo.

No. No estaba nada claro. Porque las cosas de Dios eran inescrutables.



El repiqueteo de la puerta sonó como un sonajero y de pronto los ojos de Adriano se hundieron en sus canicas. El crío pareció respirar hondamente y por unos segundos pareció callarse. Después, volvió a sollozar, pero esta vez con más intensidad. Estaba pidiendo auxilio aunque de su boca no saliera más que tropiezos de palabras desvinculadas a una frase de SOCORRO, EL GORDO ME QUIERE HACER ALGO.

—Adriano. Déjame entrar. Soy Dimitri —voceó una voz tras la puerta. El tono sonó atenuado por la madera de roble de un palmo de grosor. Pero aún así, a pesar del eco, pudo escucharlo.

Al crío se le partió el alma en dos. Ahora estaba tumbado de lado. En posición fetal, con los brazos encogidos y hundido en sus propios hombros y sus mocos.

De repente una estúpida sonrisa se dibujó bajo la máscara de piel de aquel seboso que miraba hacia la puerta, todavía con la vara en la mano, sujeta como si fuera un látigo.

—Hermano. Quieres unirme a la fiesta, ¿verdad? —Dejó caer el mamporro con flecos al suelo, y éste sonó como un golpe carnoso. El crío se dio cuenta de que aquella barra era de una goma blanda. Como gelatina. Al menos, pensó, no le hubiera hecho mucho daño cuando se la metiera en el cu... dispersó cualquier idea.

El arzobispo, con las pelotas al aire y el pene flácido se dirigió hacia la puerta a grandes zancadas. Aquellos pies descalzos sonaban como el chapoteo de unas botas en el agua.

En el otro lado de la puerta, el supuesto Dimitri —porque aquel hombre sabía que había un tal Dimitri entre ellos— estaba en silencio. Esperando como un buitre parte de su carroña. El maletín que brillaba por la boca abierta por momentos, estaba suspendido en el aire gracias al agarre de las asas que aquellos dedos curtidos, bajo unos guantes de piel; lo sustentaban.

Acto seguido se escuchó el sonido de un par de cerraduras y un cerrojo. Todas ellas rechinando como oxidadas cadenas de los esclavos, que los romanos habían hecho trabajar en sus creaciones más malévolas, mientras esas

jodidas serpientes metálicas hacían un ruido de cojones.

Finalmente, el ruido cesó y la puerta se abrió muy lentamente. Como si fuera la gran puerta de un castillo medieval. Las bisagras chirriaron bajo el silencio de la noche y unos ojillos iluminados por la penumbra y ahora, la sorpresa, se movieron en sus cuencas a cambio de una sorpresa.

—Pero, que cojones...

—¿Dimitri tiene la voz así? —preguntó aquel hombre de mirada lunática y dientes apretados con rabia. Por el borde del maletín abierto salía como una lengua, algo brillante; la afilada hoja de un cuchillo de grandes proporciones.

—Yo... no...

Y entonces el loco de la máscara de neón, con aquellas cruces delante de sus ojos, azules y la cremallera brillante sobre la boca; se abalanzó sobre él empujándolo hacia dentro. Adriano soltó la vara de chicle y su barriga, enorme y llena de grasa sucia, le hizo perder el equilibrio, cayéndose de culo sobre el frío suelo.

Y en el fondo de la habitación una risilla jocosa estalló como un petardo de feria.

El peregrino le dio un puntapié en la barriga, observando como su bota se hundía en la carne y cerró la puerta tras de sí. Haciendo ruido como al principio y antes de que el seboso empezara a chillar, elevó un martillo sobre su cabeza, mientras lo miraba con aspecto perturbador y lunático.

Unos ojos que podían verse a pesar de que los tapaban aquellos neones que ahora se tornaron de color rojo.

Y la sangre salpicó las paredes y el suelo.

—Soy yo. Carlo. Ha sucedido algo terrible. Esto, no deberíamos hacerlo público. Se quedará dentro de las murallas de la Santa Sede. ¿Está bien? —La voz sonaba como si estuviera cimbreado o algo parecido—. La policía no debe saber esto.

El arzobispo Miguel que sujetaba el teléfono con una mano casi purpúrea por las manchas de la vejez, apretó los labios y sus dientes rechinaron. Un ruido que le hizo sentir como la piel se le erizaba, como si un escalofrío le hubiera atravesado el cuerpo. De un extremo a otro. Como el impacto de un rayo incandescente.

—Yo no he visto nada dentro de la web profunda —argumentó Miguel. A él no le temblaba la voz. Hablaba con mucha tranquilidad, tanta, que la propia respiración era mucho más acelerada. Sus ojos se entrecerraron en el infinito, marcando un círculo imaginario al final de la pared. Como si estrellase algo de su poder hipnótico contra el yeso y los ladrillos.

—No le dio tiempo a compartir nada, hermano. Alguien le hizo algo perverso y lo peor de todo es que el crío se ha escapado. ¿Sabes lo que eso significa?

Hubo un momento de silencio.

—Que puede revelarlo todo, o no. Solo a... —Estaba esperando el nombre del afortunado.

Pero aquel crío había desaparecido para siempre.

—Es Adriano hermano. Es Adriano —repitió con más nerviosismo en su voz. En el otro lado de la comunicación Carlo, estaba convulsionándose bajo el hábito y el sello de oro que tenía en su dedo corazón dejó de brillar aún expuesto a los primeros rayos de sol de aquella cálida mañana.

—Pues Adriano deberá apechugar con todo. Y si no ha compartido nada en nuestro canal, no hay pruebas de nada. ¿Qué ha sucedido realmente? —El arzobispo se había dado cuenta de que hablaba con poca coherencia. Como un cobarde que evade su propia culpa.

—Pero ¿tiene alguna constancia de lo que ha sucedido?

—No.

—Perdón. Creía que ya lo sabía. ¿Ha mirado el correo electrónico esta mañana?

—No.

La mano con el sello rojo se posó sobre una Biblia oscura, con las letras doradas. Las páginas estaban amarillentas y tenía entre ellas, una decena de marcadores que sobresalían como lenguas pintadas de colores.

—Pues debe mirarlo ahora mismo. Se lo recomiendo.

Miguel movió el ratón del ordenador hacia un lado y el cursor se puso excitado sobre la palabra «Gmail». Aquello era tan ridículo y absurdo como dejar las llaves de tu casa puestas cuando cierras la puerta. De una u otra manera, sabías que alguien giraría la llave e iba a entrar en tu casa. Utilizar Gmail era un pecado divino, cuando se compartían ciertas cosas en la Santa Sede. Sobre todo, si eran secretos de un pequeño o gran número de arzobispos, curas, cardenales, obispos o hasta los viejos nuncios, y sí, también había monaguillos que se prestaban al culto que pretendía explicar un pasaje de la Biblia: niños, venid a mí. Pero ellos lo interpretaban con la polla y los deseos más perturbadores.

Inmediatamente después, en la pantalla del ordenador, se abrió una carta con una barra de progreso en la parte de abajo. Eso es que estaba iniciando sesión. Tras dos segundos se mostraron los correos entrantes en la bandeja de entrada. Marcados en negrita. Solo había dos, y eran exactamente iguales. El cuerpo del mensaje decía: AVISO.

Nada más.

—Estoy abriendo el correo —explicó Miguel arrugando los ojos como si tuviera legañas. No. No necesitaba gafas, sino un corazón de hierro para no sorprenderse o asustarse de la fotografía que iba a ver.

—Dime algo.

El corazón se aceleró cuando la imagen se vio diminuta en una parte de debajo de un mensaje escueto:

## ESTO ES LO QUE QUEDA DE ADRIANO

Su dedo índice hizo clic en el botón izquierdo del ratón para bajarse la imagen adjunto en el mensaje de texto. La pantalla, que destellaba tan blanca como los rayos del sol cuando lo miras fijamente, pareció teñirse de rojo por unos momentos. El martillo dio un golpe en el yunque de su pecho. La sangre

implosionó dentro del ventrículo y salió a chorro por la arteria. La vena se dilató como una manguera de agua y un dolor punzante le atravesó el pecho y la mejilla.

Cuando abrió la imagen, sus ojos quisieron salir volando de sus cuencas y caer al suelo para seguir rodando por el suelo. Una vez visto lo visto, su corazón se pararía, pero no fue eso exactamente lo que sucedió.

Se llevó la mano agarrotada a su pecho y con los dedos estrangulados por el terror quiso tirar de su piel a través de la sotana que de pronto le parecía ceñirse al sudor de su cuerpo.

—Dios bendito.

—Sí. Dios —respondió la voz al otro lado de la comunicación. Se escuchó una suerte de chasquidos eléctricos que ahogaron el jadeo de su respiración, la de Miguel y el sonido de la voz quebrada regresó de nuevo—. Alguien sabe lo nuestro.

Y colgó.

La mano de Miguel se estrechó entre su indumentaria arrugada y estrangulada por esos dedos como ramas y sintió una punzada tan fuerte que su espalda se arqueó en el sillón en el cual había estado sentado todo el tiempo. La hemorroide explotó en el ano y sintió como algo fluía allá abajo, mojándose, sintiéndose asqueroso. Temblando y mirando aquella jodida imagen que no podía apartar de su vista, aunque le inspirara ahora, pánico.

Pero sus ojos, dilatados como platos no podían dejar de ver.

Hasta que una suerte de escupitajo con manchas oscuras, nubló su visión hasta la oscuridad plena y su cabeza se estrelló contra la superficie de la mesa, en un estruendoso golpe seco.

Una hilera de sangre corrió desde debajo de su cabello gris hasta el teclado del ordenador, dibujando una carretera llena de curvas.

Unas curvas que marcarían su vida.

Como la de los demás.

El correo quedó abierto como una ventana a un patio con sábanas tendidas en el tendero y el teléfono murmuraba, tirado sobre la mesa, con un tu, tu, tu, repetitivo.

—Me abre como una flor y me acaricia y eso me gusta —explicó Kostia. Sus ojos estaban muy abiertos, pero no de impresión, sino de una especie de locura en su mirada. Sin embargo, lo que decía parecía ser coherente.

El psiquiatra Alexander, un hombre de metro ochenta y ojos claros, tenía la vista clavada en él. Entre sus manos se movía como el bigote de un conejo, un bolígrafo negro. Estaba sentado en su sillón giratorio de piel roja y tenía el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante. Sus manos se movían sobre un papel garabateado.

—¿Y dices que está aquí?

—No. Está en otro lugar, pero puedo verlo. Ha recibido su merecido.

Ahora lo que contaba no tenía tanto sentido, ni mucho menos la coherencia de antes.

—¿Dónde está? ¿De quién hablas?

—Del arzobispo. Ese gordo gruñón está muerto.

—¿Qué?

—¿Es difícil de creer verdad?

El bolígrafo repiqueteó sobre la mesa y sus dedos lo atraparon en el aire, cuando cambió de manos. Alexander no llevaba gafas de montura de hueso, ni lentillas, y sus ojos estaban tan dilatados como si tuviera puesto una lupa delante de ellos.

—Bueno, yo no he dicho eso. —El hombre de la bata blanca se puso tenso, como un garrote de acero. Se podía ver como las carótidas de su cuello se habían dilatado—. Debe empezar a saber dónde está la realidad y donde empieza la imaginación o tus recuerdos más oscuros. Sé por lo que has pasado y sé cómo has llegado hasta aquí. Y créeme, te comprendo, pero debes saber diferenciar la mentira de la verdad...

—¿Está usted insinuando que estoy mintiendo? —le atajó el hombre de ojos dilatados y baba en la comisura.

Estaba atado con una brida por las muñecas. Atrás, en la espalda. Rodeando el respaldo de una silla helada. Sus piernas no dejaban de moverse y hacia un tic, tic, tic sobre el suelo con su talón desnudo.

—No estoy insinuando nada. Solo te muestro las diferencias de una declaración de otras. Has empezado contando lo que te pasó y después a decir que lo has visto en otra parte muy lejos de aquí. Esto último es lo que debes reprimir. No puedes ver más allá de donde alcanza tu vista Kostia.

Kostia se acercó deliberadamente al borde de la mesa. El psiquiatra se echó para atrás y el guardia de seguridad que había en la puerta movió una mano.

—A miles de kilómetros de aquí. Donde yo estuve una vez. El arzobispo Adriano ha aparecido mutilado y después cosido como un muñeco de trapo. Su polla está dentro de un bote de cristal con alcohol.

—Estás delirando —dijo Alexander escondiéndose entre sus hombros al hundirse en su sillón que se desplazó hasta la pared que había a sus espaldas. El choque fue seco, pero lo que más se escuchó, fue el vuelco que le dio su corazón. Como una masa de carne aplastándose contra el suelo.

Kostia empezó a babear.

El guardia de seguridad, tan grande como un ropero y con el pelo rapado, se fue directamente hacia él.

La luz penetró por entre los huecos de la cortina como dedos largos que acariciaron sus ojos. Chad Chamberlain estaba sumido en un profundo sueño, pero aún así sintió el calor de aquellos dedos dorados. Lenta y oficiosamente, a medida que comenzó a mover la mano y como no, las facciones de su cara: abrió los ojos. La luz era tan cegadora que los párpados se cerraron de nuevo. Soltó un quejido y empezó a desperezarse como un niño. Primero el brazo derecho cerrado en un puño y después abriendo la boca como si se hubiera tragado un vaso.

—Has dormido bien amigo —resonó una voz en su cabeza.

Era Mohamed, que en calzoncillos había regresado del cuarto de baño. Tenía una toalla blanca envuelta en su cabeza y sus ojos estaban chispeantes. La sonrisa por la mañana temprano, le dibujó la alegría en sus labios.

—Joder —dijo Chad abriendo de nuevo sus grisáceos ojos. Su cabeza se movió sobre una almohada aplastada y caliente.

—Jefe. Estás que te sales. Nunca te había visto dormir tanto.

—Será porque no hemos compartido muchas habitaciones —rezongó el hombre de la gabardina. Ahora esta preciada pieza de ropa estaba tirada sobre un sofá que estaba al pie de la cama. Sus ojos la vieron. Oscura como un cuervo y lánguida como la sombra de la muerte.

—Creo que unas diez veces en el último año —le recordó Mohamed. Tiró la toalla sobre su cama y un sonido ahogado estalló sobre las sábanas como si hubiera caído algo realmente pesado. La toalla estaba empapada de agua.

—Oh, mira que bien. —Chad se incorporó apoyándose en el respaldo de la cama sin creerse todavía que no estaba fumando. Sentía como un cosquilleo dentro de sus pulmones y cierta ansiedad en el estómago. El respaldo de la cama estaba caliente también y los rayos del sol que conseguían entrar por la ventana, le cegaron de nuevo, pero esta vez solo parpadeó—. Necesito un jodido cigarrillo. No me gusta despertarme sin una colilla en la boca.

Mohamed le sonrió abiertamente.

—Estás viciado y te morirás de cáncer.

—¿Has pensado mucho para descubrir esto?



—No.

—Pues piensa en otra cosa que no sea en joderme la vida, recordándome la muerte, ¿Crees que te salvarás tú algún día? Te incineraran como a un árbol o quizá te utilicen como abono para las plantas. Sí, eso puede ser. Serás la mierda que desde comer a las plantas.

Mohamed sonrió de nuevo. Sus dientes eran realmente brillantes, pero sus ojos eran muy oscuros.

Entonces, de pronto la pantalla táctil del teléfono que estaba en la mesilla de Chad se encendió arrojando una luz verdosa que se mezcló con la bronceína del sol. Y empezó a sonar con un timbre de una puerta antigua. Riinnngg.

—El teléfono amigo —acució Mohamed sentándose al borde de su cama y dándole la espalda que todavía chorreaba.

—Mierda —masculló Chad moviendo la mano hacia el condenado teléfono que parecía trotar sobre la superficie de la mesilla. Sus dedos lo rozaron y si, vibraba. El timbre y la vibración no estaban activados al azar. Chad estaba medio sordo—. Un día de estos lo tiro por la ventana.

—Pues el jefe te entregará otro teléfono. No puedes prescindir de él.

Mientras alzaba el teléfono móvil, preguntó:

—¿Cómo coño sabe que es el jefe?

Mohamed se retorció como una culebra para mirarle a los ojos y por la forma en que lo hizo, pareció girar sobre bolas grasientas en forma de engranaje.

—¿Quién te ha llamado aparte de él en el último año?

Chad se quedó contemplando la pantalla del teléfono, adormecido todavía.

—El puto jefe. Markus, quien sino.

Mohamed se volvió hacia la pared y sonrió con un sonido socarrón que regurgitó de sus entrañas.

—Jajaja. Pero no le dices el puto señor.

El dedo pulgar o mejor dicho, la yema de ese dedo desplazó el botón verde hacia arriba y se llevó el teléfono a la oreja como si fuera una concha para escuchar el zozobro del mar. Pero, fue una voz ronca la que se estampó contra su tímpano. Resultaba desagradable escucharlo de buena mañana. Era un alemán muy estricto y severo. Su voz lo delataba como una persona altamente exigente y duro. Sin sentimientos. ¿Acaso los tenía Chad? Tampoco.

—Chad. Hay cambio de planes. No preguntes por qué, pero debes ponerte

las pilas o mejor dicho, los cigarrillos en el culo y coger el primer avión que te lleve hasta Roma. ¿Lo has entendido?

Chad puso los ojos en blanco.

—Que bien sienta escuchar tu voz tan temprano.

—¿A las diez de la mañana le llamas tú temprano?

—Mierda. Creí que eran las ocho.

—Bueno, eso es según que país esté. Cuanto más a la derecha del mapa, más cambiara el horario.

—Oh, vaya. Que buen ojo tiene.

—Menos recochineo Chad. Te conozco perfectamente y estás que te sales. No olvides que sigues bajo mis órdenes aunque seas el mejor perro de la camada.

Chad dibujó una sonrisa en sus secos labios.

¿Dónde estarían los jodidos cigarrillos?

—No tengo el humor para sorpresas. Estoy jodido sin mi cigarrillo dando por saco en mis pulmones.

—Siempre tan carismático.

—Bueno, Markus. ¿Qué sucede?

—Ha aparecido un fiambre en la Santa Sede. Alguien me ha enviado por correo electrónico unas fotografías un poco asquerosas y un vídeo. Creo que debemos priorizar y que todo está relacionado.

Chad se apoyó en la pared.

—¿Un asesino en varios países?

—No lo sé.

—¡Vaya!

Mohamed era todo oídos al otro bando de las dos camas, mientras se estaba poniendo el pantalón que ya iba por la rodilla.

—Te pasaré los datos por mensaje. Así como la ubicación donde tenéis que ir. Seguramente hoy mismo podréis ver el escenario del crimen. Los medios de comunicación no han informado nada. Por lo que a mí respecta, tendrá que guardar silencio en todo esto.

Chad se quedó mirando al techo como si fuera un buen motivo hacerlo. No sabía por qué, pero lo hizo. Después, con algo de sudor en la frente, dijo:

—No entiendo que tienen que ver todos estos asesinatos.

Chad estaba rumiando y en el interior sentía, cierta culpabilidad y enojo. No estaba al cien por cien, y no comprendía nada de todo lo que estaba

sucediendo. Su jefe tampoco le aclaraba las cosas. Todo era una confusión.

—Sin duda, algo deben tener en común. Es lo que dice el mensaje que he recibido bien temprano. Al parecer le llaman el peregrino. No me importa esto. Solo quiero resolver los casos y ver que relación, tienen en común. Algo me dice que incluso habrá más escenarios que visitar. Quizá ya estén en marcha, bueno, no sé si es la definición exacta. Pero lo dudo. Ya basta de jugar a los detectives. Quiero que hagas bien tu trabajo. Y no te obsesiones con nada. Todo puede estallar en cuando menos lo esperemos...

—¿Por qué me suelta toda esta charlatanería? —Chad estaba deseando aspirar la nicotina y respiraba con fuerza, como si en el aire todavía hubiera de esa mierda suspendida en el aire, de la noche anterior.

Markus se calló de repente. Sin embargo, Chad escuchó algún que otro ruido de su garganta. Sabía que estaba algo cabreado, o quizá estaba preocupado. Finalmente, su voz grave atravesó toda Europa hasta el oído de Chad.

—Porque nunca había tenido la picha tan liada.

Chad le cogió el gusto a la sonrisa, y su comisura se abrió un poco. No era hombre de risas, sino todo lo contrario. Aunque le tocara la lotería, Chad conservaría un semblante serio. Pero su jefe le había arrancado esa floja sonrisa. Una mueca tan sutil como insignificante.

—Vaya. Ya somos dos —dijo Chad y escuchó acto seguido el tono agudo que indicaba que la conversación había terminado en ese punto.

Claro, todo estaba en aquellos papelillos amarillentos, pero de todas formas lo sabría por otra vía.

Mohamed ya estaba de pie, peleándose con los pantalones. Tenía los calcetines puestos y solo ponían trabas al pasar por la pernera del pantalón.

Ahora no sonreía, aunque se había dado cuenta de que la conversación había terminado, ya que el silencio planeó como una enorme sábana sobre ellos. Salvo el clic que hizo el teléfono móvil al volver a la mesilla.

—¿Qué sucede Chad?

Esta vez no se dio la vuelta.

Quejumbroso, el inspector se levantó de la cama, dejando que sus pies sintieran el calor del suelo. Se encaminó hacia el pequeño sofá que albergaba su gabardina y extendió su mano con los dedos abiertos. Sabía a lo que iba. Rebuscó en uno de los bolsillos y se dio cuenta de que el cajetín de cigarrillos no estaba dentro, sino en la mesilla. Al lado del teléfono. Giró la cabeza de

forma brusca y una mueca se dibujó en sus labios. Parecía una cremallera mal cerrada. De esas que no encajan. Con un gruñido en la garganta regresó a la cama, donde se dejó caer de culo al borde del colchón.

—Vaya mierda. Hoy no doy ni una —se quejó.

—No me has contestado amigo —insistió Mohamed abrochándose por fin, el botón del pantalón.

—Hay cambio de planes. Vamos a rezar un padrenuestro en el Vaticano.

—¿Qué?

—Tendrás que dejar de ser musulmán durante un tiempo —añadió. Ahora tenía la cajetilla de cigarrillos golpeándose en el canto de su mano. Una lengua blanca salió al exterior y sus labios lo atraparon mientras su cabeza se zambullía en un cubo de agua inexistente.

—Que bien —ladró Mohamed.

—No te quejes, yo soy agnóstico y tendré que rezar un ave maría.

—¿Qué?

Chad encendió el cigarrillo y aspiró con tanta intensidad que sus ojos se hundieron en sus cuencas. Como un anciano que aspira de la máscara de oxígeno, porque sus pulmones ya están hechos una mierda.

Mohamed se dirigió hacia una silla donde estaba su camisa blanca, perfectamente alisada. Como si estuviera recién planchada. La cogió y se la puso mientras sus labios se movían:

—Vaya mierda.

—Sí, hijo, sí. Vaya mierda.

Y entonces se escuchó el sonido casi como el tañido de una campana, procedente del teléfono de Chad. La luz amarillenta en esta ocasión se difuminó en dos segundos. Chad alargó la mano y cuando abrió el mensaje, sus ojos se quedaron petrificados.

O casi.

Hermanos, estamos en serio peligro. Alguien nos ha descubierto y parece que no viene para gastar bromas. Os adjunto la fotografía de nuestro querido hermano para que decidáis vosotros.

¿Es esto o no un pecado?

Las letras no estaban curvadas ni escritas de forma irregular como si le temblara el pulso al autor de la misiva. Y aunque tenía su edad, más de sesenta y cinco años, escribir con el ordenador no le delataba el temblor que tenía en sus manos en esos momentos. Eso era lo bueno que tenía escribir un correo electrónico. Nadie podía adivinar cómo eran tus dedos al pulsar las teclas, si rechonchos o demasiado rígidos acabados con unas uñas macilentas. Tampoco, te ponían cara. Un grafólogo se estrellaba contra la pared de hormigón en estos casos. Nadie sabía quién escribía, aunque una cosa estaba clara; las faltas de ortografía eran muy vinculantes.

Más abajo del mensaje ponía:

Carlo.

El puntero del ratón se colocó sobre la opción de enviar y al hacerlo apareció una barra de progreso que indicaba cuanto restaba para que el correo se completara. La imagen que había adjuntado era muy pesada y con una nitidez sorprendente. El asesino, que se había colado en su web profunda, le había dado su tiempo y dedicación a la fotografía.

Carlo había sido el primero en verla, en utilizar el correo secreto y no «Gmail» (como Miguel) y su corazón, recuerda, había estallado como una bomba dentro su pecho. Llenando sus pulmones y entrañas de sangre. Como la que había recubriendo el cuerpo de... lo que había creado con los restos de Adriano.

El correo electrónico viajó por la fibra óptica hasta sus destinatarios y apagó el ordenador. Sus vejstorios dedos casi raquíuticos, que todavía le servían para cascársela delante de aquellos desgraciados que pillaban por

banda, repicaron sobre la alfombrilla que tenía justo antes del teclado. El ruido esponjoso se perdió en el silencio y sus ojos se quedaron clavados en la pantalla negra, mientras rumiaba, lo que podría pasar ahora.

Y recordó, que había olvidado reclamar cuanto antes, una reunión en el apartamento secreto, dentro de la Santa Sede. Sí, aquel lugar donde se reunían de vez en cuando con sus sotanas rojas y sus estúpidas sonrisas dibujadas en sus rostros, mientras mantenían los escrotos tan duros como piedras al hablar de sus «experiencias sexuales».

Panda de cabrones.

Un minuto más tarde, encendió el ordenador de nuevo.

La policía llegó allí al mediodía.

Algunos iban ataviados de azul y otros embolsados en monos blancos, pero todos llevaban mascarillas. Excepto las moscas que zumbaban alrededor de lo que quedaba de Adriano, que permanecía colgado como un mal chiste. Mira, ahí hay una ristra de salchichas. Penoso.

El inspector Dante se acercó lo suficientemente cerca del cadáver como para comprobar que tenía todos los miembros amputados y después, lo habían cosido con un hilo recio y negro. En los pies había un lago de sangre, roja y coagulada; como una alfombra tirada de mala gana. Unas moscas verduzcas se posaban sobre aquella costra y extendían su pérfida lengua para succionar todo lo que podían antes de morir al final del día.

Justo delante de él, sobre una mesita, había un bote con algo que parecía alcohol de farmacia a juzgar por el olor que despedía aun sin destaparlo. Dentro, algo flotaba flácido y sabía qué era.

Vaya si lo sabía.

Justo lo que le faltaba bajo el ombligo.

El sol no brillaba ese mediodía dentro del apartamento de planta baja, más que nada porque la ventana estaba cerrada y la persiana bajada. Ninguna lengua bronceada pudo pasar por ninguna rendija. No hay nada más jodido que no ver el sol en un buen día de otoño. En su lugar, los agentes de la policía científica y criminalista, habían colocado un foco enorme sobre un trípode como si aquello fuera el *flash* para hacer una sesión de fotos a Adriano.

El que estaba colgado y cosido como un muñeco de trapo.

También estaba encendida la luz de la habitación, que parecía lánguida y de mantequilla frente al potente foco como un sol capturado en una caja de plata.

—Quiero que analicéis todas y cada una de las huellas que encontréis. No quiero ningún error. El asesino se las tendrá que ver conmigo —explicó Dante con su voz rasgada y con cierta soberbia en ella.

Un par de agentes criminólogos asintieron con la cabeza tras unas gafas de buzo, de plástico y una ajetreada respiración oculta en la parte posterior de la

mascarilla. Parecían astronautas buscando un virus en el planeta Marte, salvo que allí no había dunas, ni tierra, ni rocas. Solo sangre, pisadas y huellas estampadas por todas partes. En el suelo y los muebles. Como si alguien se hubiera dejado los mocos en cada esquina.

—Creo que no estaba solo con él —aseguró uno de los hombres de blanco. Sus ojos brillaban tras aquellas gafas blanquecinas.

—¿A qué te refieres? —La voz rasgada de Dante apenas si pudo llegar a los oídos del policía criminalista que estaba peinando una zona del borde de la ventana con un pincel que parecía barato. Uno de esos que emplean las mujeres para ponerse hermosas, empolvándose hasta la nariz como una adicta al polvo.

—¿Qué?

—Mierda.

Al parecer en esta historia todo el mundo tenía mala leche.

Uno de los agentes de policía, de azul y con su insignia luciendo palmito en un costado de su pecho, estaba apuntando algo en una libreta con un burdo bolígrafo. Eso sí, utilizaba guantes. Pero no utilizaba una jodida Tablet o algo parecido. Se acercó al inspector y dijo;

—Señor. Este hombre lleva muerto más de veinticuatro horas.

Se había equivocado.

—¿Sí? No me diga —exclamó Dante. Tenía un lapo de unos dos centímetros en medio de su garganta. Carraspeó y se lo tragó. Estaba algo dulce. Al menos esa era la impresión que tenía. Aclaró su voz y añadió—. La verdad es que no sabía que cuando se hincha un muerto es porque lleva muerto algunas horas.

El policía agachó la cabeza y se volvió hacia el grupo de agentes que trabajaban en el escenario del crimen entre murmullos.

—Será capullo —susurró tan bajo que nadie le escuchó.

—Quiero que analicéis esta polla —dijo el inspector señalando el bote con su índice rollizo. Había hablado en voz alta y las paredes parecieron responderle con un: sí guana.

Después, se limitó a permanecer tieso como una estaca delante de aquella monstruosidad llamada Adriano.

Sus ojos no bizqueaban.



—¿No podías perder miedo a la fobia y subirte a un puñetero avión? —le recriminó Mohamed, pero con una sonrisa en sus labios.

Chad lo miró persuasivamente.

—En el avión no te dejan fumar —dijo.

—Y en el tren tampoco —acució Mohamed mientras mostraba las palmas de su mano sin saber porque razón lo hacía.

—Bueno, en el tren siempre encuentro lugares en donde fumar. —Chad quiso reírse, pero no lo hizo. No era su punto débil.

—¡Ya! Claro. Y en el avión no hay un lavabo donde te puedas meterte toda esa mierda en los pulmones. Mírate bien. Pareces una locomotora vieja en la que están saliéndole desde todos los agujeros oxidados, el vapor que se escapa por todos lados.

—Pero sigo vivo, que es lo importante.

Chad se sacó un as de la manga. Un jodido cigarrillo e iba a encenderlo allí, delante de todos, en el vagón del tren. Delante de una mujer que sujetaba en su regazo a un crío de pocos meses, bueno, cerca de un año.

—Y loco —añadió Mohamed. Había escondido sus manos sudorosas. Por la ventanilla el paisaje se tornaba borroso y parecía que un agujero negro se lo estuviera tragando literalmente. Arrancando cada piedra del paisaje, cada árbol y cada pájaro del cielo.

La mujer de enfrente, la del crío en su regazo, los miró a los dos con un semblante serio y un cínico labio en la parte superior muy estirado. Sus ojos parecían emitir rayos y truenos. Su mirada era tétrica y a veces, resultaba perturbadora. Como la del asesino de la Catedral de Notre Dame.

—¿Sabes una cosa? —Chad tenía el cigarrillo enredado entre sus dedos juguetones. El siseo del tren de alta velocidad parecía lo más cercano a un ronroneo de un gatazo que a otra cosa.

—¿El qué?

Mohamed volvió a enseñar las palmas de sus manos.

—En lugar de esconder el dolor de tus almorranas, ¿por qué no hablamos un poco del caso de las momias? Es un asunto que está pendiente.

La mujer frunció el ceño.

—Bueno. De eso hemos hablado poco o casi nada. ¿Sabes algo que yo no sepa?

—Digamos que si... joder, que ganas tengo de fumar.

—Bien. Eso está bien. Te fumas tu petardo y me cuentas lo que sabes. A ver si entre los dos sacamos algo en conclusión, porque parece que hayamos visitado un museo en unas vacaciones.

—Sí, me lo fumaré. Es más me lo soplaré de una calada, pero antes déjame enseñarte algo. —Chad rebuscó en el bolsillo de su eterna gabardina.

A la mujer le pareció ver al conde Drácula en persona, cien años después de su muerte. Solo que ahora no conservaba los colmillos y el interior de la capa no era rojo como la sangre. Por lo demás, juraría que era el vivo retrato del conde.

—¿Qué tienes ahí que no me enseñaste antes? —Mohamed recordó que antes de partir, Chad había recibido un mensaje en su teléfono el cual nunca llegó a ver. Pero vio el rostro y los ojos de Chad como si se descompusieran como la cera de una vela derritiéndose por el calor.

Mientras el cigarrillo viajaba hacia su boca, le mostró la pantalla del teléfono. Solo estaban los iconos de las distintas aplicaciones del sistema operativo.

—¿Estás preparado?

—Claro, por supuesto.

—Míralo bien.

Tocó suavemente uno de aquellos iconos de color blanco.

La imagen pugnaba por salir de la pantalla y unos ojos desorbitados recorrieron cada esquina de sus cuencas mientras arrugaba sus labios y trataba de tragar una saliva que no existía en su boca en esos momentos.

La mujer, muy chafardera ella, llegó a ver algo muy rojo, pero tuvo suficiente. Se llevó la mano a la boca.

Chad la miró contemplativo.

—¡Hostia puta! —exclamó Mohamed.

El crío empezó a llorar.

Mientras, el tren patinaba sobre los raíles sin pausa.

—Está bien. Ya podéis llevaros toda esta basura al instituto Anatómico Forense. Lo quiero limpio como los chorros del agua. Ya no hay nada que hacer aquí —ordenó Dante, mientras movía las manos como aspas de molino. Hasta daba la sensación de que el aire creaba un remolino cerca de él.

—Señor. Creo que eso será imposible —aseguró uno de sus agentes con la cara pálida. Daba la impresión de que le temía más al inspector que a un muerto despedazado y después, cosido.

Dante arqueó las cejas.

—¿De qué coño estás hablando?

Si allí estuviera Chad habría comprobado que tenía un cierto parecido al inspector o capitán Frédéric. El mismo que tuvo que vérselas con aquellas jodidas momias. Y al parecer había alguien que estaba moviendo todos los hilos.

—El señor Holly ha enviado esto, señor. —El agente le acercó un teléfono móvil con una inquietante imagen enmarcada—. Dice que es una filtración anónima.

Eran las dos putas momias y abajo del todo había una frase escueta:

DEJARLO TODO COMO ESTÁ. VIENE CHAD.

—¿Y quién coño es Chad? —preguntó casi mordiéndose los labios. Su corazón seguía impasible. Sin pulsaciones aceleradas ni sobresaltos. Era inquietantemente tranquilo en ese aspecto, aunque muy exigente en su trabajo —. ¿Esto qué cojones, es? ¿Qué tiene que ver con esto?

Su ayudante no pudo decirle lo que había en la imagen.

Tenía algo abyecto cruzado en su mirada.

Kostia había sido reducido por el guardia de seguridad. Alexander se había levantado del sillón como si en el culo le hubiera empujado un muelle tenso. Sus ojos se habían abierto desmesuradamente y desde el techo, una araña contempló en silencio como el gorila arrastraba al loco como si fuera un muñeco de trapo. Un perro babeante gritando mientras los salivajos bañaba el aire de la sala blancuzca.

—¡No le he tocado! ¡No le he tocado! —había gritado Kostia mientras pataleaba en el suelo con sus pies desnudos. De haber existido un charco de agua habría parecido que estaba bailando «cantando bajo la lluvia», pero no, solo había sudor y algo seco blanquecino como una costra de cal: pero era lejía.

—Llévenselo a su cuarto y atenle en la cama —había ordenado el hombre de bata blanca, ahora desabrochada. Su tez se había tornado pálida y sus labios se habían arrugado como dos morcillas pasadas.

En Rusia todavía había hielo y nieve, como no, pero eso estaba afuera. Justo detrás de las ventanas diminutas tapiadas con barrotes con el grosor de un brazo. Allí dentro, hacía calor y una densa y pegajosa nube se hacía irrespirable en aquel cuartucho de mierda.

Kostia había sido arrastrado como un fiambre hasta su habitáculo, donde entre dos hombres de gran estatura y unos brazos como dos troncos, le habían atado con las correas de cuero desgastadas. Aquello parecía más a un juego sádico sexual que a reducir a un paciente con un ataque de delirio, de histeria o de trastorno disociativo.

Una aguja que mostraba una gota en su extremo y después resbalaba por el finísimo hilo metálico, brilló bajo la luz de su «casa» el resto de sus días.

Solo había bastado unos dos minutos para que Kostia cerrara los ojos y dejara de gritar como un desbocado, pero tres horas más tarde estaba de nuevo frente a Alexander.

—Parece que la mediación no es suficiente Kostia. Tendrías que poner más de tu parte —explicó el Psiquiatra. Sus dedos titilaban sobre la rugosa mesa. Su frente brillaba, gracias al reflejo del tubo fluorescente y debido al

sudor.

—Me encuentro bien doctor. No veo cosas raras debajo de mi cama si a eso es a lo que se refiere. Me llevo bien con mis compañeros...

—No. No es eso lo que quiero decir.

Kostia enmudeció.

Finalmente, y tras un corto silencio ominoso, dijo:

—¿A qué se refiere doctor?

Los dedos del hombre «rompecabezas» como lo llamaban los locos del centro, dejaron de repicar sobre la mesa. Cogió un bolígrafo azul y se lo llevó a la boca, empezando a mordisquearlo tan pronto como sintió el objeto duro en los labios.

—Hace unas horas no estabas tan lúcido como ahora. Tus argumentos eran insostenibles. Estabas delirando. Sé lo que te sucedió en el pasado, pero eso debería dejarlo aparcado en un garaje oculto, donde ya no visitarás con un guía turístico. Ahora estas aquí, frente a mí. Tratando de salir de ese agujero que te tiene atrapado el resto de tu vida. Espero que no sea así.

—No recuerdo lo que dije hace unas horas —acució Kostia todavía atolondrado por los sedantes.

Tenía las manos atadas a su espalda, bordeando la silla. Esta vez con un trozo de sábana. El guardia estaba de pie al lado de la puerta de metal, evidentemente, de color rojo. Tenía la mirada clavada en el cogote de Kostia y sus labios estaban pétreos, como si no hubiera cagado en toda una semana.

—Bueno, eso es normal —sonrió el cínico de la bata blanca. Se arrebujaó en su sillón sin dejar de mirar al loco que tenía delante.

—Ah, claro. Eso está bien.

Durante dos minutos bien largos, que casi les extenua, se cruzaron las miradas moviendo los ojos como si quisieran capturar algún detalle en el rostro de ellos, que le dijese que intención tenía cada uno. En realidad, se trataba de una desconfianza elevada a la alta estratosfera que llegaba a ponerles los pelos de punta. El psiquiatra tenía las drogas y el loco, eso; la locura.

—¿Por qué estás callado? —rompió al fin Alexander.

Kostia meneó la cabeza en sentido de noes.

—Estaba esperando a que usted me preguntase algo.

—¿Sobre qué?

—No lo sé, pero déjeme adivinar. Usted quiere saber si todavía lo veo,

¿es así?

Alexander asintió.

—Puede ser.

—Pues la respuesta es sí.

Hubo otro corto espacio de silencio en el que solo se escuchaba, muy de fondo, el aullido del viento al rozar las esquinas de aquel psiquiátrico. Era un sonido que siempre estaba en el aire. Como un lloriqueo que le recordaba a uno, que estaba aislado del mundo.

—Está usted entrando en una nueva crisis. Si lo hace no tendré más remedio que inyectarle una nueva dosis de diazepam u olanzapina.

Kostia se empujó con la ayuda de sus pies desnudos. La silla retrocedió, unos centímetros en un frenético ruido. El guardia abrió sus grandes brazos.

—No voy a escapar —exclamó el loco y añadió—. El hombre seboso sigue colgado como un cerdo. Está cosido por todas partes. Eso es una gran obra de arte. El pequeño está a salvo. A salvo. Hay gran expectación por el crimen. Veo muchos agentes de la policía e inspectores. Uno en concreto, está de camino. Deben esperarlo y la polla de ese gordo sigue flotando dentro del bote oxidado. Yo se la habría hecho tragar antes de expirar.

Alexander se inclinó sobre la mesa apoyándose sobre sus codos. Le dolían. El guardia había abierto los ojos como dos globos blancuzcos.

—Está usted delirando. Voy a ordenar que le inyecten una buena dosis de tranquilizantes e hipnóticos. —Los ojos de aquel psiquiatra estaban más dilatados que los del propio loco y parecía que apretaba con fuerza sus dientes.

Kostia lo miraba con cierta locura, pero estaba más concentrado en lo que iba a decir, que en tratar de morderle una oreja. Algo que había deseado desde hacía tiempo.

—Pero no es el único. En todos los países de la unión europea, hay hijos de puta desollados o momificados. Y a todos les ha arrancado su dulce polla. Si, su polla. Así podrán usarla como se merece, y no en el cu...

—¡Cállese! —gritó Alexander mientras su mano se estampaba sobre la mesa en un ruidoso golpe. Casi lo había cerrado en un puño, pero fue con la mano abierta. El guardia se adelantó un paso y la silla de Kostia se movió más hacia atrás como si arrastrara unas largas y pesadas cadenas.

—¡¿Eres tu uno de ellos?! —profirió Kostia, mientras salpicaba perdigones de saliva a todos lados. Como una metralla de una granada de

mano.

—¡Vladimir! ¡Llévatelo de aquí! —los ojos de Alexander apuntaron al rostro del guardia de seguridad que estaba próximo a Kostia, casi rodeándole con sus dos brazos.

—¡¡¡Eres uno de ellos puto cabrón!!! ¡¡¡Te gustan los culitos blandos!!!  
¡¡¡Hijo de puta!!!

Atravesando la puerta de metal, se escuchó los vítores de los demás supuestos locos: los enfermos mentales. Era como un suave murmullo entre aquellos gritos, pero se entendía bien lo que algunos decían, como por ejemplo.

—A mí me violó anoche, y estoy cagando sangreeee.  
Kostia se cayó al suelo, de lado, pegado a la silla.

El correo electrónico de Miguel se oscureció en la primera línea. Gmail siempre marca en negrita el mensaje que no has leído. El arzobispo Miguel movió el puntero del ratón con apremio. Su corazón estaba latiendo con más fuerza que la vez anterior. En realidad estaba desbocado como un caballo salvaje. El sudor le invadió la frente y sus ojos se redujeron a dos mirillas. No quería ver el contenido del correo. El correo que no debía utilizar.

Pero la tentación era más pecaminosa.

Miguel, no uses más este servicio de correo. Usa el nuestro. Ya sabes. Nuestra red secreta.

Carlo.

La mano de Miguel dio un giro inesperado con el ratón atrapado entre sus agarrotados dedos. Se le había movido la mano en un espasmo involuntario que llevó el puntero del ratón hacia la esquina superior de la pantalla y el dedo hizo clic cerrando el correo. Sus ojos observaron cómo su mano se movía sola.

—Dios. ¿Qué me está sucediendo? —Él lo sabía, pero no quería reconocerlo.

Tenía miedo.

La luz blanca del techo iluminaba la alfombrilla y mostraba los cardenales de su mano derecha. Tan oscuros como purpúreos y otros, ennegrecidos. Sus ojos se desviaron de nuevo hacia la pantalla y con una mano prensada en su pecho, dirigió el puntero del ratón hacia un icono de color verde. No era más que un círculo, pero se llamaba; Placer.

Hizo clic en él.

Segundos después se abrió la aplicación pidiendo una contraseña. Sus dedos todavía rígidos pudieron con el teclado e introdujo la contraseña, que a menudo olvidaba, pero esta vez no. Esperó unos segundos y se abrió el panel principal. Había un mensaje en la bandeja de entrada. Era de Carlo.



Miguel.

Alguien ha filtrado las fotografías de Adriano y la policía de medio mundo está detrás del caso. Es solo cuestión de tiempo que todo salga a la luz. Los hermanos recomendamos esperar un poco más. Ya llegarán buenos tiempos, como los de antes.

Carlo.

El rostro de Miguel embadurnado de algo tan brillante como el sudor reflejaba el color verduzco de la pantalla. Su corazón bombeaba ahora en la punta de su lengua como un sapo desesperado y solitario. Dentro de la aplicación de mensajería y videoconferencia, vio muchos mensajes más. Eran los hermanos y entre ellos, destacó el de Alessandro.

Yo no quiero renunciar al placer de Dios.

Aless

Tragó saliva y la nuez de Adán se quedó estancada a medio camino, como un moco en un palo. Su respiración era agitada y creía que iba a hiperventilarse. Si eso sucedía, se le dormiría la cara como si miles de hormigas caminaran sobre ella y después la luz blanca pasaría a ser amarillenta, y después; negra.

De repente, en los altavoces del ordenador se escuchó el sonido de una gota de agua estrellándose contra un charco inmenso. Era un nuevo mensaje. De Carlo.

Estúpido. Deja los placeres para más tarde.

Carlo.

Los dedos acartonados de Miguel aporrearon el teclado, pero con suavidad. Algo contradictorio, pero es que las teclas eran suaves y a poco que las pulsaras parecía que las hundieras con un mazo. Y escribió un mensaje:

Hola a todos. Tenemos un topo. De momento y hasta que no se resuelva todo, mantendremos a nuestros hijos del placer escondidos y no los tocaremos. O si alguien sigue con los placeres de Dios, que lo haga fuera del canal.

Bueno, sugeriría una reunión secreta.

¿Qué os parece?

Miguel.

La pantalla parpadeó dos veces, destellando un color verde que se fundió a un azul y al final del envío del mensaje volvió a sonar la gota de agua a ambos lados de la pantalla del ordenador. Mientras el sudor y las pulsaciones de su corazón, crecían sin cesar. Espontáneamente, un dolor agudo cruzó el pecho y el brazo izquierdo. Cerró los ojos y dejó escapar el aliento que había contenido durante al menos diez minutos.

Pero no sufrió ningún infarto.

Sus ojos bailaban dentro de sus cuencas como dos columpios redondos, pero de derecha a izquierda. Aquellas imágenes le enfurecían y sobre todo, le hacían recordar. Unos recuerdos que no podía soportar ni un solo instante. El trauma era lo de menos, era el asco que sentía y todavía perduraba en él, aquel dolor en el culo. Y como las heces salían a borbotones como si fuera agua de un grifo.

Asco de ver como aquel hijo de puta disfrutaba con la mierda y jadeaba, oh, si, esto me gusta, y cuando se excitaba más galopando sobre él, al ver que también derramaba sangre.

Y el jodido dolor le llegaba hasta la cabeza hasta hacérsela estallar como un petardo de feria. Un dolor intrínseco que iba acompañado de escalofríos y miedo, mucho miedo.

Ahora, delante del ordenador, revivía aquellos fatales momentos, al ver como sucedía lo mismo en el vídeo que había copiado de la red de los siervos de Dios. Apretó los dientes y por la comisura empezó a salir saliva. Tan espesa que podría parecer esperma. El cardenal que aparecía en el vídeo, un hombre alto y raquítico y con el cabello deslavazado como si estuviera expuesto al flujo de aire de un ventilador, estaba desnudo y frente a un crío que estaba sollozando sobre una mesa. Atado de pies y manos, en forma de cruz. Aquel viejo verde que decía servir a Dios lo había atado como a un cerdo listo para la matanza.

—Vamos culito blando. Esto es por tu señor. No opongas resistencia y todo saldrá bien —decía el cabrón. Se tocaba el pene y se acercaba al borde de la mesa de forma peligrosa. Sus ojos destellaban como dos luces en una noche oscura. Sus dientes macilentos, parecían brillar tan blancos como la nieve o eso le había parecido ver.

La excitación era tal, que aquel anciano de mierda, sacaba energías de donde no las hubiera. Y aunque parecía que iba a desmontarse como un esqueleto andante, en realidad, tenía los nervios de acero tan fraguados, que el muy hijo de puta resultaba ser demasiado fuerte para el pequeño que sollozaba y gritaba al mismo tiempo.

Nunca había visto un vídeo que el pequeño estuviera callado.

Todos berreaban como unos animalillos asustadizos.

—Te vas a enterar Rudesindo —dijo el hombre de ojos casi lunáticos y mirada perturbadora—. Tú también servirás a Dios.

Esta vez tampoco fue Alessandro.

Y pausó el vídeo.

El tren no era ni mucho menos tan rápido como el avión, pero el pánico a las alturas que tenía Chad le impidieron una vez más, mover su culo más allá de los dos metros de altura. Sin embargo, ambos medios de transporte te llevaban al destino más tarde o temprano.

Chad entró en la habitación iluminada, mientras sus ojos se hundían en una inhalación de humo y nicotina a partes iguales. Su gabardina abierta, parecía una capa ondeando al viento que no existía en aquella habitación repleta de agentes e investigadores. Detrás de él, estaba Mohamed, mesándose la barba y desviando la mirada hacia el suelo.

La temperatura allí dentro era insoportable y el olor, nauseabundo y Chad se preguntó por qué demonios no habían abierto las ventanas.

—¿Por qué narices no habéis abierto las ventanas? —exclamó Chad, mientras el bajo de la gabardina lamia el suelo. Sus ojos se desviaron hacia una esquina donde un par de hombres de blanco y con mascarillas estaba metiendo algo largo y flácido en una bolsa de plástico con una etiqueta manuscrita.

Estaba claro que habían tocado las cosas antes de llegar Chad. Y eso que el mensaje lo ponía bien claro. NO TOCAR NADA.

Un hombre que estaba de espaldas, pero frente a aquello que todavía estaba colgado, se dio la vuelta lenta y oficiosamente, con cierto aire de arrogancia dibujado en su rostro.

Era Dante.

—¿Vienes a tocarme los cojones?

—Ya tengo que lidiar con un asesinato. Este me importa un bledo.

Mohamed miró de reojo a Chad y mostró la comisura abierta, como la sonrisilla de un perro. Todavía no se había percatado del arzobispo colgando como una salchicha mordisqueada.

—¡Vaya! Veo que es usted de la misma casta que yo —acució Dante mostrando al mismo tiempo una estúpida sonrisa.

—Sí. Al parecer todos los inspectores tienen muy mala leche, Sino, no podríamos resolver ciertos casos —respondió Chad escupiendo humo por la

nariz. Respirar nicotina era mucho mejor que oler aquella mierda hedionda.

Dante le mostró sus feos dientes en una sonrisa abierta.

—Me gustan los chulos como tú —aseguró señalándole con un torcido dedo índice.

—Y a mí los capullos.

Tres hombres que estaban buscando huellas en cuclillas se giraron al mismo tiempo, casi desconcertados. No habían presenciado nunca antes una presentación así.

Hubo un silencio que reinó junto al zumbido de las moscardas verdes.

—Entonces es usted el famoso inspector Chad.

—Me llaman Chad. Así es.

—Tenía curiosidad por conocerlo, pero no entiendo por qué tiene que estar aquí, si esto es un caso mío. Un crimen que ha sido ejecutado en mi territorio...

—Pregúntele a mi jefe. Tiene más mala leche que yo —le cortó Chad mientras avanzaba arrastrando los pies. La gabardina ahora estaba inerte, como una manta tendida, a ambos lados de su torso.

—¡Ah! Vaya. Veo que viene de serie. —Dante hizo una pausa en la que alzó su teléfono móvil y añadió—. ¿Qué es esta fotografía?

Chad se acercó a él casi rozándole la punta de la nariz.

—Ya le dije que tengo un caso en el que ocuparme. Yo tampoco sé lo que estoy haciendo aquí, pero al parecer hay algo de conexión en ambos casos.

Le dio una calada al cigarrillo y sopló instantes después el humo en toda la cara de Dante, quien parpadeó y contuvo la ira.

—Entonces será mejor que nos llevemos bien —rezongó Dante escondiendo su teléfono en el bolsillo de su chaqueta.

Mohamed por fin vio el cuerpo desmembrado del arzobispo, justo detrás de las siluetas de aquellos hombres de blanco que usaban pinceles que parecían empolverar el cadáver.

Sus ojos se abrieron como dos platos de los grandes.

Posó su mano en el hombro de Chad, con fuerza.

—Dios —exclamó.

Chad también lo vio.

Se deslizó por la oscuridad como una sombra más. Las murallas que separaban la Ciudad del Vaticano de Roma no fueron impedimento para sortear la vigilancia de la Guardia Sueca. Llevaba en la mano el maletín asomando en ella, una sierra brillante en una esquina de la apertura de la cremallera. Estaba sucia. Todavía tenía sangre coagulada en sus dientes metálicos. Era la sangre de Adriano, que parecía moverse todavía en esos filos del abismo.

Y el resto de herramientas, también tenían restos de sangre.

Caminó agazapado durante tres calles a oscuras, salvo la luz mezquina de la luna de aquella noche aterradora para un débil en manos de un perverso. Porque sabía que ese vejestorio con el anillo más grande del mundo casi colgando de su dedo estaría otra vez con el chiquillo. Sobándole. Tocándole. Volcando su monstruosidad sobre él.

En la cuarta calle, las farolas hicieron acto de presencia, arrojando su luz de mantequilla sobre el pavimento, como grandes árboles encorvados por el peso de sus ramas. Como inquietantes garras sobre la calle angosta que amenazaban con agarrar con sus largos dedos cualquiera que pasara por allí.

Entonces la luz amarilla se volvía turbia cuando se mezclaba con la luz de la luna, que persistía sobre todas las calles, independientemente de si estuvieran iluminadas o no. Como una capa grisácea formando una especie de neblina sólida en el suelo. Un gato, solo un jodido gato, maulló más allá de la sombra. En una calle próxima. Y el dichoso gato anunció el prelude de la muerte.

Y el hombre de la máscara de neón siguió agachado y caminando arrastrando el culo por el suelo. Los neones delante de sus ojos desprendían un reflejo sobre el suelo. El neón de la boca, como una cremallera inquietantemente cerrada, perturbaba el silencio de la noche con un zumbido vago y vacío.

Las zapatillas se deslizaron sobre la calle hasta llegar al final sin emitir apenas un ruido. Los pasos, casi patinando, eran sordos. El tintineo de las herramientas quirúrgicas era mucho peor, en volumen, pero allí no había nadie

más que él para escucharlo como una melodía o un canto de sirena para sus oídos.

Al final de la calle, se detuvo ante una pared de dos metros de altura o quizá más, y la trepó con la agilidad de un felino, ante el único testigo que era la luna. La guardia se encontraba dos calles más abajo. Los había escuchado respirar. Sí, eso había escuchado. Sus resuellos en medio de una noche desierta.

En lo alto del muro sus ojos se clavaron en una luz que escapaba por una ventana cuyas cortinas eran rojas, y estaban echadas. Aquello parecía un burdel. Apretó los dientes y sintió como algo perturbador cruzaba sus pensamientos como un cuchillo afilado. Matar. Cortarle la polla.

Dejó caer el maletín oscuro sobre el césped y escuchó un golpe seco. Esta vez no hubo tintineo de copas, sino un golpe a secas. Amortiguado por el espeso césped que lo había acogido con sus tallos abiertos. Venid a mí decían.

Después el hombre al que todos buscaban. El peregrino. Sintió la caída libre hasta que sus pies se hundieron en una suave tierra. Cayó justo al lado del maletín que ahora parecía una sombra más en aquel jardín, porque veía las siluetas de las plantas aunque fueran fantasmagóricas en ese preciso momento.

Su mano cubierta de un guante de cuero se cerró en las asas del maletín y tiró de sus instrumentos hacia su pecho. Caminó unos segundos sobre el musgo, el césped y las flores y aquellas zapatillas se convirtieron en unos patinetes que solo emitían un débil siseo en la espesura de la noche.

Sin embargo, una voz arcaica se escapaba del hueco de la ventana. Después escuchó una tos productiva y deseó que se atragantara con sus propios mocos agarrados en sus asquerosos y endebles pulmones.

—Dios está con nosotros —dijo aquella voz sacada de una tumba astillada por el paso del tiempo. El esqueleto había hablado—. Solo quiero darte amor chico. ¿Es eso algo malo?

Sí, hijo de puta, pensó en voz alta el justiciero.

Pero las lágrimas de un pequeño de carne rosada blandieron el aire y arroparon sus pensamientos en alto, confundiéndolo con el sonido del lloriqueo.

Eso le salvó de aquel desgraciado.

Apoyó sus manos sobre la pared y rebuscó con la vista los posibles huecos por los que trepara como una araña. Sabía que ya había pasado lo peor. Los muros. La Guardia. Las calles hediendo como si después de todo, se hubieran



paseado por allí, una horda de zombies, pero sabía que no era eso. Aunque pensó en los muertos que había dejado atrás.

Por las noches tenían un tipo de flores que despedían un olor nauseabundo y no sabía cómo se llamaban, pero eso ahora le importaba un bledo. Lo primero de todo era trepar hasta la ventana. Donde a través de las cortinas podía observar el movimiento en vaivén de una silueta delgada, como meciéndose por una brisa inexistente.

Si, era eso.

Su mano derecha se zafó en un tubo metálico que no sabía que narices era, pero estaban allí. Después de todo, Dios le estaba ayudando, pensó. Y sus labios se iluminaron por una sonrisa. No así sus ojos, que seguían oscuros y penetrantes. Llenos de odio.

Encontró un hueco en la pared compuesta por ladrillos brillantes. Seguramente rojos o quizá beis. Con la habilidad de un escalador profesional comenzó el ascenso sin emitir más ruido que el de su propia respiración jadeante.

Y sabía que Rudesindo estaba viendo en sus fugaces pensamientos, momentos de felicidad y hechos del pasado, que lo desconcertaban en esos momentos, mientras avanzaba hacia el crío. Porque la muerte siempre avisa.

Vaya si avisa.

Con visiones, recuerdos y felicidad perturbadora.

Y mientras escalaba, el peregrino, sintió el peso de la fuerza de un espía mental. Alguien que en esos momentos estaba entrando en él, con una fuerza inusitada. Desde algún punto del mundo.

Rusia.

¿Qué coño estaba pasando?

Ahora le tocaba a Rudesindo; justo inmediatamente después que Adriano. Era como un maldito reloj cuyo puntero está candescente como las ascuas.

Tirado como un trapo en lo que parecía una cama de pequeñas proporciones, tan estrecha como lo era su cuerpo y tan dura como una roca, Kostia estaba masajeándose las sienes. En silencio. A través de la ventanilla no conseguía ver el resplandor de la luna y ni siquiera oler, el exterior, que debía ser a cloaca o algo parecido, pero ni eso.

El aire que respiraba era frío, pero a la vez, denso y pegajoso, como si fuera mohoso y no caliente. Nada embriagador, ni reconfortante. Pensó en ello y meditó solo un instante en por qué las cosas tenían que ser así en el principal centro psiquiátrico de Moscú.

Algunos gritos de unos tarados mentales rompieron el silencio de la noche. Esos mismos gritos se arrastraron por el pasillo oscuro y se estrellaron contra cada una de las puertas selladas de sus habitaciones, si es que se podía llamar así a un cuchitril de mierda de apenas ocho metros cuadrados, con cama y aseo incorporado a un lado, y la pared desnuda y rasgada en el otro extremo.

Tan acostumbrado estaba a eso gritos y lamentos sin sentido allí dentro, que siguió frotándose las sienes mientras sus ojos buscaban una araña que presumiblemente estaría balanceándose en la bombilla que en esos momentos estaba ciega.

A la vez que hacia eso, se concentraba, tal y como le habían entrenado en el ejército. Solo debía imaginar un rostro y empujar. Recordó que aquel experimento fue muy satisfactorio pues había logrado entrar en la mente de otras personas en la distancia y conocer que pensaban en esos momentos.

El experimento no fracasó, sino que Kostia se volvió loco y tuvieron que apartarlo muy a pesar suyo. Aun hoy por hoy, sabía que aquello estaba en pie y que nuevos soldados de la mente se estaban entrenando para ello.

Para leer las cabezas huecas de los demás, en cualquier parte del mundo.

Si, en cualquier parte del mundo.

—Hostia puta. Se ha ensañado con él. ¿Qué ha hecho para aparecer así? —preguntó Chad visiblemente serio. Tenía la punta de la nariz casi rozando la mejilla de aquel cadáver hediondo y mutilado. Parecía que además de haber sido desmembrado, había sido despellejado. El olor ácido inundó la habitación y Chad se dio cuenta de que era el único que no llevaba puesta una mascarilla. A estas alturas tanto su ayudante Mohamed como el inspector Dante ya tenían puestas las suyas propias.

La de Chad iba a ser un cigarrillo encendido, rodando sobre su labio inferior.

—No lo sé. Estamos analizando todas las pruebas para cotejar varias hipótesis —respondió Dante ahora algo más relajado. Parecía que tenía la sana intención de colaborar en el asunto.

—Es importante conocer porque el hombre oculto o la mujer, no lo sabemos todavía. Nos manda las fotografías de los escenarios de los crímenes esparcidos por toda Europa. Que tiene que ver con ellos y que quiere decirnos. Primero fue París y ahora Roma. ¿Cuál será el siguiente destino?

Chad no sabía todavía que había un cuerpo en similares circunstancias en Sevilla, España. O en peor estado.

Sin embargo, la mayoría de los asesinatos se sucederían dentro de la Santa Sede. Si, en el mismo lugar donde estaban ahora, con la aprobación del papa Francisco. Éste había dado su visto bueno para que la policía interviniera en el caso, pero no que lo sucedido se hiciera público al mundo todavía. En parte, quería guardar cierto secreto.

Aunque una cosa estaba clara: todos los implicados pagarían por ello entregándoles a la justicia y pidiendo perdón por ello. El papa respondería por los muertos en un *mea culpa*. Atrás quedaba el secretismo de la iglesia católica en todos sus aspectos.

—Lo primordial son las huellas de ambos escenarios de los crímenes —dijo Dante con una voz rota detrás de la mascarilla.

—En el primer escenario. El de las momias, no había ninguna huella más que la de sí mismos. Los muertos —declaró Chad y respiró profundamente un

torrente de nicotina que recorrió todos sus bronquios negruzcos.

—Eso suena a algo tétrico —insinuó Dante bizqueando los ojos.

—Es difícil de aceptar, pero en algo nos estamos equivocando todos — sugirió Mohamed que estaba detrás de ellos, acierta distancia del cadáver que se hinchaba por momentos. Las moscas ya eran de un color verde y a nadie se le ocurrió pulverizar un chorro de matamoscas. No eso no. A veces esas mismas jodidas moscas podrían tener información valiosa, como cuando murió exactamente la víctima.

Chad giró el cuello como si éste fuera de goma. El humo del cigarrillo lo acompañó en un remolino aún más retorcido que parecía enroscarse ahora por todas partes.

—Querrás decir, que no estamos viendo algo —dijo, sin más. Su voz grave resonó en aquella habitación silenciosa, excepto los movimientos lentos de aquellos agentes que llevaban ya así un día entero. Buscando huellas y soportando tan cruel imagen en sus retinas.

Nadie había comido ese día de momento.

Ni orinado.

—Bueno, eso no lo sé tampoco jefe. Algo se nos está pasando por algo. Solo puedo adelantar que ambos casos han aparecido en sitios religiosos.

—La Catedral fue bautizada por varios papas o al menos, tuvieron presencia allí —acució Chad. Sus ojos grises, eran ahora casi oscuros por el humo ennegrecido. Aquello parecía la fumata del Vaticano.

—Si, en toda su historia se conoce que sí —afirmó Mohamed encogiéndose de hombros. Su chaqueta estaba cerrada a cal y canto por la cremallera. Tenía las manos hundidas en sus bolsillos, por si las moscas, nunca mejor dicho; por si una de ellas se cagaba literalmente en su piel.

—Bueno, ¿y por qué aparecen ahora estos sacerdotes o como mierda se llame? —inquirió Dante con la voz ahogada. Le dolían los pies después de un día demasiado largo.

—Todos sabemos que el cristianismo ha tenido muchas rencillas — observó Mohamed.

—Demasiados objetos de deseo —ladró Chad.

—¿Qué? —Dante no había entendido lo de Chad. Su mente estaba brillando en otra parte o quizá estaba rumiando algo diferente en ese momento, por eso abrió más los ojos, con cara de descolocado.

—Quería decir que la iglesia desde que se fundó, siempre ha tenido momentos turbios. Eso es de sobra conocido por todos. Nunca fueron transparentes ni tan buenos como los pintan. ¿Te vale así?

Dante se hundió entre sus propios hombros.

—Sí. Ahora ya entiendo. Sé de lo que hablas —dijo bien convencido esta vez.

—Te sorprendería de lo que han hecho a lo largo de su historia —destacó Mohamed que ahora ya se había acercado más a Chad y Dante. El humo del cigarrillo envolvió a los tres en una pesada nube difícil de respirar. Lo bueno es que había sido de momento, el último soplo de humo, ya que el cigarrillo era ahora una colilla.

Chad lo escupió al suelo.

Dante lo siguió con la vista, casi tan sorprendido como el descubrimiento que tenía a sus espaldas. Un cadáver que se hinchaba por momentos mientras seguía colgado y unos agentes todavía buscaban huellas en él. Sudorosos y cansados.

Sin dar respuestas todavía.

El aire era denso y pegajoso, como una nube esponjosa terriblemente caliente. Difícil de respirar y el olor a incienso reinaba nada más entrar en la habitación. Aquel hombre del maletín había trepado hasta la ventana como un hombre araña, sin hacer el menor ruido. Forzó uno de los cristales de la ventana en el que el tintineo era inexistente y entró primero poniendo su pierna izquierda sobre el marco de la ventana.

El siervo de Dios estaba en la otra habitación contigua. Entre ellos les separaba una puerta roja, pero no tenía cerradura y además, dejaba pasar todos los sonidos -como una pared de cartón- de la habitación oculta por decirlo de alguna manera. Aquel tipo no iba a robar nada con su taladro eléctrico metido en su maletín. Eso era cosa de malhechores. Él era la justicia de los perversos y los neones de la máscara brillaban incluso en el interior de la habitación con las luces encendidas y unas cuantas velas incendiadas seguramente, de forma intencionada.

Y el jodido incienso desapareciendo en el interior del cuenco lleno de cenizas. El humo era lo más parecido al que soltaba un puñetero cigarrillo y aquel hombre de ojos oscuros que le delataban como un maniático, contemplaba como ese humo se alzaba en medio de la habitación desde la mesa. Hubiera preferido respirar la marihuana, es decir, un santo porro.

Pero las cosas nunca sucedían como uno deseaba y ahora sus zapatillas ya estaban sobre el suelo enmoquetado de la habitación de los preparativos, porque sintió que ese fue el punto de partida de todo el asunto.

Agazapado se encaminó directamente hacia la puerta, mientras escuchaba la rasgada voz de Rudesindo, porque sabía que era él. Antes de esto, se había informado muy bien sobre él y había descubierto muchas cosas que ni al papa Francisco ni a él mismo, le gustaban.

La palabra «culito» era un tormento para su cabeza. Era como si alguien aporreara con una sábana mojada todas y cada una de las neuronas de su cerebro. Aplastándolas como gusanos. Presionando sobre ellas hasta sentir náuseas. Y esa palabra estaba atravesando la débil puerta una y otra vez, a la vez que un llanto prodigioso ahogaba esa voz detractora.

Extendió su mano y con los dedos abiertos como una zarpa monstruosa se acercó al pomo de la puerta. No, no era una manivela sino un jodido pomo. Eso sí, bronceado. Brillaba como un condenado y por algún momento, el hombre llegó a pensar que era de oro. Estaba bien informado, pero no lo podía saber todo acerca de aquel apartamento.

Sus dedos se cerraron en torno al pomo y presionó con fuerza. Dio medio giro de muñeca y el resbalón de la puerta cedió con un simple clic, que pasó inadvertido ante la asquerosa voz de aquel viejo desnudo, que ahora estaba en primer plano, nada más abrirse un mísero hueco de la puerta.

Su corazón se aceleró como un Búfalo y sintió un dolor punzante en el cuello que le incitaba a actuar rápido, aunque todo estaba premeditado. Incluso lo que tendría que hacer después.

—Márchate niño —le diría, mientras aquel cerdo sin chicha se desangraría sobre un charco como un lago.

Y el tipejo estaba allí, de espaldas, con las carnes, las pocas que tenía, flácidas y colgando como flanes en todos los sentidos. El culo era mezquinamente blanco y la raja del culo le llegaba hasta la quinta vértebra. Una raja oscura y distorsionada. Las piernas estaban arqueadas y por debajo del culo, se le podía ver la polla flácida y las pelotas recubiertas con un poco de pelo blanquecino, como las cenizas. Su espalda estaba arqueada hacia adelante y tenía el cabello deslavazado, hasta los hombros. Sus orejas le permitían despegar del suelo ante un soplo de aire.

—No quiero que entiendas que esto está mal. Solo quiero darte mi cariño. Que sepas que te quiero —decía una voz redundante.

Entonces el hombre desequilibrado, el asesino y justiciero a la vez, abrió de golpe la puerta hasta que ésta golpeó la pared con un golpe seco y lo bastante fuerte como para que el viejo sordo lo escuchara.

—Yo también te quiero —dijo la voz grave.

Sus manos parecían garras aguantando un par de enormes anillos en una de las manos, cuando se dio la vuelta. Y verlo de frente daba asco. Era delgado, con el pecho hundido y una barriga cervecera que parecía que había sido creada a partir de trozos de piel plegables que después habían sido cosidos.

Sus ojos que habrían brillado instantes antes, ahora se oscurecieron incluso bajo la luz de las bombillas de Led y se marcó una O mayúscula en su boca que casi se descoyunta del susto.

—Dios. ¿Qué hace usted aquí? —atinó a decir con voz quebrada.

El llanto del niño cesó. Se puso bocarriba y se empujó con las manos para erguirse bien derecho, como si fuera un resorte. En aquel extraño personaje sacado de una película de súper héroes había visto la salvación de forma instintiva.

Entre los dedos del hombre de neón, se removía, de forma estresante, un bisturí que brillaba como un diamante. Su hoja de doble filo parecía reflejar en un pequeño espacio, la cara de espanto de aquel arzobispo pecador.

Rudesindo formaba parte de la hermandad sagrada; a veces conocida por amor. Una sociedad secreta dentro de la Santa Sede. Un grupo de arzobispos, curas, obispos, cardenales y nuncios que tenían una estructura férrea y bien construida para ser secreta hasta que llegó él; el hombre de la máscara y sus macabros rituales. El papa Francisco había condenado cualquier actividad sexual fuera de lo común y más, las tendencias sexuales y masoquistas o espantosas, para que fueran entregados a la ley y la justicia civil. Pero alguien se les había adelantado y todo el clan estaba a la espera de cualquier nuevo movimiento. Los depredadores estaban esparcidos por toda Europa y se comunicaban por un canal secreto, donde compartían sus momentos de placer y pecados que solo Dios podía perdonar y según ellos, estaba haciéndolo así. Y así había sido desde que se fundó hacia treinta años, pero eso no era ni mucho menos el comienzo, sino un punto y seguido, pues antes, había habido otros, que tuvieron más suerte y pecaron de abusos sexuales con más libertad o al menos, con más silencio entre las paredes del Vaticano.

Ahora el apodado el peregrino por él mismo, estaba actuando con sus propias creencias religiosas llevadas hasta el límite de la locura, pero eso estaba bien. Seguro que así lo pensarían quienes fueran entrevistados.

*Si, está bien. Son unos perversos y la mayor lacra de la humanidad y del cristianismo antiguo y moderno.*

Ese sería el titular de la revuelta.

*Y por suerte hay alguien que puede contenerlo.*

Continuarían.

Y mientras lo contemplaba con cara de bobo, desnudo, encorvado y frágil, con las manos en alto, el hombre de ojos oscuros había pensado en todo eso, antes de proceder.

—Ponte en cuclillas en el suelo —ordenó.

Rudesindo empezó a lloriquear haciendo pucheritos con su amarillenta boca de dientes macilentos. Agachó la cabeza y vio pasar por delante de sus



ojos todos aquellos pecados, porque sabía que al fin y al cabo eran eso; pecados y abusos sexuales llamado pederastia.

Ahora lo veía claro, porque sus ojos vieron la muerte antes de que ésta se presentara como una sombra opaca que entraría en él de un momento a otro. Como una capa que se cuelga de su cuello y después sale volando por el techo, atravesando todos los materiales orgánicos y no orgánicos, sin sentir ningún dolor. Sencillamente alejándose del lugar. Sintiendo al fin, la paz soñada, o no.

Quizá al final del túnel se abriría un pozo de azufre y lava y ardería por toda la eternidad.

Y mientras pensaba todo eso, su vientre no pudo contenerse más y soltó un pedo como una motosierra.

A nadie le hizo gracia.

Los neones en la máscara empezaron a brillar con más intensidad y por el cogote parecía salir humo por una sobre tensión, pero aquel tipo no estaba enchufado a la red eléctrica, sino a unas simples pilas.

El arzobispo se agachó y sus rodillas golpearon el suelo con un sonoro golpe seco, casi parecía haberse roto las mismas, como un tronco viejo y seco se parte al caer en un día de tormenta.

—Ya estoy en el suelo —dijo con voz temblorosa. Había puesto las palmas de sus manos en el suelo, como si rezara un ramadán.

—Yo no te he dicho que te tirarás al suelo, sino que te pusieras en cuclillas —espetó el salvador del crío.

—No entendí bien lo que me decía. Además, ya soy muy viejo para...

—Para follártelo no, ¿verdad? —le interrumpió el hombre que se había acercado hacia él dando pequeños saltitos.

—No sé de qué me está hablando —mintió el raquítico. Con su espalda curvada hacia el suelo, se le podían contar todas las vértebras de su columna. Eran como piedras incrustadas debajo de una seca piel.

—¿Y este numerito que es? ¿Acaso crees que soy idiota? ¿Que no sé lo que estáis haciendo? Todas esas reuniones, vídeos compartidos, noches de lujuria y no sigo más porque me cabreo.

El hombre de la máscara sostenía el bisturí todavía en su mano derecha y la hoja de éste estaba a dos centímetros de la frente del viejo desnudo, porque eso era lo que era ahora. Un viejo con las pelotas al aire y un par de anillos como pedruscos en sus purpúreas manos. Nada más que eso.

En un sofá, que quedaba a la izquierda de los dos, tirado como harapos, el asesino vio la indumentaria eclesiástica con todas sus piezas, el hábito en sí, el alzacuello, la estola, la casulla, el alba o el cíngulo. Y en medio de la habitación, sobre el caldeado suelo, estaban las zapatillas rojas, también conocido desde hacía siglos como calzado litúrgico. Estaban pulcramente puestas una al lado de la otra.

—Solo iba a regañarlo por no cumplir con la palabra del señor. Ya sabe los críos. —Rudesindo se había atrevido a levantar la cara y sus ojos lo primero que vieron la hoja del bisturí de color rojo, le pareció eso, y agachó de nuevo la cabeza.

El peregrino ladeó la cabeza hacia el pequeño y dijo:

—Niño. Recoge tu ropa y márchate de aquí. No quiero que veas lo que voy a hacer a continuación.

El crío se llevó los puños a los ojos y se secó parcialmente las lágrimas. Cogió su ropa que estaba sobre una de las sillas de la habitación y salió despedido como un cohete de la misma. Ni cerró la puerta al salir, pero el hombre había visto el brillo en sus ojos.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —preguntó el anciano enclenque. Había elevado el mentón de nuevo y su rostro arrugado era un mar de lágrimas y mocos.

—Nada. Salvarte.

Los ojos del hombre de neón se oscurecieron tras ellos. Respiró hondamente y acercó la hoja del bisturí al cuello del arzobispo. Presionando lentamente hasta ver un hilo de sangre correr por la piel arrugada hacia un pecho desnudo. Una gota de sangre muy oscura, casi negra, cayó sobre el suelo emitiendo un débil sonido que parecía haber sido escuchado por ambos.

Con la mano temblorosa, Rudesindo le cogió la mano al hombre de la máscara y vio en su rostro oculto toda la rabia que un ser humano podía mostrar.

—Perdóname —dijo.

Y la hoja del bisturí se hundió todavía más en su cuello.

Kostia se despertó de golpe. Sudoroso. Como en todas las novelas. Su corazón estaba palpitando en sus sienes. Sus ojos eran blancos en la oscuridad de su habitación. Él la llamaba habitación y no celda o quién cojones sabe... Estaba loco.

El último recuerdo de la pesadilla había sido una nuez de Adán rajada, mientras de ella brotaba un manantial de sangre y salía el aire de unos pulmones con resuello. Aquellos ojos ya estaban blancuzcos y vio una piel arrugada, pero muy pálida. Como si estuviera muerto. Los labios ya no eran rosados.

—¡Tengo que hablar con mi médico! —gritó bajo un haz grisáceo que provenía de la luna. Apenas si alcanzaba a crear su propia sombra; rígida y quizá diferente a su silueta. Aquello podría ser un monstruo.

Se levantó de la mierda de cama que tenía y tiró las sábanas al suelo con las uñas largas de sus pies. Sencillamente se habían enrollado en sus tobillos y las uñas hicieron el resto. El suelo estaba húmedo y fresco. Sintió un cierto alivio al calor repentino que tenía. Pero solo fue una fugaz imaginación. Como todo en su vida de loco internado.

Escuchó una voz en las penumbras que decía:

—Tranquilo. Estás majara y eso no tiene importancia.

Pero si la tenía.

Aquello no había sido una pesadilla y él lo sabía. Por eso sus manos se agarraban a la camiseta macilenta, tirando de ella al mismo tiempo. Hasta que se escuchaba un sonido que rompía el silencio. Como su voz, pero más sutil. Rasss. La camiseta a tomar viento.

Al otro lado de la puerta se escucharon los pasos de alguien enorme. Era Yuri con total seguridad. Él también sabía esto. Aquel hombretón de facciones penetrantes y con cara de amargado, estaría acercándose hacia la puerta. Primero un pie y después el otro. Como si estuviera practicando con los talones de sus botas. Girando sobre ellas o trotando.

—Kostia, duérmete ya, capullo —exclamó bajo unas jodidas bombillas que parecían que iban a fundirse de un momento a otro. Eran amarillas y

parecía que las láminas de las mismas, temblaban. No eran unos putos fluorescentes. No, en Rusia, no. Las paredes, la barra del pasillo del segundo piso, el suelo, todo era verde como si fuera un lugar militar, y tenía las esquinas más afiladas del mundo. No. No había maravillas en aquella construcción.

Todo era tosco.

—Necesito hablar con mi médico —gritó Kostia con la frente apoyada en la fría puerta de metal. Al otro lado del pasillo. Al otro lado del guardia de seguridad que se estaba preparando para coger de su cintura algo alargado como un po...

Pero no izó nada al aire. Sencillamente se limitó a golpear la puerta oxidada con su puño. Dos veces. Quizá tres. Kostia se hizo a un lado y comenzó a llorar como un crío.

—Déjalo ya. No es hora de dar por culo. Todos los médicos, incluidos los de guardia están durmiendo. No hay nada que hacer. —y aquella voz grave atravesó la puerta como si fuera de cartón. Solo que se escuchaba de forma paralela algo parecido a un eco.

—Cabrón. Llama a mi médico.

—Cállate loco.

—Cuanto más me digas que me calle, más loco me volveré.

—Si entro Kostia, no será para hablar contigo. No me fuerces a hacer nada que no quiero hacer. Cállate y deja dormir a los demás.

En ese preciso instante empezaron a resonar todas las puertas, como corazones desbocados, apiñados y sin sincronía. Más adelante, parecía un juego de sartenes aporreando las puertas y después, todo era un ruido estremecedor junto a los gritos de aquellos enfermos mentales, que acababan de dejar de soñar.

Sonaron silbidos, vítores y algunas quejas.

—¡¡¡Cállate cabrón!!! ¡¡¡Siempre estás jodiendo Kostia!!!

—Que vengan todos aquí. Les daremos su merecido. Yo particularmente les meteré cada pastilla por el culo como si fueran supositorios. Empezando por el capullo de Yuri. —Esa había sido una voz desgarrada de la celda de al lado, perdón, del cuarto de al lado.

¿Queda mejor así?

Yuri elevó los brazos y gritó sin esperanzas.

Aquello parecía una revuelta.

Pero solo eran locos.

—Se ha ensañado bien con él —azuzó Chad mientras se encendía otro cigarrillo delante de la cara de aquel cuerpo despellejado, embadurnado de sangre y cosido.

Dante estaba hasta los cojones de respirar toda aquella mierda que iba en aumento. Un olor ácido, hediondo y pestilente. El cadáver había ventoseado varias veces y ellos miraban hacia otro lado. Pero el inspector de Roma tenía un dolor atroz en sus rodillas y además, no había comido nada. Bueno, eso tenía una explicación. Clara y sencilla. Nadie comería delante de un hombre cosido como un muñeco de trapo mordisqueado por varios perros furiosos.

Parecía haber baba entre las costuras.

Eso parecía.

Y la polla de aquel desgraciado ya llevaba tiempo en una bolsa y se había... inflamado, o quizá doblgado como un gusano pisoteado. La sangre no podía ocultar aquel líquido blanquecino de los testículos. Porque esos estaban también en la bolsa. Todos sus atributos juntos. Ahora era el momento de empalmarse.

Mohamed no miró durante horas, esa mezquina bolsa.

Chad si lo había hecho.

Por eso lo vinculó directamente con un acto sucio. Un ajuste de cuentas que había empezado por la consonante «S». Y recordó el reconocimiento del perdón del papa Francisco, sabía de que se trataba todo ese asunto. La cuestión era conocer quién era el asesino. O el justiciero. El móvil, ya lo tenía. Abuso sexual. Relaciones entre arzobispos y curas o al revés. La cuestión es que todo le dirigía hacia ese camino. Chad tenía bien claro que ambos casos estaban relacionados con el sexo, pero ¿con quién?

¿Qué mente perturbada haría algo así?

Cada calada del cigarrillo era una idea.

Monjas violadas o abortos en secreto.

Relaciones entre los hombres de Dios y la Santa Sede. No tenía nada en contra del amor entre hombres, pero en el Vaticano todavía no era aceptado. Lo sabía.

Quizá abusos a críos.

Dios, que asco.

—Vamos Chad. Deja de fumar como un carretero y aparta tu nariz de esa cara. Te estás pringando de sangre y el tiempo va en nuestra contra. ¿Sabes algo ya?

Chad se giró hacia él.

—Sí.

Después de serrarle el cuello, rebuscó con pasividad en su maletín y sacó un teléfono móvil manchado de sangre. Estaba seca. Pero era roja al fin y al cabo. Ahora, al cogerlo con los guantes embadurnados del precioso oro rojo, el teléfono se manchó una vez más. En ese momento se había bautizado con algo parecido al cáliz, o no. A través de los huecos de los neones de los ojos podía verlo y así, poner en modo grabación el dispositivo móvil. Grabó unos segundos un suelo encharcado y un cuerpo pálido, escuálido y sin cabeza. Movi6 el móvil hacia un lado y encontró la cabeza. Los ojos se habían quedado abiertos como si durante todo el proceso se hubiera impresionado del trabajo, bien o mal hecho.

Además, estaban vidriosos.

Las lágrimas estaban secas y se habían solidificado. Los globos oculares no presentaban un aspecto blanco, sino que estaban inyectados en sangre como si a su vez, hubiera sentido ira por todo ello. Ni siquiera los ojos del asesino habrían estado así. Tan abyectos. Tan inquietantemente enrojecidos.

Dejó de grabar porque pensó que lo mejor sería hacer una composición de fotografías una vez hubiera terminado su trabajo. De modo que volvió a dejar el teléfono dentro del maletín. Allí dentro, había varias herramientas quirúrgicas que le permitirían abrirle el cráneo, córtale el esternón o las piernas. También había agujas e hilo de coser.

Y en esta ocasión se le había olvidado el bote de cristal con formol dentro. Eso sí, había sido un descuido premeditado.

Esta vez le metería sus atributos en la boca. Una boca descoyuntada que parecería que estaría masticando una salchicha con un par de yemas de huevo. Sí, eso sería lo que haría. Y después, enviaría la fotografía a la red oscura o dicho de otra manera, la web profunda. Ya saben, aquel lugar donde los integrantes del peccatus tuus, compartían sus momentos de gloria. Aquel oscuro lugar que se parecía al mismísimo infierno donde todo tipo de declaraciones, imágenes y vídeos, se compartían en secreto. Un secreto que al parecer todo el mundo sabía, y nadie se había atrevido a desvelar de... ¿esta forma?

¿Y que había pensado meterle por el ano?



Ah, sí, le metería un...

—Vamos Kostia. Me has hecho venir de madrugada cuando mejor estaba en la cama. Espero que no sea una de tus gilipollecas otra vez.

Alexander tenía unas ojeras que parecían alcanzarle los pómulos. Sus ojos claros parecían haber oscurecido ahora, como el color de su cara. Parecía tener la piel de una gallina vieja. Tenía la bata puesta, pero desabrochada. Más que un psiquiatra, con los pelos encrespados que llevaba, parecía un loco científico de unas de esas revistas baratas de sensacionalismos.

Pero era el mayor mando de todo el psiquiátrico número 1 de Moscú. Por debajo de él, estaban los demás. Los cursis. Los que no eran tan duros con sus pacientes ni se levantaban a las cuatro de la mañana. Los que no sedaban a cada loco con una buena dosis apta para un caballo. Aquellos que no tenían los ojos tan perturbadores como Alexander.

—He visto como le rajaba el cuello —se apresuró a decir Kostia. Su corazón todavía le estaba palpitando en las sienas, donde sino. Bueno, está bien, y en el pecho. Estaba sudando copiosamente y a la vez tenía la piel de gallina. El color de su cara no era ni mucho menos, mejor.

—¡Claro, y yo estaba allí capullo! —gritó alguien detrás de la puerta metálica, ¿o quizá fuera de la pared de al lado? Eso ahora no tenía importancia.

—Y yo soy un fantasma —exclamó otro y después soltó una carcajada como si estuvieran golpeando a velocidad de vértigo, dos trozos de coco, el recubrimiento, claro.

La risa tonta se acabó tras un golpe seco que respondió en toda la planta segunda. Todas las voces callaron. En esos momentos ya había más guardias de seguridad con sus trajes planchados y sus muecas serias grabadas a fuego en sus rostros como si no hubieran cagado en toda una semana.

—Has tenido una pesadilla. Te daré más Olanzapina. Tienes un brote psicótico. Seguramente estés viviendo un profundo estrés en estos momentos. No es nada malo. A veces estas cosas pasan. Un pequeño reajuste en la medicación y se te pasará todo.

La mano de Kostia agarró el brazo de Alexander.

—Tienes que creerme. Ya conoces mi pasado.

Alexander conocía bien su pasado. Como también de buena parte de sus pacientes. Había un importante grupo que provenía del ejército Ruso. De los experimentos decía él. Y todos acababan locos y desquiciados. Aquellas tácticas de entrenamiento solo tenían cabida en mentes perturbadas o fantasiosas. Él no creía en nada de todo eso, pero todos y cada uno de sus pacientes le contaban cosas similares.

—Sé de dónde vienes y sé el motivo por el que estás aquí. De dónde vienes no había nada real. Todo eran torturas y experimentos que nunca deberíamos aceptar. Aunque forma parte de un secreto al que todavía no he accedido, pero...

—¿Y qué me dice de la vez que le avisé de que su hija corría peligro? — le interrumpió Kostia apretando con más fuerza su brazo.

La mano izquierda de Alexander se zafó en la de Kostia.

—Eso puede haber sido casualidad. Y ahora por favor, déjeme de apretar el brazo. Me hace daño.

—No. Eso no fue así. Yo entré en la mente de su hija. Estaba aterrorizada en una esquina de su habitación. Agarrada a su peluche. Un oso de color marrón. El humo era denso y avanzaba con rapidez. Como el fuego que devoraba todo y lamía las paredes de aquella habitación donde su hija de ocho años estaba atrapada. Ella pensaba; papá, ayúdame. Tengo miedo. Esa pobre cría tenía miedo y veía a la muerte por primera vez, de cara. Entonces usted, me hizo caso. Llamó a los bomberos y el fuego fue real. Incluso ella confesó que esas eran las palabras que tenía en mente todo el rato. Yo estuve allí, con ella.

Alexander no contestó de inmediato.

Sus ojos se clavaron en la mirada triste de Kostia y le pareció ver una cortina de lucidez en ellos. Solo le había parecido verlo. Eso era todo.

—Sucedió. Sí. Es verdad. Pero todo fue casualidad.

La mano de Kostia se cerró en torno a la muñeca de él. Alexander quiso deshacerse de su mano, pero no pudo. Sus dedos eran como garras metálicas presionando con la fuerza de una máquina neumática. Se miró la muñeca y vio aquellos dedos hundidos en su carne, mientras se formaban zonas blancuzcas alrededor de las yemas de esos dedos. Sintió el frenético deseo de llamar al guardia de seguridad. Yuri. Si, era Yuri, pero ahora había más en la puerta

mirando hacia dentro del habitáculo con cara de perros contagiados de rabia. Sin embargo, no pidió ayuda. Se limitó a mirar concienzudamente a Kostia.

—Ese hombre está matando a los corruptos de la iglesia católica —dijo.

—¿No estás hablando de la Iglesia ortodoxa rusa?

—No. De la cristiana.

—¿Tan lejos?

Günther se acercó a Chad. Sus manos estaban a la vista, alzadas con las palmas hacia abajo. Era como si quisiera que sus grandes anillos no pasaran desapercibidos para nadie. Tenía los labios apretados y parecía pausar cada respiración, por la peste que allí reinaba. Sus ojos eran oscuros, de color marrón. Para ser alemán no los tenía claros, ni tampoco era rubio, ni mucho menos de una estatura prominente. Era un cardenal con su hábito que escondía un cuerpo rechoncho y más bien bajito. La estola le llegaba casi a las rodillas y tenía una calvicie incipiente en el centro de la coronilla. El solideo lo ocultaba, así como el resto de cabello blanco brillante que asomaba por los cantos.

Chad lo vio venir con esa gran cruz de oro que le doblaba el cuello hacia adelante por su elevado peso. El inspector pensó que aquello era la cadena de amarre de un vapor. Quiso decir algo al respecto, pero no lo hizo.

—El título de cardenal, de la Iglesia católica, es el más alto título honorífico que puede conceder el papa. Yo lo recibí de él. La principal misión del Colegio de cardenales a la que pertenezco por ello, es elegir al Sumo pontífice en caso de fallecimiento o renuncia del anterior. En circunstancias habituales, el deber fundamental del Colegio Cardenalicio es aconsejar al papa. Es decir, yo soy uno de ellos. Y he hablado con el papa en privado. Tengo constancia de lo que está sucediendo ahora, antes y el papa también lo sabe. Es por ello por lo que deja estos casos en manos de la ley y fuera de nuestras paredes que tantos siglos han callado. Sin embargo, le he aconsejado al papa que todo esto se lleve bajo la más estricta confidencialidad posible. No queremos mancharnos de sangre con todo este asunto. De ser así, sería un duro revés a nuestra Santa Sede. Y a la propia religión. Aunque no veo motivos para decir el porqué el asesino se ensañado con nuestra comunidad. ¿No lo cree así señor inspector? —Günther había soltado la perorata y ahora había cruzado sus manos entrelazando los dedos. Ni siquiera había mirado al cadáver que seguía colgado. Ni a los hombres que trabajaban todavía sobre esa barbarie. Su misión era la de soltar el anzuelo, la advertencia y quedarse tan pancho como un crío que acaba de comerse un buen helado.

Sonrió cínicamente, y eso a Chad no le gustó un ápice. En esos momentos no tenía un jodido cigarrillo rodando entre sus labios, pero estaba deseando tenerlo. El tiempo transcurrido desde que habían salido de su cuartel general, le estaba pasando factura. Se encontraba cansado, pero no aturdido.

—O sea, ¿viene a decirme que oculte que un hombre está castigando a unos cuantos depravados sexuales de vuestro templo que acoge la buena religión cristiana y guarda silencio en algunos hechos?

Chad no se había quedado corto.

—No sé a lo que se refiere señor inspector.

—A cierta basura llamada pedófilos. ¿He acertado? ¿Es un escándalo? ¿Participa usted en ello?

El cardenal abrió sus labios como dos gusanos retorciéndose. Respiró el olor a sangre corrupta, heces y podredumbre. Hizo un gesto con la cara y llevándose una mano al mentón dijo:

—Está usted blasfemando.

—¿No es cierto que el papa ha pedido perdón por todos estos años en los que muchos de ustedes, por llamarles algo, han hecho?

—Sí. Es cierto. Pero eso es historia. Debemos empezar de cero. Enseñar a nuestra comunidad cristiana lo que está bien o está mal. Pero este caso no debe salir de estas paredes. ¿Le parece bien?

Chad sacó un cigarrillo del cajetín que había golpeado el borde de su mano con total destreza.

—Bueno, ¿pero qué pasa si hay alguien más en la lista? ¿Y si sucede otra vez?

Los ojos del cardenal querían salirse de su órbita y estaban blancuzcos. La expresión de su cara lo delataba. Tenía sumido que cabría esa posibilidad, porque sabía cosas.

Mohamed y Dante le clavaron sus miradas en el rostro, ahora, sudoroso, esperando alguna respuesta.

Lo dejó sentado sobre un sillón forrado de una tela roja, por lo que se hacía visiblemente imposible ver el charco de sangre que lo empapaba. El cuerpo sin vida de Rudesindo contemplaba el ojo de la cámara de fotos del teléfono móvil. La cabeza también. El asesino la había separado del cuello que se partió en dos como una rama frágil, pero sin dejar rastro de sonido alguno como un clic seco característico, salvo eso sí, un chapoteo de sangre y algo difícil de describir, como un corte no muy limpio de una carne blanda.

Después y recordando todo esto, le había cosido la cabeza de nuevo y también le había cosido los párpados para que aquellos ojos estuvieran abiertos. Y los labios fueron también cosidos hacia los lados, como la risa de un payaso, salvo que tenía algo dentro de la boca.

Su polla.

Todo el proceso de amputación y posterior cosido los miembros afectados se hicieron sobre el suelo, bueno, en realidad sobre una alfombra enorme, y también de color rojo. La sangre chapoteaba sobre su superficie, pero solo se asimilaba una mancha oscura y tétrica. Había zonas que la sangre se había acumulado tanto, que una vez cuajada, parecían trozos de hígado laxos sobre el suelo.

La máscara de neón además de brillar en un color azul, reflejaba la sangre aplicada en ella. El chándal oscuro también tenía sangre de la víctima. Su presa y también aparecía como una mancha de aceite pastosa.

Mientras su aventura avanzaba en forma de obra o de castigo, sabe Dios, que pensaría en esos momentos, había tomado docenas de fotografías desde todos los ángulos, pero las más impactantes serían la del arzobispo sentado en el sillón, cosido como el moderno Prometeo. Una figura perfecta de la anatomía humana. El pecado visto por los ojos lunáticos de un asesino que expresaba como el pecado llegaba a romper el equilibrio del cuerpo y la fe.

Por eso desmembraba todas sus víctimas. Para demostrar que no había nada sólido dentro de la Santa Sede, y fuera de ella, siempre que estuviera ligada con el Vaticano y el cristianismo. Pensaba en los curas de zonas remotas que daban misa en un funeral, cuando en realidad lo que hacían era

fijarse en los pequeños de la segunda fila de bancos.

Ese desequilibrio les hacía perder la cabeza y lo que más usaban en sus actos pecaminosos; su polla.

Después los cosía para decir que así estaban mejor. Un arrepentimiento de su pecado, pero que no tenía vida porque ya era demasiado tarde. Pero al menos, estaban limpios después de todo.

Esa era la cordura perturbadora del asesino.

Si no te metieras con esos pequeños críos no te haría esto, desgraciado; pensaba una y otra vez al tomar aquellas macabras fotografías.

Después las enviaba a la policía de forma anónima. Sin dejar rastro, ni huellas. Enviaba aquellas jodidas imágenes para dar a conocer al mundo lo que pasaba si abusabas de un menor. La ley tenía sus propias normas. Su Dios le había ordenado hacer eso, para limpiarlos, sí, limpiarlos y lo repetiría tres veces más. Limpiarlos.

Puso las manos descoyuntadas sobre el reposa brazos del sillón. Aquellos dedos retorcidos y esqueléticos estaban separados de la palma de la mano, pero estaban sujetos por un hilo oscuro. Como su mente cuando observaba el pequeño culito.

Y por el culo, le metió con el dedo, parte de la estola, que ahora caía inerte por el hueco del sillón hasta el suelo como una lengua viperina.

Ahí es donde debería llevar puesto la estola todos los sádicos pensaba. Siempre había pensado en ello y solo ahora lo había hecho. Metérselo por el culo. Sí. Así de fácil.

—Creo que ya estás limpio —susurró el justiciero, el peregrino, el asesino.

Y el flash del móvil se refrendó de nuevo sobre aquella barbarie, convertida en arte y purificación.



No podía creerlo, pero Kostia estaba viendo unas gafas grandes delante de los ojos de Alexander, apoyada sobre su nariz encajando perfectamente. Nunca lo había visto con gafas y por un momento ridículo, pensó en reírse, pero no lo hizo. Se limitó a señalarle con un dedo índice titubeante y sus labios susurrando algo o casi nada.

—Lle... vas...

—Sí. Desde anoche. Tengo la vista cansada. Leo demasiados archivos e informes. Aquí estáis todos como ratas en una cloaca, dirigidos por un gato con los colmillos arañando el aire. Ese soy yo. Las ratas, vosotros. —El dedo índice de Alexander se hundió en el pecho de Kostia. Este sintió algo parecido a una picadura de abeja o algo así, salvo que el dolor era más suave y se extinguió al momento.

El psiquiatra se dio cuenta de que aquel pecho y aquella camiseta estaban chorreando de sudor. Y también, tenía una temperatura corporal elevada. Los demás locos del pabellón 2 ya estaban durmiendo o sencillamente mirando a un techo sin fin, ausentes de arañas viejas.

—Te sienta bien —dijo al fin, pero le había temblado la voz como a un crío. En cierta forma ya se encontraba mejor. El dolor de sus sienes había mitigado y la respiración era más acompasada.

Alexander le había dicho que tenía una locura transitoria.

—Gracias. Pero volviendo al tema, creo que has tenido una locura transitoria. Si ya estás relajado no te inyectaré nada más. ¿Te parece bien? — Ahora era la mano de Alexander el que apretaba el brazo de Kostia.

—Ya es suficiente. Está traumatizándome con ello. Es como un tratamiento de choque. Lo que digo es verdad. Lo que puedo ver es verdad. Entro en las mentes de quien quiera de cualquier parte del mundo y puedo escuchar sus pensamientos. A veces, esos pensamientos se convierten en palabras y entonces retumban en mi cabeza como un dolor punzante. Y yo le digo que he visto algo y escuchado una voz vacía de sentimientos que decía; serás purificado.

Alexander cerró los dedos con más fuerza en torno a su brazo.

—Kostia. No insistas. Es por tu bien.

Y entonces Kostia sufrió un repentino espasmo en su cara. Había entrado de nuevo en la mente del asesino. En Roma. Había escuchado y había visto algo con los ojos de otro, aunque sabía quién era. Una mueca desfiguró su boca y parte de la cara. Fue momentáneo, pero Alexander lo había visto con sus propios ojos casi dilatados. Estaba pálido y en sus dedos empezó a sentir el latido acelerado de su corazón. El de Kostia, claro, está.

—Ha culminado su obra —dijo.

Y Alexander apretó más los dedos en torno a su brazo.

Las jodidas luces azules y amarillas habían permanecido todo el día y parte de la noche deslumbrando la fachada del apartamento. Pero esas luces se quedarían pronto ciegas al llegar al límite de la carga de las baterías que las alimentaban. ¿Por qué cojones siempre dejan las luces de emergencia encendidas?

Eso no importaba ahora. Simplemente estaban allí, arrojando con aplomo extrañas formas sobre la pared y el suelo, y por qué no, el cielo oscuro.

Por fin había descolgado el cadáver y en la operación uno de los brazos se desprendió del cuerpo como si fuera manteca de cacao. Había caído al suelo con un golpe carnosos, mezclado con algo de chapoteo.

Mohamed se había llevado el puño a la boca.

—Joder qué asco —había ladrado Dante apartando la cara hacia una de las paredes, que no tenían mejor pinta que el cadáver. Estaban llenas de manchas oscuras. Ya no eran rojas. Gotas y manchas alargadas de sangre y heces.

Entonces de repente y casi al mismo tiempo en que el brazo rozaba la puntera de los zapatos de Chad, sonó su teléfono móvil. Sin más dilación que la de contestar, sacó el teléfono, se lo puso delante de los ojos y vio la llamada entrante.

## EL PUTO JEFE

Esa era la llamada entrante. Era el jodido jefe. Markus, ¿quién sino? De pronto recordó que hacía muchas horas que no había hablado con él y se preguntó si llamaba por eso precisamente.

—¿Que tal jefe? ¿Va a soltarme una regañina? —La voz de Chad era grave y al final del tono, parecía el ronroneo de un gato.

Mohamed le miró de perfil.

—No lo sé. Estoy pensándomelo. Tengo malas noticias.

—¿Y cuando no es pascua para usted?

—¿Qué?

—No, nada. Estaba pensando en algo.

—Acabo de recibir unas imágenes que pertenecen a un asesinato con las mismas características que los que estamos investigando, pero esta vez, las imágenes vienen de Sevilla. España. Se trata de una iglesia colegial llamada el Divino Salvador. Es un templo católico que fue construido allá por el siglo... bueno, al parecer la víctima, una cura llamado José, ha permanecido muerto más de un mes por su avanzado estado de descomposición. Fue hallado atado en una cruz de madera astillada del tamaño de un camión, en los sótanos de la iglesia. Ahora todo el mundo recuerda como un buen día la iglesia empezaba a oler a mierda. Pero nadie le había echado en falta en ese jodido mes. No sé si tiene relación con los casos que llevamos abiertos, pero el remitente es el mismo. Una cuenta anónima que arroja un nombre; el peregrino.

—Joder sí que tiene el culo inquieto —dijo Chad mordisqueando un cigarrillo apagado. Sus ojos miraban al techo como si allí se pudiera reflejar su rostro.

Mohamed se palmeó los muslos ante un desconcertado Chad y un Günther alertado. Sus manos no paraban de frotarse enérgicamente, como si estuviera nervioso. La pasividad que antes había mostrado, ahora se había ido al retrete.

—Creo que hay otro caso —adelantó Mohamed con un rictus en el final de su boca. Conociéndolo como lo conocía Chad, sabía que eso era una sonrisa.

A Günther se le desbordaron de nuevo sus ojos de las cuencas, y parecía que tenía que extender las manos para cogerlas de un momento a otro.

—¿Entonces ya sabemos el correo electrónico? Es ¿peregrino arroba mierda no sé qué? —Chad miró ahora el rostro de Mohamed buscando cierta complicidad, pero su corazón seguía latiéndole impasible.

—No. No tenemos el correo ni la procedencia, solo que firma con ese nombre. Y al final de todo, hay una posdata que dice, confidencias de un Dios. Está claro que podría tratarse de uno de los elementos de la propia iglesia.

De fondo, se escuchó la cremallera cerrarse. El cadáver estaba siendo trasladado dentro de un saco negro. Después de muchas horas, colgado, ahora por lo menos, estaba tumbado. Descansando o quizá, quemándose en el infierno, pensó Chad al volver la cabeza para ver el saco sobre el charco de sangre.

—No. No es un cura ni un arzobispo. Se trata de otra cosa —aseguró Chad frunciendo los ceños. De alguna manera quería que su jefe lo hubiese visto—. Es un justiciero de la noche que por lo que veo se mueve mucho. Se trata de

una persona fuera de la iglesia, aunque podría ser profundamente religioso y maniático. O quizá no.

—¿Qué quieres decirme con eso Chad? —le preguntó Markus. Su voz había bajado de tono. Era como si de repente se hubiera parado a pensar de una vez. Algo impropio de él.

—Pues que la iglesia tiene demasiados secretos y pecados. Uno de los más destacados es el abuso sexual a niños. Ese peregrino como dice, está eligiendo a sus pecadores. No es al azar.

—Qué asco —se escuchó en la comunicación que estaba llena de chasquidos—. Está tratándome de dar a conocer que el móvil de todas estas muertes en el abuso a menores, ¿verdad?

—Pedófilos.

—¿Y que tienen relación todos estos crímenes?

—Por supuesto.

—Buen trabajo Chad. Sigue así. Tenemos que sacar esto a la luz...

—Puede que no jefe. Un palmero nos ha pedido que se haga justicia, pero dentro del más estricto secreto.

—¿Un palmero?

—Sí, un cardenal. Un alto cargo. La iglesia se sentiría muy mal si se hace público todo esto.

—Pero de sobra es sabido que la iglesia está llena de pervertidos sexuales a los que el propio papa, ha puesto a disposición de la ley para juzgarlos.

—Ya, pero. Que el mundo sepa que hay un Dios que les da su merecido cortándoles la polla, no estaría muy bien visto ni por el propio papa.

—Entiendo.

Mohamed sonrió abiertamente esta vez en toda la cara del cardenal, quien tenía el semblante serio. Sus anillos pesaban tanto que los dedos se inclinaban hacia el suelo, como si fueran a caerse. Había dejado de frotarse las manos y sus orejas se habían vuelto puntiagudas para escuchar la conversación.

—¿Alguna cosa más jefe?

—No sé si haceros viajar a España o no. Todo depende de los resultados de la investigación que tenéis entre manos...

—Sí, el susodicho pecador ya está dentro de la bolsa —le cortó Chad clavándole los ojos al cardenal. Entre Mohamed y Chad había mucha complicidad. Mientras que Dante era todo, ojos blancuzcos como la mascarilla que seguía teniendo puesta.

—Te enviaré el informe a tu teléfono en cuanto cuelgue —acució Markus.

—Está bien.

—Quiero que le echéis un vistazo. Quiero todos los detalles que se os pueda ocurrir. Quiero a ese peregrino. Pero odio esa asquerosidad que están haciendo algunos depravados en todas partes del mundo.

—Yo también lo condeno —admitió Chad.

Y colgó.

El cardenal empezó a mover sus labios.

Ya en su escondite. Oscuro y a la vez iluminado por una verduzca luz que proyectaba la pantalla del ordenador hacia las distantes paredes, el asesino tecleaba con cierta rapidez un mensaje:

No es el único. Este lugar está lleno de ratas.

El de la máscara de neón.

Adjunto, había subido una tanda de imágenes de su última obra. Todas ellas escabrosas, pero que para él, significaban algo más que lo aberrante. Ahora los veía bellos y limpios, aunque los trozos del cuerpo cosido estuvieran embadurnados de sangre como en Carrie.

Además, había firmado con otra frase; ya no era un nombre. Ya no era el peregrino. ¿Quería decir eso algo? ¿Estaba señalando los siguientes destinos en el mensaje?

Sus dedos teclearon algo más.

Todas las ratas están aquí dentro.

Y después su dedo índice pulsaba el botón izquierdo del ratón. Sin hacer ruido alguno, el mensaje ya se había enviado a la red privada que mantenía «el grupo» (aunque también utilizaban Gmail) como los había bautizado él. Era una Deep Web. Lo que se conocía como una web profunda, pero creada en una red interna y no en un servidor de dominio público. El servidor estaba allí, dentro del círculo. En la Santa Sede. El hacker había encontrado el modo de acceder a esa red y comunicaba sus declaraciones al conjunto de arzobispos, obispos, curas, cardenales y nuncios que pertenecían a una posible orden, no templario por supuesto, pero sí secreta y con algún nombre clave que todavía no había sabido deducir.

Pero lo tenía al alcance.

Sus dientes, apretados con rabia rechinaron dentro de su boca sellada. Esta

vez no hablaba a la pantalla del ordenador escupiendo miles de bolitas blancas. Sin embargo, su corazón estaba acelerado, tanto que de haber tenido alguien cerca de él habría escuchado cómo corría su sangre por las venas sin auscultarlo.

Cuando realizaba el ritual estaba tranquilo, pero ahora no.

Ahora no, joder.

Nada estaba bien.



—Te creo —dijo Alexander con los ojos muy grandes detrás de los cristales de sus gafas. Esa afirmación le había pillado desprevenido a Kostia, quien se sintió, por un momento, liberado de un peso que ostentaba tener sobre la cabeza.

—¿Es verdad lo que dice? —Sus ojos parecían humedecerse y al fin, una lágrima rodó desde su ojo derecho hasta el pómulo. Se detuvo como una gota en suspensión y segundos después se dirigió al mentón. Los mocos llegarían después.

—Sí, claro. Hablo en serio —mintió el psiquiatra. En realidad lo había dicho para liberarse esa noche de él. Para regresar a su casa y dormir junto a su esposa, acurrucándose a ella en posición fetal, tal como lo haría un crío. Hasta los más grandes hacían lo mismo. Acurrucarse con el cuerpo de la mujer. Como si siempre dependieran de su madre.

—No sabes el peso que me quitas de encima doctor. No sé por qué me pasa todo esto, ni veo explicación alguna. Solo sé, que tengo un vínculo con ese monstruo, pero ¿quién es el monstruo de verdad?

Alexander se quedó pensativo. Eso le había hecho perder la idea de irse a casa cuanto antes. Ahora había descubierto algo extraño, como un moco pegado en la cara de Kostia, no que va, una gran araña con todas sus patas abiertas y la pinza de su boca descoyuntada preparada para morder el cuello de Kostia, como un vampiro. No. La verdad es que se había quedado descolocado. ¿De qué hablaba realmente? ¿Había algo más?

Se inclinó hacia Kostia y cogiéndole de nuevo el brazo, pero sin apretarle esta vez, dijo:

—¿De qué estás hablando realmente?

Kostia no respondió al instante. Se limitó a buscar la mirada oculta detrás de esas gruesas gafas que le asentaban tan mal, y por otro lado a revisar sus visiones. Creía que todo tenía que ver con algo perturbador. Creía que ya lo había hablado abiertamente con Alexander. Creía que ya sabía que lo que quería decir, desde un principio, pero ahora se había dado cuenta de que su propio médico estaba entre las musarañas cuando hablaba. Que no le había

dado la importancia que ahora parecía darle.

Algo en él, había cambiado.

¿El qué?

—Nunca me hiciste caso, ¿verdad? —Otra lágrima salió esta vez del ojo opuesto, pero se quedó en el borde de la pestaña de abajo, humedeciéndola.

El psiquiatra meneó la cabeza en sentido de noes.

—No es eso —dijo—. Creo que ya me habías dejado claro lo que veías. Es que es solo que ahora es cuando lo cojo. He estado ciego todo este tiempo.

Kostia no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. Veía en la nueva cara de Alexander a un hombre diferente. Creía que ahora si le decía la verdad.

Y no mentía esta vez.

—Mira que te lo he dicho veces —acució Kostia moviendo su mano con los dedos apuntándole como una pistola—. Mira que te lo he dicho veces.

Alexander se mesó la barbilla.

Y aquellos cristales de sus gafas brillaron en una habitación oscura, fría y casi vacía. Ahora sus ojos volvieron a ser claros y bellos. El guardia no solo no había reflexionado, sino que seguía en pie en medio del marco de la puerta. Como una estatua de mármol olvidada. Recogiendo todo el polvo que entraba por la pequeña ventanilla.

La noche era gélida y silenciosa.

Siniestra.

Chad humeaba como un tren averiado. Uno de esos de Gasóleo que se queda tirado fuera de la vía. El humo le envolvía la cabeza, se atornillaba en ella y parecía querer elevarla hacia el techo. Entre sus dedos, o mejor dicho, en la palma de su mano, tenía el teléfono móvil ilustrando aquellas imágenes que el jefe le había enviado.

Había sido una promesa

Y Chad sabía que encontraría algo en ese aberrante crimen. Lo que más le cabreaba en esos momentos en el que la luna atravesaba el cielo de Roma penosamente, es que se había dado cuenta de que no seguían un hilo de investigación. Como un detective que todo lo anuda. Todo había sucedido tan deprisa, que no se podía asimilar casi nada. Si, un jodido dolor de cabeza y cientos de cigarrillos inflando sus pulmones. Pero volviendo al principio, le jodía sobremanera no tener un guion que seguir. Una escaleta. Una pizarra llena de fotografías y sospechosos. Pero que más daba, si todo estaba bien claro.

Allí solo había ratas malvadas que se comían la mierda si fuera necesario, no, rectificó en ello. Pensó que allí solo había ratas envenenadas y traidoras. Bueno, esta vez no le salían las metáforas muy bien y se tuvo que conformar con lo de las ratas. Así de simple.

Mohamed estaba canturreando algo en francés mientras se escuchaba el agua de la ducha que caía frenética sobre su cuerpo y rodaba hacia el suelo. La espuma del jabón, menos mal, amortiguaba algo de ese jodido ruido. Pero no sabría decir si era peor escucharle a él cantar o la estrepitosa lluvia creada por el teléfono de ducha, bueno, ahora le llamaban de otra manera. Era algo cuadrado que vomitaba agua sobre tu cabeza. Imitando eso; la jodida lluvia de un otoño cabreado.

En ese mismo instante en el que se había parado a pensar solo en eso, recibió una llamada de teléfono. El número era largo como un tren con cincuenta vagones arrastrándolos por las vías. Lo miró bien. Una y otra vez, mientras el timbre como un tañido seguía berreando de aquel pequeño dispositivo como si estuviera con el oído pegado a un campanario.

—Aquí el inspector Chad Chamberlain, ¿dígame?

—Tampoco hace falta que me digas tu apellido y el nombre de tu madre —  
sonrió una voz que carraspeaba.

—¿Eres tú, Dante?

—Sí, señor. El mismo perro sabueso que ha estado a tu lado todo el día y parte de la noche. Ya ves que no puedes despegarme de mí.

—Bien ¿y a que viene esta llamada tan temprano?

—Temprano dice. ¿Cuándo das tú la última calada a esos jodidos cigarrillos?

—Todavía estoy en ello.

Chad se apoyó en el respaldo de la cama y la gabardina se aplastó como una gruesa manta. Como una colchoneta que acomodara su cuerpo. Su espalda estaba húmeda del sudor. En aquella habitación hacía un calor pegajoso que penetraba en la piel como un vapor propulsado. Puso los pies sobre la cama, con los zapatos apuntando hacia el techo y las solapas de la gabardina apuntaron hacia los pantalones.

—Vaya cabrón. Te conozco de hace pocas horas y ya me empiezas a caer bien, que jodido. —En el fondo de un abyecto hilo, entre las ondas que atravesaban el mundo, muy lejos de allí; escuchó una sonrisilla.

—¿Has llamado solo para decirme esto?

—No te pongas tenso amigo. Tengo los resultados del laboratorio, es decir, el Anatómico Forense y de algunas de las muestras que allí recogimos...

—¿Y sabemos algo? —le interrumpió Chad envuelto en humo.

Mohamed seguía cantando ahora, en árabe.

—Pues no. Ni una jodida huella. He enviado a mis hombres de nuevo al apartamento para que confisquen el ordenador. Creo que vi uno en la habitación de al lado. Estaba casi oculto...

—¿Y no lo has utilizado como prueba todavía? —le cortó por segunda vez. Chad había enarcado una ceja.

—No. Por desgracia no. Ha sido un desliz o quizá no.

—O quizá sí —rezongó Chad—. Quiero ver que hay en ese jodido ordenador dentro de una hora. Quiero verlo todo. ¡Ah! Y no me llames si no tienes nada nuevo. Es posible que mañana estemos de camino hacia España.

—¿Otro caso?

—Joder, ¿cuantas veces hay que decirte a ti las cosas?

Y colgó el teléfono.

En medio de una desaforada furia, abrió el mensaje de Markus. Y lo que vio no se diferenciaba en nada de lo que había visto hasta ahora.

Mohamed había salido del cuarto de baño que arrojaba un vapor que trepaba por el aire como una densa nube. Tenía una toalla blanca alrededor de su cintura y otra frotándose el cabello.

—¿Ha llamado el jefe?

—Sí —mintió Chad sin mirarlo.

—¿Y que ha dicho?

—Que dejes de cantar cuando te duchas.

Mohamed se sintió ruborizado como un crío.

Miguel tenía los ojos hinchados por causas naturales como la de estar pegado al ordenador más de una hora. No usaba gafas, pero su vista ya no estaba para tantos trotes como aquella maratón. La letra era muy pequeña y no tenía ni puta idea de cómo convertirla en más grande. Era una casilla verde que se debía rellenar y después se pulsaba el botón enviar.

Había desconectado la *Webcam*.

Carlo. Ahora nos ha llegado esto. ¿Mañana que será? Necesitamos hacer una reunión urgente.

Miguel.

A los pocos segundos retornaba un nuevo mensaje de Carlo que leía ávidamente.

Si, Miguel. Tienes toda la razón Debemos convocarla.

Carlo.

Su corazón parecía tranquilizarse, pero estaba lejos de dejar ser escuchado en sus sienas. Le dolían la cabeza y los ojos. Era como si una subida de tensión agolpara la sangre en todas las venas y detrás de los ojos. Miguel contestó.

De acuerdo.

Donde siempre.

A la misma hora.

Miguel

Y por muy imposible que pareciera, Miguel sintió el bombeo de la sangre de Carlo en aquellas palabras, que parecían expandirse y dilatarse como las propias venas. Su frente estaba sudorosa y una mezquina luz iluminaba su

calvicie que ahora había dejado de brillar, como si no se hubiera duchado en una semana. Escribió otro mensaje a pesar de lo doloroso que le resultaba hacerlo ahora. Atrás habían quedado las risas y la saliva que se escurría entre sus comisuras cuando hablaba de cómo se lo había hecho al pequeño.

Envía esto a toda la hermandad sagrada.  
Miguel.

Y sus dedos artríticos se movieron de forma temblorosa sobre el ratón, el teclado y su propia mejilla, que sentía como se le habían entumecido. El miedo, quizá por vez primera, se había apoderado de él. Algo que tenía presumiblemente asimilado, porque era un hombre de Dios. Pero no le gustaba la cara que tenía el miedo.

¿Quién está mandando todas estas fotografías en nuestro canal secreto?  
Carlo.

No lo sé.  
Miguel.

Las teclas casi insonoras en aquella noche de sangre, se volvieron ruidosas. Como los huesos al partirse. Como el tañido de las campanas de la Basílica de San Pedro. Y su corazón empezó a dar señales de debilidad con un punzante dolor, que tampoco había sentido hasta este momento.

Quiso escribir algo más, pero no lo hizo.

Sabía que algo malo iba a suceder.

Su cabeza se estampó contra el teclado ante una evidente debilidad. Quería haber terminado escribiendo: haced guardad silencio a nuestros pequeños o esconder a todos los pequeños.

—Es muy bueno que me crea. Me siento satisfecho doctor. —Kostia parecía muy tranquilo, hasta el pulso de su corazón era acompasado y rítmico. Había dejado de sudar y ahora Alexander no le estaba apretando con fuerza su brazo. Había visto en él algo nuevo. Fe.

—Bueno, no se lo tome tan a la ligera. Puedo cambiar de opinión si me cuenta más cosas de esas —avisó Alexander con una mueca en sus labios torcidos. Siempre sonreía de esa forma. Torciendo el labio hacia el lado derecho.

—Entonces no...

—Tranquilo. Le haré más caso —le interrumpió el psiquiatra que había dejado su máscara de loco oculto debajo de la cama. Después se la pondría y en su mano sujetaría una jeringa con un líquido verduzco, oh, sí, jajaja. Eso estaría bien. Pero nada de eso sucedió esa noche—. Ahora descansa. Seguiremos hablando mañana. ¿Te parece bien?

Kostia hizo un ademán con la cabeza.

—Sí, claro. Eso está bien. Estoy un poco cansado y me duele algo la cabeza doctor.

Alexander frunció el ceño como si hubiera descubierto una cucaracha correteando sobre su cabeza.

—¿Necesita algo? Para el dolor...

Kostia estiró el brazo con una mano enseñando todos los dedos abiertos. Había agachado levemente la cabeza.

—No. No hace falta doctor —le había interrumpido con su murmullo.

—Está bien. Entonces le dejo descansar.

Alexander se levantó de la cama y la esquina de esta, es decir, el colchón, se bufó como la garganta de un enorme sapo. Y le siguió una especie de chirrido burlón.

—Gracias.

Y mientras la luna seguía su trayecto fuera de aquellas paredes. En alguna parte, muy lejos de allí; alguien estaba mirando unas fotografías muy perturbadoras. Casi aterradoras.



La garganta estaba terriblemente hinchada.

—Tenemos cuatro muertos —masculló Chad mientras sus ojos revoloteaban en sus cuencas. Sin dudar, se había encendido otro cigarrillo. Eso estaba resultando pesado para Mohamed.

—Sí, y en distintas partes del planeta —acució Mohamed ya con un pantalón de pijama puesto. Era uno de esos grises con unas rayas amarillas.

—No estamos en supuesto punto para empezar a jugar a detectives —rezongó Chad continuando con su cabreo, mientras sostenía el teléfono móvil entre sus dedos.

—¿Quién ha dicho que estamos jugando?

—Nadie. Lo digo yo, porque me imagino a todos nuestros compañeros con la boca abierta, mostrando sus hileras de dientes blancos en una estúpida carcajada.

—Eso no está pasando.

Chad elevó la vista.

—No, claro que no. Estaba delirando. ¿Sabías que todo esto me está cabreando?

—Lo veo todos los días en tu cara. ¿Hay algún caso que no te cabree?

—No, pero no tanto como esta vez.

—Sí, eso es cierto. ¿Puedo preguntar que está mirando con tanta ilusión en su móvil?

—El cuerpo sin vida de un aparecido que parece guardar relación con estos dos casos. Es un cura. Realmente está jodido en esa cruz que parece una estaca que le atraviesa el cuerpo desde el culo hasta la boca. Ha aparecido en España.

—Sí, estoy al tanto de ello. Lo dijo antes.

—Es verdad. Me estoy haciendo viejo.

Chad tenía cincuenta años y la gabardina treinta.

—Dijo que tenía más fotografías acerca del primer descubrimiento.

—Yo no dije eso.

—¿Entonces que dijo?

—Nada.

—¿Estoy mintiendo si lo que está viendo en el jodido móvil es otra víctima?

—No. ¿No me has escuchado antes?

Mohamed se quedó desconcertado.

—Bueno, si...

—Estabas en Babia. Tenemos cuatro cuerpos. España. ¿Has salido de la nube oscura ya?

—Sí, Chad. Lo siento. Sucede todo tan rápido que...

—No te preocupes. Al final voy a estar mentalmente más cuerdo que tú siendo más joven. —Una apertura en la comisura quiso dibujar una sonrisa, algo impropio de él—. Vaya ayudante me ha tocado.

Mohamed sacudió la cabeza.

Se sentía verdaderamente ridículo.

—Dios, ¿qué mierda es esta? —preguntó asqueado Dante mientras sus ojos no se podían apartar del monitor del ordenador.

—Lo que está viendo, señor —dijo el informático de pelo anillado. El agente pertenecía a la unidad de ciberdelitos y se encargaba de extraer toda la información de un ordenador o de una web, estuviera como estuviera.

Dante tenía los nudillos apoyados sobre la mesa, con el cuerpo inclinado, sintiendo ya como se le doblaban las rodillas después de tantas horas metido en el tema. El agente de ciberseguridad estaba bien acomodado en su sillón de ruedas. Tres para ser más exactos. Se movía hacia adelante y hacia los lados como si tuviera una almorrana en el culo y eso le inquietara sobremanera.

—Esto es una aberración. Una salvajada. Bórrelo, por favor, —exclamó Dante. Ya había visto demasiado. Fueron tres segundos de nada, en los que algo pecaminoso y perturbado le había entrado por la vista, pero le había dolido en el corazón. Y en el alma.

—No puedo borrarlo, señor —contestó aquel joven de gafas de metálicas. Una de esas que casi pasan inadvertidas.

—¿Por qué no puede borrarlo? ¿Acaso no sabe hacerlo?

—Es una prueba contundente, señor. Por eso no es que no pueda, sino que no debo borrarlo.

—¡Ah! Claro, perdona.

Ahora el estúpido era Dante que había metido la pata hasta el fondo, pero es que se había dejado llevar por los sentimientos, que ahora eran oscuros. Y sentía lastima. Mucha lastima.

—Todos necesitamos un reinicio —acució el joven volviendo la mirada al teclado. Pausó el vídeo y cerró la carpeta que lo contenía.

—¿Qué?

—No. Nada.

—Ahora si estoy seguro del motivo del crimen —masculló Dante—. Ahora si tenemos pruebas.

¿Acaso lo había dudado horas antes, justo cuando el cardenal había pedido silencio?

Dante era muy testarudo y no quería creer.

Pero ahora creía.

Acababa de ver el vídeo en el que el hombre religioso, el hombre de Dios, se mastur... y había cogido la mano del pequeño para que se la tocara. El muy hijo de puta. Para que se la tocara.

Se enervó la sangre.

Hinchándose, hediendo y con las moscardas cerca de él. Rudesindo había pasado la noche a oscuras. Sus ojos aunque seguían abiertos, no veían nada. Su cerebro no pensaba y su corazón no latía. Detrás de las paredes se podía escuchar un ruido como si las arañaran. Seguramente serían las ratas. Todas las alimañas querían un pedazo de aquel desgraciado. Su boca estaba abierta y tenía algo dentro de ella. Era su polla que se había hinchado de forma inquietante como si tuviera una erección.

Y los primeros rayos de sol penetraron por la ventana abierta, y como unos dedos frágiles, le acarició el rostro a Rudesindo, aunque ya no podía sentir el calor de aquellas manos de un día nuevo.

—Lo ha vuelto a hacer —dijo una voz ronca.

—¿Eres tú, Dante?

—Sí, quien sino. ¿Acaso creías que era tu mujer?

—No estoy casado.

—Pues mejor. Las mujeres lo único que te traen, son problemas. —Se escuchó una sonrisa rallada. Como si tuviera una flema en la garganta.

—Bueno, yo nunca había escuchado eso precisamente. —La voz de Chad también sonaba rasgada. Se había pasado toda la jodida noche fumando y mirando aquella jodidas fotografías. De igual manera le había parecido desafortunada aquella afirmación.

Mohamed seguía durmiendo bocabajo en su cama. Uno de los pies sobresalía del colchón y parecía estar roncando como un cerdo.

—Bueno. Vayamos al lio.

—Está bien. Dispara.

—Esta madrugada he revisado el jodido ordenador del arzobispo y ¿sabes una cosa?

—¿El qué?

—Pues que tenía el disco duro lleno de vídeos pornográficos meneándosela delante de unos... no quiero decirlo, pero resultó aberrante verlo...

—¿Lo viste todo? —le interrumpió Chad con voz queda.

—No. Claro que no. ¿Quién vería esas atrocidades? Con solo unos pocos segundos me bastó para confirmar qué está sucediendo dentro de algunas habitaciones del Vaticano.

—Deberíamos identificar a esos niños para obtener una confesión y tirar del hilo, porque seguro que hay más de un hijo de puta en todo esto.

—Estamos en ello, aunque podría demorar mucho. Pero estoy contigo. Hay muchas ratas en esta cloaca y ahora creo que se esconderán en su agujero hasta que pase la tormenta.

—Sí, es lo más probable. Es propio del animal humano.

Chad se llevó un cigarrillo a sus labios; sin encenderlo. Sentía la

imperiosa necesidad de tener atrapado uno de esos petardos en sus labios. Y jugar con él.

—¿Sabes lo que pienso ahora Chad? —Aquella voz ahora sonaba grave y Chad podía imaginarse el semblante serio de aquel tipo.

—No. Sorpréndeme.

—Que me alegro de que el asesino haya hecho esto. Para mí, es un héroe. Un justiciero. Nosotros los atrapamos, van a juicio, pagan una fianza y vuelven de rositas a la calle, pero ese cabrón está sembrando el pánico a todos estos pervertidos. Y me apuesto los cojones que parecerá alguno más en la lista de...

—Se detuvo un momento a pensar y casi al final de un largo y ominoso silencio, añadió—. Pervertidos purificados.

Chad levantó las dos cejas. Su espalda estaba apoyada en el respaldo de la cama. Ahora ya no sentía el frío tacto del sudor formando una placa molesta. Todavía no se había duchado.

—¿Ahora hablas como esos hombres de sotana?

—No. Podría decirlo de otra forma, pero es que me he quedado sin ideas que puedan definir mejor lo que les están sucediendo. Por asquerosos. Qué asco, Dios.

La comunicación carraspeaba un poco, pero el tono alzado de Dante había sonado como un grito desgarrador. Comedido, y tenso. Quizá lleno de rabia y deseoso de ver a otros cabrones así.

—Yo siento lo mismo que tú —se sinceró Chad. El sol brillaba en su rostro y parpadeaba cuando trataba de mirar hacia la ventana. El teléfono móvil estaba ardiendo como un ascua en su oreja.

Chad sabía que el hombre no solía hablar mucho. Solo lo estaba haciendo desde el día que Chad empezó a preguntarle cosas. Dentro de su imaginación sabía, al menos por ahora, que su rostro siempre estaba tenso y sus ojos eran sombríos, como si estuvieran escudriñando continuamente algún yermo horizonte interior. Si, esa era la expresión correcta. Además, sabía que era algo testarudo. Como si fuese tonto. O al menos eso le parecía.

Por otro lado, Chad se vio a sí mismo en un futuro no muy lejano como un anciano de cabello blanco y rostro atrapado en una red de arrugas. Desde la cara curtida por el sol hasta los labios secos y llenos de costras. Pensó que sus ojos atisbarían todavía, con una vivacidad y una avidez sorprendentes todos los detalles del mundo que se escaparía delante de su visión.

De pronto pareció despertar de un mal sueño y movió la cabeza



enérgicamente en sentido de nones. Lo que él había visto a menudo en el rostro de Mohamed, parecía haber descubierto que por alguna razón extraña; le había pasado a él.

Estar en Babia.

La voz de Dante seguía sonando en el auricular como una pesada mosca de las grandes, metida en todo el oído.

—¿Sigues ahí Chad? —La voz desgarrada de Dante viajó por las ondas rompiéndose todavía más en cada círculo que traspasaba, en cada metro que avanzaba, como una onda expansiva provocada por una granada de mano.

—Sí, claro. Sigo aquí. Al principio me habías dicho que lo había vuelto a hacer. ¿Qué tratas de decirme?

—Bueno sí. Me hecho un lío. En realidad quería decirte que el asesino ha regresado de nuevo. Apenas veinticuatro horas nos ha dado de tiempo para respirar algo de aire y ha dejado en nuestro buzón de correo electrónico una bonita postal de Navidad. —Ahora la voz Dante parecía un poco socarrona. Se hacía el listillo. Esta vez era el primero.

—Bien. ¿Y en que país, debo el honor de viajar ahora?

Hubo un momento de silencio.

—Italia. Ha sido aquí. Ha actuado de nuevo en el Vaticano. En uno de los apartamentos que están fuera del templo o como se llame. En realidad ha sucedido a solo dos calles de la macabra escena de ayer. Y créeme, esta escena es mucho peor. Solo lo he visto un segundo y me ha dado escalofríos. Por lo menos ya sabemos el móvil de los crímenes.

—Eso estuvo claro desde el principio, pero me ha sorprendido que haya sucedido de nuevo aquí...

—Este lugar está lleno de ratas, ya te lo dije —le cortó Dante hablando más deprisa de lo común. En algún momento pensó que eso de las ratas fue cosa de Chad, pero eso ahora no importaba.

—Sí, eso parece. Entonces me pregunto, ¿Cuándo caerá la siguiente víctima? Debe existir un grupo, reuniones, muchas ratas esperando en una esquina. Necesito conocer donde se esconden y hasta donde ha llegado todo esto. ¿Dónde están los pequeños?

Esta vez Dante tampoco contestó de inmediato.

—Creo que estamos en manos del gatazo —dijo.

—¿Qué?

—Del asesino. El mismo que nos envía sus obras maestras. Creo que es el

único que nos puede revelar lo que necesitamos saber.

—¡Vaya! Por una vez, estamos de acuerdo.

Chad encendió una cerilla con la uña del pulgar y acercó la llama amarilla a la boca del cigarrillo. Respiró hondo y formó una nube espantosa alrededor de su cabeza.

—Ahora tenemos trabajo, inspector Chad.

—Sí. ¿Puede pasar a recogernos?

—Por supuesto. ¿Dónde están alojados?

Chad miró hacia la mesilla, donde había dejado el cartoncillo lleno de cerillas que estaban atrapadas por un doblez en un extremo. En la parte posterior estaba escrita la dirección en grandes letras doradas. Las leyó de forma pausada y terminó con el chiste del día:

—Estaré listo en un minuto. Solo tengo que echar una cagada —ladró Chad con las fosas nasales llenas de humo blanquecino.

Dante soltó una risilla y colgó.

Después Chad escribió un WhatsApp.

Markus. Ha sucedido otra vez. El asesino ha enviado las pruebas a la policía.

En menos de un minuto sonó una especie de canto de un pájaro. Chad cogió de nuevo el teléfono móvil y leyó la respuesta.

Lo ha enviado aquí también. Después te llamo.

—Oh, mierda —musitó al ritmo de los ronquidos de Mohamed que seguía durmiendo al lado.

—No se va a detener —aseguró Kostia sentado en la silla del despacho de Alexander. Éste parecía somnoliento, pero sus gafas brillaban todavía más que por la madrugada. Era como si esos cristales hubieran cobrado vida propia.

—Bueno. Si tiene obcecación por ello, claro que no —explicó el psiquiatra mientras golpeaba la superficie de la mesa con el extremo de un bolígrafo. Tic, tic, tic. Parecía que marcara todos los segundos de un reloj que ahora, era invisible y que bien podría haber estado colgando de la pared.

—Duerme bien. Come bien y piensa bien. No le perturba nada, excepto los pecados de esos hombres religiosos. Eso le trae de cabeza, piensa una y otra vez en ello. ¿Sabes? En el ejército nos entrenaron para poder modificar la voluntad de nuestro enemigo. ¿Te lo puedes creer? —Kostia estaba riendo, pero no una risa fuerte. Solo un paso más allá de la sonrisa.

—¿Lo conseguiste?

—La verdad es que no doctor.

Alexander sintió un vuelco en su corazón. Aquello significaba mucho para él. Un avance. Por primera vez su paciente reconocía que algo de sus teorías conspiratorias no había funcionado y que por lo tanto no creía. Ya estaba fuera del alcance de las garras oscuras del delirio.

—¡Ah! Vale. —No quiso extenderse más allá de ese: ¡Ah! Era como decir; bien chico, eso está bien. No sucedió nada, ¿verdad? Y por fin el mocoso dejaba de mentir.

—Pero hubo quien lo consiguió —acució Kostia. Ahora su sonrisa había desaparecido y su semblante estaba más cerca de la locura que el estado serio.

—¿De verdad lo crees así?

El bolígrafo repicaba sobre la mesa más deprisa. Como un cronómetro.

—Bueno, en realidad no lo sé. No pude verlo. Era algo que se comentaba en los vestuarios.

—Te han dejado jodido —declaró Alexander haciendo una mueca.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Bueno, que nada es lo que parece y mira donde estás ahora.

—Mi mujer y mi hijo me abandonaron. ¿Es eso poco para enfermar?

Kostia parecía mostrar ahora unos ojos lagrimosos.

—Hay mucha gente que lo supera. Y no estás aquí solo por eso.

—Lo entiendo doctor. Empieza a no volver a creer en mí.

El psiquiatra dejó caer el bolígrafo sobre la mesa y éste giró hasta caerse al suelo en un clic seco. Se inclinó hacia adelante y abriendo más los ojos. Tanto como los propios cristales, dijo:

—Si te creo. Siempre que no me vengas con nuevas historias difíciles de creer...

—Anoche dijo que si me creía —le cortó Kostia acercándose hacia él inclinando el cuerpo. Esta vez no estaba atado. Alexander había, de alguna forma, recuperado la confianza y creía que ya no era peligroso.

—Anoche era otro tipo de cosas —admitió el hombre de la bata blanca—. Anoche te creía, y te sigo creyendo ahora. Hasta cierto límite.

—¿Qué significa eso?

—Ya lo verás con el paso del tiempo.

Y continuaron charlando mientras en otro punto del mundo unos inspectores y agentes iban a descubrir algo.

Rudesindo vivía en un apartamento en una de las calles céntricas al Vaticano, jalonada de más apartamentos separados por jardines y guardias que paseaban en grupos de dos.

Los coches patrullas se acercaron al número trece de la calle Paolo, arrojando destellos azules sobre el pavimento y las fachadas de los apartamentos, cuyas persianas estaban todas cerradas.

Chad iba en el asiento de copiloto en el coche de Dante, quien giraba el volante con energía y de forma brusca. Aceleraba y frenaba de forma inquietante en un conductor experimentado. Chad pensó que serían las ansias de llegar, lo que le llevaba a conducir de esa manera tan temeraria, pero al fin se detuvo con un frenazo y el motor enmudeció como tocadiscos estropeado.

Después, se escucharon los golpes de las portezuelas, de al menos cuatro vehículos. El taconeo de los zapatos, mientras algunos giraban sobre sus talones. Y en la distancia o en el cielo, solo cantaban los pájaros que daban la bienvenida a un nuevo día esplendoroso.

Los faldones de la gabardina de Chad lamieron toda la acera hasta llegar a la puerta del apartamento. Su rostro mostraba una gran maraña de arrugas formadas por una mueca que creaba un semblante serio.

Mohamed iba tras él.

Dante avanzó como tambaleándose como los zombis. Le dolían los pies de una forma sobrecogedora. Tanto que parecía incluso no sentir la sangre fluir por sus piernas y estallaba un cosquilleo que entumecía estas partes.

—Chad. Espera un poco. El asesino podría estar dentro.

—Sí, claro, sentado con una copa de vino en la mano y una carta de auto confesión en la otra. Mostrando una mezcla de sonrisa y locura. ¿Estás loco?

—Jajaja. —La verdad es que Dante no sabía reír de verdad y aquello sonó como si hubiera hecho gárgaras.

Un lo de los agentes se poyo en la pared contigua a la puerta, empuñando el arma reglamentaria. Sus ojos eran inexpresivos con aquella arma en sus manos.

—Creo que no es necesario ningún arma. El asesino quiere que veamos su

obra, pero no que lo encontremos. El mensaje está claro.

Dante movió la cabeza y con la mirada le ordenó a su agente que bajara el arma. Había bizqueado como un poseído.

El agente dejó caer literalmente el arma como un péndulo que baja por su propio peso, pero que nunca va a volver hacia arriba, porque no hay más camino que recorrer. El cañón del arma se estrelló contra el muslo del agente quien dobló los labios en un gesto de dolor.

Mohamed sonrió levemente, pero de forma descarada.

¿Por qué no te has dado con la culata en los huevos?

Y siguió sonriendo.

La mano de Chad le alcanzó el hombro.

Entonces dejó la sonrisa de lado.

Iban a entrar.

Caminaban con los rostros ocultos en unas capuchas rojas. En lugar de arzobispos parecían monjes. Sus manos cruzadas y temblorosas, evidenciaban el miedo que tenían en esos momentos en los que parecían arrastrar unas largas cadenas acabadas en grandes bolas, cada vez que daban un paso. Arrastrando la planta del pie, de las zapatillas o incluso sin nada: con los pies descalzos. Y en cada paso que daban, ellos podían sentir como aquellas pesadas cadenas chirriaban sobre el suelo tibio. Un suelo de piedra rajado por todas partes. Con huecos en los que podías meter el dedo gordo del pie y rompértelo. Un suelo que parecía encharcado de sangre porque una lengua roja estaba recubriéndolo de un extremo a otro. Era una jodida alfombra que llevaba al centro. A la sala. Donde todos se reunían en círculo.

Como estacas de pie y mirándose a los ojos con cierta desconfianza, pero a veces resultaba divertido, porque no siempre se reunían solo cuando había algún problema. A veces organizaban los grupos de chicos y los señalaban con sus largos y esqueléticos dedos para asignarse uno de ellos.

Pero ahora tenían miedo.

Todos.

Y Dios no parecía estar allí ese mediodía.

—Miguel no ha venido —informó Carlo. Un hombre rollizo y con unos labios hinchados como unas grasientas salchichas. Con su mano regordeta se quitó la capucha. En realidad se la echó para atrás y descubrió su canoso cabello, pulcramente cortado al uno. Sus cejas también eran blancas.

—Ya lo he observado —dijo uno de ellos. Se llamaba Lucca y sus huesos parecían sobresalir de la sotana, marcando unos feos bultos debajo de la tela. Era el más longevo del grupo. Rozaba los cien años y mantenía su cabello largo, aunque grisáceo con las puntas amarillentas. Era como si el escaso cabello, como mechones arrancados por el viento, se estuviera pudriendo. Estaba doblado como un árbol caído y treinta años atrás había alcanzado la estatura de un metro ochenta.

Carlo cabeceó una vez. Su rostro estaba afligido y mostraba además, cierta preocupación por ello. Sus ojos no brillaban bajo la luz de decenas de velas

que prendían el aire de la habitación de treinta metros cuadrados.

—Me he puesto en contacto con él a través de nuestra red privada, pero no he recibido respuesta. En cierta manera podría ser que estuviera de camino, pero al mismo tiempo siento miedo de que le haya sucedido algo. ¡Ah! Y no he utilizado el correo ordinario, sino el nuestro, el canal secreto.

—Bien. ¿Qué puede sucederle? —preguntó Gian. El más joven de la hermandad sagrada y el más aterrador de todos. Sus abusos sexuales iban más allá del simple hecho de utilizar sus atributos. Después de memorizarse la Biblia se había orientado en el arte del sadomasoquismo.

—¿No estás al tanto de lo que ha sucedido? —rezongó Carlo clavándole los ojos.

Gian elevó una mano que mantenía la piel suave. Dos de sus dedos llevaban pesados anillos como una roca de grande. Era como si se hubiera puesto una piedra de un kilo cada uno alrededor de los huesos de sus dedos.

—Sí. Lo he visto. Es aterrador. No pude mirarlo por mucho tiempo, pero puede ser un caso aislado —explicó.

Carlo le miró con más profundidad y añadió:

—¿No lo has visto todo?

Gian se escondió en sus propios hombros.

—Vi el cuerpo mutilado. Todas aquellas imágenes, y ese repugnante vídeo.

—Él no está solo. —Carlo había creado una especie de red de telaraña en su arrugada cara. Sus ojos parecieron bizquear un poco. Pero estaba serio y los demás, también.

—El asesino ha enviado más vídeos e imágenes de otros hermanos.

—No he visto más que el de Rudesindo.

—En todas partes del mundo Gian. Tenemos más hermanos en todas partes del mundo.

Gian se quedó descolocado y su mueca parecía realmente grotesca.

—Lo... lo siento... no he visto nada más —admitió con cierto temblor en su voz.

—¿No has visto a Adriano primero? Él era uno de nuestros hermanos aquí. —Los labios de Carlo estaban prietos. Cerrados como una cremallera, y la voz había surgido de una finísima raja entre las dos partes de su boca. Había sido confundido como un silbido.

Gian meneó la cabeza en sentido de nones.

—Dios. Entonces, ¿esto es grave?



—¿Tú que crees?

Los restantes miembros, que seguían en círculo, mirándose mutuamente, escuchaban en silencio. Con sumo interés. Con cientos de miedos resbalando por sus neuronas. Y a veces desde su corazón o las entrañas. Allí se sentía más con más intensidad. Una mezcla de sensaciones y sentimientos. Era como si alguien removiera sus entrañas con un palo. El miedo producía un dolor en ese lugar y después se convertía en un sudor frío y resbaladizo en una carne entumecida. La cara era lo primero que se volvía blanco. Tan blanco como una sábana recién lavada. Y después, el iris de los ojos se ponía amarillento. Detrás de cada uno de ellos, había un sillón helado donde pronto, sus culos se aplastarían al sentarse.

Leonardo, un nuncio de la hermandad sagrada. Un hombre de unos sesenta años y cabello tintado de oscuro, con grandes ojeras pese a su edad y también, grandes lóbulos en las orejas, dijo:

—Hermanos. Sentémonos a charlar un poco. Hay que debatir esto con tranquilidad.

Pero a él le temblaba la voz.

—Sí, es lo más sensato —admitió Carlo y tras decir esto, todos se dejaron caer literalmente sobre aquellos sillones de terciopelo rojo. Se escuchó un ruido sordo y más tarde un sonido algo más estruendoso al correr algunas patas de aquellos sillones sobre el suelo con vertientes.

Pero no chirriaron como unas sillas de metal.

—Nuestro hermano Miguel no ha venido. Eso es cierto. Tampoco Alessandro. Y mucho menos los que ya sabemos. También nos han llegado unas imágenes de más hermanos asesinados brutalmente por una mente desquiciada, en otros lugares del planeta. ¿Estamos todos de acuerdo? —Se escuchó un murmullo como una ráfaga de aire—. Entonces tomemos medidas al respecto.

La sala brillaba poco. Las velas estaban casi ocultas, sujetas en las paredes en una especie de antorchas, pero mucho más reducidas. Aquellos cirios se derretían y formaban coágulos desde la base hasta el suelo. El lugar era tétrico, oscuro y se parecía al interior de un castillo asediado.

La humedad y las ratas eran otro tipo de cosas, que allí no parecían tener presencia. Sin embargo, la atmósfera era opresiva y el calor se ausentaba siempre de aquellas paredes rocosas.

—Sí, tomemos medidas al respecto —prorrumpió Alessio, cuyo rostro

seguía oculto por la sombra de la capucha. Pero en verdad era un anciano de unos ochenta años, ni muy grueso ni muy esquelético. La vida todavía se portaba bien con él e incluso tenía los pómulos de un rojo suave—. Está claro que el asesino viene a por todos nosotros y ya sabemos por qué. Lo que no podemos anticipar es quien será el siguiente. Es posible que nuestro hermano Miguel esté ahora mismo en apuros. Eso no lo sabremos hasta después de esta reunión. Por suerte, tenemos una manera de comunicarnos totalmente confidencial...

—¡Qué ha fallado! —exclamó Carlo. Se podría decir que esta era la primera vez que había levantado el tono de su voz. Ahora sonaba grave y llena de rabia—. El asesino ha sabido introducirse en nuestro canal secreto.

Todos cabecearon al unísono haciendo un extraño ruido con sus secas gargantas. Era como si la nuez de Adán de cada uno hubiera intentado moverse dentro de una laringe de papel.

Günther también estaba allí.

—De momento sabemos eso. Y yo personalmente, he hablado con la policía y les he pedido secreto de sumario con respecto a esto. Debemos evitar que todo este asunto salga a la luz. Eso sería imperdonable para la iglesia.

—Y para el propio papa, que tendría que pedir perdón por nosotros —intervino Carlo.

—Yo no creo que la policía este mucho tiempo callada. Necesita descubrir al asesino y hará todo lo posible por encontrarlo. Hasta interrogar a nuestros hermanos —explicó Enzo. Otro borrachín más del buen vino y de las orgias.

—Eso es lo que me temo —confirmó Günther. Su cuerpo se retorció en el sillón como un gato que está buscando la mejor posición para seguir dormitando. Con el culo al borde del sillón y las piernas dobladas hacia afuera, como dos puntales bajo la sotana, añadió—. La policía sabe los motivos de estos crímenes y buscará al asesino rompiendo la palabra que me dieron. Tengo miedo por ello.

—A lo mejor no llegas a verlo, porque el asesino te encuentra antes a ti —bromeó Nicola. Otro hermano de abultada barriga y cabello gris. Sus ojos parecían lagrimosos, pero era por un problema de sequedad ocular. Acababa de echarse las gotas de todos los jodidos días.

—Esto es muy serio Nicola. No bromeemos con esto. —La voz de Günther sonó grave y no tembló un ápice. Aunque en el fondo, estaba bastante

nervioso.

Por un momento, aquellas ajetreadas respiraciones parecían haber formado una pequeña brisa, pero fue una ilusión. Lo que realmente rozó sus tensas caras fue un frío intenso que penetró desde algunas holguras de las paredes. Aquel lugar no tenía ventanas y el aire nunca alcanzaba el nivel de un estado denso y pegajoso.

Leonardo retomó la palabra arrancada por ese frío aire.

—Dejémonos de conjeturas y tratemos de solucionar esto.

—Como si fuera tan fácil —masculló Marco. Sus raquíuticos dedos soportaban cuatro anillos en una de las manos. Parecía un ser abominable de una historia de fantasía.

—Yo digo que no hagamos nada en adelante. Que guardemos silencio y no prosigamos con nuestras necesidades —proclamó Carlo. Parecía que sus labios estaban lubricados con una baba espesa. Tragaba saliva y su gatzate producía extraños ruidos, como el resuello de una chimenea, a pesar de todo.

—Eso es una buena decisión —admitió Günther moviendo la cabeza de arriba abajo. Su mirada estaba perdida en aquellas velas que ondeaban en el viento como banderas de fuego.

—Gracias hermano —dijo Carlo y moviendo las manos como si fueran aspás de molino o como si estuviera horadando una gigantesca telaraña, añadió—. ¿Quién está de acuerdo con cesar nuestra actividad y dejar de usar el canal secreto?

Al momento se elevó un murmullo como el gorgoteo del agua de un alcantarillado.

—Levantad la mano si estáis de acuerdo —dijo Günther con semblante serio.

Después del ajetreado murmullo, llegó el silencio y todos los corazones de los allí presentes empezaron a latir más deprisa. Por un momento, parecía que todos esos latidos retumbaban en las paredes de aquel escondrijo.

—Yo estoy de acuerdo —dijo Enzo y levantó una mano temblorosa.

—Yo también —se sumó Alessio.

Bajo la luz ondulante de aquellas velas, todos los hermanos de lo sagrado, alzaron sus dedos hacia un techo que parecía gotear, solo porque las formas extrañas que se dibujaban en ella parecían precisamente eso. Gotas de agua. Pero solo era una suerte de sombras producidas por la mezquina luz de mantequilla.

—Está bien hermano. Se ha decidido por unanimidad. Dejaremos a los chicos en paz, pero no libres. Podrían hablar —apostilló—, y eso no nos conviene. Tampoco utilizaremos nuestro canal secreto y si sucede algo más. Vendremos aquí de nuevo, pero sin anunciarlo en nuestro canal. Simplemente vendremos aquí a la hora que sea y esperaremos. ¿Estáis de acuerdo?

Una voz rasgada como la de los cantos de los gregorianos se elevó en el aire como una fuente de fuego que lamia el techo. Y después un precipitado silencio devoró todo resto de timbre humano, dejando paso a un ominoso silencio en el que todos se miraron fijamente a los ojos.

Sus rostros estaban macilentos, como unos dientes podridos.

Por el miedo y la incertidumbre.

No por lo que habían hecho hasta ahora.

En otro lugar, no muy lejos de allí. Del apartamento de Rudesindo. Y el escondrijo de aquellos condenados. Alguien entró en el apartamento de Miguel. El misterioso había entrado con tanto sigilo, que el hombre de Dios no se había dado la vuelta para ver. Estaba sentado en el sofá, tomándose una tila. Sus nervios no eran de acero ni estaban templados. Su corazón le había jugado una mala pasada. Un dolor punzante le había atravesado el pecho como si alguien le hubiera clavado una estaca, como a un vampiro.

Sus ojos confiaban en la tranquilidad que trasmitía el fondo de la taza de porcelana. Era un agua borrosa, pero estaba tranquila. Todavía estaba humeando, como una colilla mal apagada. Su mente, estaba en otra parte. Habría querido asistir a la reunión, pero en el último momento se encontraba indispuerto.

No encendió el ordenador, pero si pensó en aquellas horribles cosas que alguien les había hecho a sus hermanos. Un asesino atroz que pululaba por el Vaticano y sus alrededores. Estaba claro que la Guardia Sueca no servía para nada, más que para proteger al papa. Y la policía estaba detrás de todo aquel asunto, que tampoco él, quería que se destapara.

Se sentía como una mosca atrapada en la telaraña en cuyo extremo está la araña observándola con sus oscuros ojos, de forma siniestra.

Ahora ese asesino estaba respirando en su cogote con un aliento caliente y sigiloso. Podía sentir su presencia como una masa de carne respirando al lado de su cabeza. Una masa deforme como un monstruo.

Dejó de mover la cucharilla.

Su respiración se entrecortó con una sensación de angustia y terror. Era lo más parecido a un ataque de pánico. De eso, entendía mucho el peregrino, que seguía en silencio detrás de su oreja. Inmóvil. Con una mano laxa sobre el sofá.

También Alexander, el psiquiatra de Rusia entendía que sensaciones encontradas eran esas. Desquiciantes y propias de un enfermo mental. Pero en este caso las consideraba un cachondo mental. Un perturbado. Un violador de niños. Algo asqueroso y que despertaba repugnancia allá donde se nombrase.

Con el corazón palpitándole en la punta de la lengua, empezó a mover el cuello. De forma gradual. Muy lentamente, a medida que las pulsaciones de su corazón se aceleraban como los pistones de un motor viejo. Miguel era la mosca y el hombre de la máscara de neón era la araña. El reflejo de aquellas luces sembró el terror en el rostro arrugado de Miguel.

Se había dado la vuelta, sí, y por la forma en que lo hizo, parecía que se moviera sobre bolas grasientas. Como un perfecto engranaje.

Su frente se llenó de sudor. Caliente. Salado, porque una de esas gotas había rodado hasta los labios de Miguel. Sí, era lo más parecido a la sal marina, pero al final del todo, tenía un gusto agridulce.

Y entonces aquellas luces fijas, pero que parecían sinuosas, se reflejaron en sus retinas dilatadas en un momento en el que su corazón era martilleado por un gran mazo.

—¡Dios!

El hombre de la máscara, que sonreía bajo ella, inclinó la cabeza. El cabello que sobresalía de la capucha osciló en un viento invisible y parecía que se estaba quemando en el infierno. Miguel sabía que ese hombre era feliz ahora y que tenía una idea.

Recordó a sus hermanos castigados y sintió pena por ellos, pero también, terror por él. Ahora sabía cómo era la cara de la muerte. No en esa forma física, sino en emociones que penetraban dentro de él por todos los poros. Ventoseó del miedo.

—¿Que tal buen hombre?

Aquella voz sonaba tan perturbadora ahora.

—Sé quién eres —dijo Miguel, visiblemente atormentado por sus pecados. Ahora era demasiado tarde. Dejó caer la taza de porcelana. Ésta se estrelló en un golpe seco y se hizo añicos en sus pies. Allí no había alfombra alguna. Eso, estaba un poco más adelante.

—Lo dudo mucho Miguel —respondió el hombre con un bisturí de los grandes en una de las manos. La blandía en el aire para mostrarle lo que podía hacer con ello.

—Sabes... sabes mi nombre —titubeó el siervo de Dios.

—Pues claro. Los pecadores o mejor dicho, los pervertidos como vosotros, son muy conocidos. Siempre se os ha ocultado, pero esta vez ya no sucede así. Pienso acabar con cada uno de vosotros. Sembraré el terror antes de que os fijéis en un culito blando. Sí. Como muchas veces decís en vuestros

asquerosos mensajes y en los vídeos que compartís con tanta alegría. ¿Acaso no sabes que lo sé todo?

Miguel cerró los ojos.

—¿Quién nos ha delatado?

—Nadie.

—¿Cómo has podido llegar hasta nosotros?

—Fácil. Solo tuve que encontrar la contraseña para acceder a vuestro canal privado. Soy un hacker, o digámoslo de otra manera. Soy un, manitas. También sé coser los miembros amputados. Eso es medicina, ¿verdad?

—Cirugía. —Miguel no sabía por qué había contestado eso.

—¡Ah! Pues vale. ¿Sabes lo que te voy a hacer verdad?

Miguel se encogió dentro de sus hombros con el cuello dolorido de estar tanto tiempo con la cabeza ladeada. Su corazón podría salirse en cualquier momento de su boca y sus labios habían adquirido un inquietante color blanquizco.

—No, por favor. No me hagas nada.

—Vaya que si lo haré.

—Te pido por Dios que me perdones.

—¿Te ha perdonado Dios?

—No. Creo que no.

—Y esos pequeños desgraciados de los que te sobrepasaste, tampoco te han perdonado. Ahora llevarán ese recuerdo toda su puta vida. Como un mal suelo. Como una pesadilla monstruosa. Y cada vez que vean una polla sufrirán un ataque de pánico. Tampoco podrán estar con una mujer, porque siempre se sentirán culpables de algo que no han aceptado nunca. Vosotros sois unos mal nacidos y por ello debéis pagar con sangre vuestro pecado.

El peregrino sacó la lengua entre el hueco del neón de la boca y lamió la piel áspera del cardenal, bueno, o lo que fuese. Eso ahora no le importaba en absoluto. Era un hombre religioso muy cercano al papa, que había violado la voluntad de Dios y su palabra. Con eso bastaba.

Miguel no volvió la cabeza a su sitio, todavía.

—No. Por favor. No me haga nada. Se lo suplico. Sí, me toca tendrá que vérselas con Dios.

—¿Qué?

El bisturí bajó hasta rozar la piel del cuello.

—Me duele...

—No seas cobardica —le cortó en una exclamación el peregrino—. Y usted, ¿con quién tendrá que vérselas después de morir? ¿Con Dios? ¿Con el demonio? Le estoy haciendo un favor. La cárcel es mucho peor. ¿No cree?

—Usted no descansará en paz después de todo. También está pecando...

—¡¡¡Cállese!!! —le atajó de nuevo. Esta vez con un grito que hizo que Miguel cerrase los ojos. El bisturí se había movido de sitio y había trazado un fino corte del cual brotaba sangre.

La mano de Miguel, todavía con el cuello ladeado, llegó hasta el fino hilo de sangre y sintió en sus yemas el sedoso líquido caliente. Resbaladizo y suave. Ahora sí, sabía que iba a morir y todo el ritual no había hecho más que empezar.

Su corazón estalló antes de que la hoja del bisturí se adentrara más en su carne. En la yugular. Sus ojos se quedaron abiertos y retuvieron en sus retinas el color rojo de la sangre. Y después, la oscuridad.

El hombre de la máscara de neón lo vio morir de un infarto, y en un impulso de furia y rabia, apretó el bisturí contra la yugular que empezó a escupir sangre a borbotones.

Pero ese contratiempo no evitaría iniciar su ritual.



La puerta cedió al más mínimo empuje. La cerradura estaba abierta. Aquello era un claro signo de que el asesino quería que entraran sin más preámbulos para que encontrasen su obra de arte. Su redención. Y la puerta no chirrió como la tapa de un ataúd al abrirse.

Dante había apretado los dientes como si se fuera a enfrentar a una bestia oculta entre las sombras de la casa. La entrada se iluminó por los rayos del sol y los haces dorados, tan rectos como un láser, dejaron entrever que en el aire, junto a la fina línea delgada, había polvo suspendido, como si fueran miles de mosquitos alrededor de una bombilla.

El hedor les azotó las fosas nasales por un breve instante antes de desvanecerse. Gas, pedos, podredumbre, formol... y luego nada. Chad clavó su mirada hacia el interior del apartamento. Y vio una silueta que estaba quieta, justo delante de ellos. Pero era como una marioneta rota.

Estaba ahí, porque el asesino quería que lo primero que vieran al entrar, fuera a él, o lo que quedaba de él.

—Está ahí. —Señaló Chad. No le temblaba el pulso. No hizo ninguna mueca extraña ni dibujó un mar de arrugas en su cara. Solo frunció el ceño. Estaba rumiando.

Dante bajó el arma apuntando al suelo. Los agentes también. Y ningún maldito perro ladró en la distancia hasta desgañitarse. Nadie lloraba esa muerte tan repentina. Tan roja como el título de un relato de Poe.

Mohamed abrió los ojos como persianas asustadas. Hinchó el pecho y aspiró una tremenda bocanada de aire que se convirtió en una suerte de grito. Chad estaría pensando en ese momento que había sido un estúpido al hacer eso, ya que debería estar acostumbrado a estas alturas. Pero fue un acto instintivo.

La mano de Chad buscó en el borde de la puerta. Tras el marco robusto. La pared estaba fría y rugosa. Sabía que en alguna parte habría un interruptor de la luz. Finalmente, lo encontró y con un golpe seco pulsó el interruptor. Después del clic la luz se hizo como cuando una jodida nube se aparta del camino entre el sol y tus ojos cuando miras al cielo nublado.

Y él seguía estando ahí.

—¡Joder! Está igual o peor que el anterior —destacó Dante llevándose una pinza formada por sus dos dedos, hacia la nariz hasta apretarla con cierta fuerza—. ¿Cuánto tiempo llevará muerto?

—No mucho —aseguró Chad que había metido su pie derecho dentro del apartamento.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Dante bizqueando los ojos. Se había sentido momentáneamente desconcertado, y en realidad seguía estándolo hasta que recibiera una respuesta.

Chad señaló el suelo con su largo dedo índice.

—La sangre está todavía fresca.

Ahora Dante estaba todavía más descolocado.

—¿Y cómo narices apesta tanto este lugar?

—Porque está desmembrado y seguramente las tripas estén esparcidas por todas partes con sus heces. La sangre huele más de lo normal y las moscas ya se habrán cagado sobre el cadáver.

—¡Vaya! Sí que es fino contando las cosas —espetó Dante, conteniendo el aliento para combatir el hedor a mierda.

—No me gusta la ñoñería —admitió Chad acercándose a un bulto.

Era la alfombra sobre alguien. Chad sabía qué había debajo.

Alargó el brazo con una mano como una garra, pero al adelantar su pie derecho, pisó algo que sonó como un chapoteo. El hedor aumentó y la sensación que tuvo bajo la planta de su pie fue la de pisar algo blando como la pasta de dientes.

—Jefe. Has pisado algo repugnante —dijo Mohamed que iba detrás de él. Su cara lo decía todo.

Chad bajó la mirada.

—Es mierda. A este hombre lo han vaciado como a un cerdo.

Dante se horrorizó de escuchar aquello y le entró náuseas al ver la mierda mezclada con sangre, que brotaba de algo largo y grisáceo. Era parte del duodeno y estaba a los pies de aquel bulto.

—Joder que asco. ¿Por qué narices es tan asqueroso todo esto? ¡Siempre igual, joder! —Dante había colocado un escupitajo en el aire y después las motitas blancas reposaron sobre las heces.

Chad ladeó la cabeza y mordiéndose el labio inferior, dijo:

—Y esto no es todo.

Aquellas escenas, dantescas eran de lo más asqueroso que un inspector podía descubrir. En sus informes siempre aparecería la palabra mierda en numerosa ocasiones. Desmembramiento. Tripas, La polla en un bote de formol o alcohol y todo tipo de guarradas. El asesino no se contentaba con volarle la tapa de los sesos y ya está. Entonces en sus informes hablarían de trocitos de hueso y materia gris mezclados con sangre. Nada más.

Joder, que difícil resultaba a veces perseguir a un psicópata. Son los asesinos más retorcidos del mundo, pero ¿quién no es un psicópata? Todos los asesinos lo eran. Pero había asesinos profesionales llamados sicarios que no se deleitaban en sus crímenes. Los perturbados sí. Siempre eran perturbadores y escabrosos.

—Anda ya, no me jodas —refunfuñó Dante con la mano delante de la boca. El hedor se hacía insoportable. El olor a mierda.

Chad rebuscó en uno de sus bolsillos volviéndose hacia el bulto. Hacia la alfombra que ocultaba algo. Ahora era como un fantasma sacado de un libro de terror, o mejor aún, de una película.

Sacó el cigarrillo y se lo llevó a la boca.

Después de encenderlo ante un momento impasible, se perdió entre la humareda y el sabor de la nicotina, para destapar lo que había bajo la alfombra, pero antes pidió un guante de látex. Se la puso como un preservativo y extendió la mano de nuevo.

Tiró de una de las esquinas y la alfombra se arrugó a los pies del sillón descubierto. Sentado estaba Miguel con las cuencas vacías, y entre sus manos tenía agarrado un bote con algo como una salchicha dentro y unas canicas.

La escena era tan cruel, que todos, excepto Chad, se giraron para no verlo. Y eso que ya habían visto más de uno.

—Lo que me esperaba. El asesino quiere que los encontremos. Siempre actúa de la misma forma. Y aquí tenemos uno más. Seguramente habrá cometido el mismo pecado que los demás.

Mohamed que volvió la cara como impulsada por un muelle, dijo:

—Alguien que se cree Dios. Los está castigando.

Chad se perdió en una nube de humo, aflojando sus mofletes hacia adentro. Sus ojos claros eran ahora turbios, y su expresión, solo era un semblante serio. Y se fumó el cigarrillo delante del cadáver de Miguel. Mutilado, despellejado y cosido.

Con la polla y los ojos dentro de un bote de cristal que parecía sostener

con especial ímpetu.  
A pesar de todo.

Sus ojos contemplaban a un rostro sin ellos. Esas cuencas estaban vacías y oscuras. La forma humana como si fuera un monje parecía estar dibujada justo en la pared de enfrente. El sol se había ocultado detrás de unos nubarrones y el cielo amenazaba con llover. Aunque no pudiera verlo, lo presentía. Los pájaros estaban en silencio ese día. Todo estaba en silencio hasta que Kostia empezó a hablarle.

Pero antes, esas mismas cuencas vacías se abrieron en una expresión descarnada de sorpresa y horror a la vez, hasta convertirse en una sola y desaparecer como un banco de niebla. Kostia se había llevado la mano al pecho y había sentido como su corazón se golpeaba con el esternón.

—Esto puede ser normal. A veces veo cosas que no quiero. Son las jodidas pastillas. Es la puta medicación. Me hace observar cosas que no son. Por eso, sé que no existes. Solo estás en mi imaginación. Sin embargo, puedo hablar contigo, bueno, no recibo contestación, pero sigo viéndote. Así como veo a través de la mente de otro. Sí, me preguntarás como coño no he leído la mente de Alexandre, el psiquiatra serio e impasible. La respuesta es que no me ha dado la gana. Podría alterar su voluntad si quisiera, pero no lo hago. No es mi forma. Bueno, no sé cómo decirlo exactamente. Solo sé que hay cosas que no quiero ver y las veo. Por ejemplo. —Hizo una pausa en la que respiró profundamente y prosiguió—. Veo a todos esos desgraciados e hijos de perra como nadie antes habría podido ver. Es horrible, pero peor es lo que hacen ellos. Hay alguien que está tomándose la justicia por su mano. Lo veo y me deleito en sus pensamientos, pero no intervengo. Solo veo lo que hace. Ahora sé que los señores de gabardina y chaqueta han encontrado a otro cadáver. Este no está mejor que los anteriores. Huele a podrido. Mientras la pareja se había momificado, este va y se pudre de forma precipitada. Claro, que tenía las tripas llenas de mierda. Y la sangre es más fresca. Tiene un olor agrisado. Es como el cobre, pero con un toque hediondo. Lo estoy viendo todo. Es como si lo tuviera delante ahora mismo. Como te tengo a ti. No necesito hacer trucos de magia para ver todo esto. ¿Sabes? Alexander dice que son delirios. A veces me dice directamente que se me ido la olla, pero conoce la

existencia de esos entrenamientos militares en los que participé. Rusia es grande y oculta cosas. Muchas de ellas inimaginables. Yo soy uno de ellos, bueno, una de esas cosas reales o posibles. Eso está bien. Y mira donde estoy. En un puto psiquiátrico. ¿Te lo puedes creer? También el Vaticano esconde secretos, pero no en sí la pequeña ciudad del papa, sino todos los que pertenecen a dicha religión aunque estén en otras partes del mundo. Ya sabes. Todos sus representantes. Cada uno tiene su propio Dios. Y todos tenemos confidencias con nuestro Dios. Todo el mundo tiene a alguien sobre su cabeza para hablarle, y a menudo recurrir para pedir ayuda. ¿Te lo puedes creer? Al final no hay ninguna ayuda. Bueno, me estoy liando un poco. Mejor me callo. ¿Te parece bien?

Kostia enmudeció, cruzó las manos y sus dedos se entrelazaron como en un juego. Hizo crujir los pequeños huesos de sus dedos. Después, se quedó mirando la forma que permanecía en la pared. Todavía estaba ahí cuando de repente; la boca de aquel rostro se abrió, dejando al descubierto todos los dientes y la lengua agitándose entre ellos como un pequeño gato rojo atrapado en una jaula llena de ratas.

El grito escaló por la pared, alcanzó el techo y éste respondió en dirección al pasillo. Fuera de la puerta de metal, se escuchó su propio eco. Y su cuerpo comenzó a agitarse como un pez enganchado a un anzuelo que subía a la superficie. De su corazón; ni hablar.

Los hombres de blanco y guantes de látex como si fueran a meterte los dedos por el culo para comprobar como estaba tu próstata, estaban tratando de comprobar ciertas huellas en aquel cuerpo mutilado. Tenían pinceles con los que espolvorear las rajadas que marcaban el hilo que cosía cada miembro, y cuando uno de ellos tocó la mano que estaba agarrada al bote como si no hubiera un mañana; los huesos de las manos se desencajaron y cayeron como lápices. Incluso se pudo escuchar el jodido ruido seco de aquellos pequeños huesos.

—Ten cuidado imbécil —ladró Dante con una mascarilla que le ocultaba la mueca que había hecho con la boca. Una vez más tenía que hacer uso de esa jodida mascarilla, porque aquel olor, en dos lugares diferentes, eran tan similares como hediondos.

Chad se limitó a mirar el bote de cristal que quedó suspendido en el borde del muslo del viejo. Efectivamente, aquello era la polla, los testículos y ahora, los dos ojos. Ya lo sabía, pero quiso verlo otra vez. Quizá por morbo o presumiblemente, para corroborar que todo era real.

—No hace falta pensar el móvil del crimen —dijo Chad. Ahora tenía una colilla sin humo rodando entre sus labios. Los demás se lo agradecían. Estaban hartos de tanta nicotina desde que el inspector había llegado allí.

—No. Eso ya lo sabemos. Ahora me parece muy aburrido —explicó Mohamed a cierta distancia del cadáver—. Pederastas dentro de la iglesia que son juzgados por una mano enferma. Porque ambas cosas lo son, ¿verdad?

—No lo sé. Quizá la balanza se inclinaría hacia un lado —aseguró Chad. El faldón de la gabardina se había humedecido con toda aquella sangre que todavía permanecía líquida. De modo que su gabardina estaba hecha un asco. No le dio más importancia.

—Jejeje. Sí, es posible. Creo que tienes razón. Estamos igual que ayer. Esto ya da asco. No siento nada especial en este caso. Parece pura rutina. Cura abusa sexualmente de un menor y un asesino muy religioso, que no lo sé, lo descuartiza y después los cose, y, ah, les corta la polla. Todo es igual. No hay huellas y un cardenal me pide la mayor de las discreciones para este caso.

Quiere silenciarme. Eso me cabrea. Todo esto es una puta mierda. Aquí Sherlock Holmes se hundiría en lo único que hay; mierda.

Sus ojos brillaron como los de un lunático.

Chad pisó otro trozo de tripa y la mierda salió despedida como un escupitajo lanzado por un sapo.

—¡Qué asco! —exclamó.

Y Mohamed sonrió levemente cuando no le miraba.

—Eres el tío de las mierdas. ¡Vaya inspectores! Nos pueden dar un premio —refunfuñó Dante.

Y en parte tenía razón. Las horas pasaban y era como volver al inicio de todo una y otra vez, como un reinicio. Cura, sexo, muerte, no hay huellas, resultado; no se sabe nada. No hay hilo de ninguna madeja.

Pero siguieron en el lugar del crimen tratando de encontrar ese puto hilo de la madeja.



Le pudo más la curiosidad del gato que la palabra. Günther había encendido el ordenador. Y lo que vio, fue más horrible que la vez anterior. Pero esta vez, estaba su nombre escrito en un escueto mensaje.

DIOS TE LLAMA A TI.

Apagó el ordenador desconectándolo de la red eléctrica. De un tirón. Y su corazón vibró tanto o más que el del gato curioso que acaba de descubrir una rata del tamaño de un perro.

Estaba con ellos, escondido en el escondrijo como una rata.

—Chad, el asesino acaba de enviarme un mensaje —La voz de Markus era cada vez más grave y tensa. A pesar de tener el teléfono pegado a la oreja, parecía que había puesto el manos libres. Los hombres de blanco movieron sus cabezas para mirar de reojo.

Dante estaba apoyado en el marco de la puerta, mientras limpiaban toda aquella mierda.

—Muy bien. Esto ya aburre. Seguro que te ha enviado más fotografías de otra de sus maravillas...

—No. Esta vez es un mensaje de texto.

—¿Qué dice en el mensaje?

—Pone. Espera que me ponga las gafas. —Se escuchó toda una suerte de ruidos empalagosos y la voz regresó—. Al gato le pudo la curiosidad. Esta vez serán varios. Aunque ya me he lidiado otro más. Si se dan prisa, podrán detener todo esto. Espero que vengan con una cámara de televisión. Quiero que el mundo lo sepa todo.

La adrenalina fluyó por las venas de Chad como la propia nicotina en sus bronquios. Quemando y arañando, pero dándole un chute de energía.

—¿Algo más?

—Sí. Hay una dirección.

Chad enarcó las cejas.

—Envíamela. Estaremos allí nada más me la pases.

—Está bien. —Se hizo un pequeño silencio, nada ominoso, sino, como si reinara la paz interior. Después, se escuchó de nuevo la voz de su jefe—. Empuña el arma por favor. Podría tratarse de una trampa.

—Yo no hago guarradas con los pequeños —dijo Chad y colgó.

Mohamed que no le había quitado la mirada de encima se acercó y le pregunto:

—¿Qué sucede jefe?

—Pues que el asesino ha dado las coordenadas de sus próximas víctimas.

—¿Has dicho víctimas? ¿Serán varias más o a la vez?

—No lo sé. Pero me temo lo peor. —Se quedó pensativo unos segundos y

reaccionó—. ¡Ah! Y hay otro más mirando al sol.

Desde el fondo del todo. Desde la jamba de la puerta, Dante voceó algo:

—¿Qué cojones quieren decirme esas caras largas?

Chad se acercó hacia él.

El chillido que brotó del interior del cardenal cuando exhaló fue terrible. Éste rebotó en las paredes y los demás, se pusieron más nerviosos. Estaban atados y sus bocas calladas con la estola fijamente apretada sobre ellas.

Günther no estaba solo. Y después del grito, recordó. Había sido leer el mensaje y apagar el ordenador, pero a los pocos minutos lo había vuelto a hacer. Había encendido el ordenador y había un nuevo mensaje.

### NO ESTARÁS SOLO.

Entonces recordaba como sus dedos habían viajado sobre las teclas para advertir a los demás. No sabía si el mensaje les llegaría o no, en realidad lo que no sabía es si los demás, los de la hermandad sagrada, serían tan curiosos como para encender el ordenador.

Resultó que sí, porque se presentaron al lugar secreto, cuatro de ellos. Alessio, Enzo, Nicola y Leonardo.

Y después, en contra todo pronóstico, él.

El hombre de la máscara de neón.

Tan perturbador como un monstruo con la cara lacerada y derretida como la cera. Tan aterrador como el monstruo que se esconde en el armario y sale todas las noches haciendo ruido con la jodida puerta hasta alzar sus garras como espátulas. Tan siniestro como la propia muerte.

—¿Que tal, chicos? —había preguntado con aquella voz socarrona.

Y recordaba el posterior silencio, todos ellos, incrédulos y con los ojos más abiertos que nunca. Mirándose entre ellos y apretando los dientes para que no chocaran entre sí por el temblor. Por el miedo.

Recordó cómo les había acechado desde una esquina oscura, como un enorme murciélago, con los brazos abiertos, pero sin capa. Habían sido tan vulnerables que reconoció que se habían portado como débiles bamboleándose en el centro de la habitación. Sin avanzar un solo paso. Casi sin moverse. Y ese hombre solo había tenido que mirarles a los ojos y enseñar el maldito bisturí.

Solo había bastado eso.

Toda había parecido tan fácil, como ridículo.

Y cuando literalmente se habían dejado atar en los sillones, presa del pánico y de la incertidumbre, bueno, no tanto por esto último. Él había sacado un teléfono de un maletín.

Y había empezado a hablar.

Pero entonces Günther había dejado de recordar para vivir el presente, cuyo final estaba cerca. Muy cerca. Tan cerca como el miedo en su sudor. Tan cerca como cada latido retumbando en sus sienes doloridas.

—Inspector Chad. Tenía ganas de saludarle —dijo jocoso aquella voz que no le resultaba familiar para nada.

Mohamed estaba expectante, siempre al lado de él, como un perro nervioso. Tratando de contentar siempre a su amo, mientras movía la cola.

La verdad es que Mohamed no había aportado nada o casi nada. Pero ¿quién había hecho algo realmente?

—¿Con quién tengo el gusto de hablar? —Chad se había puesto serio del todo y sus ojos claros brillaron bajo aquel auspicioso sol.

—Con Dios —respondió aquella voz.

Chad rebuscó en el bolsillo de su gabardina. Siempre lo mismo. Un jodido cigarrillo viajó desde el bolsillo hasta que sus labios lo atraparon en el aire. Había pedido a Mohamed que encendiera la cerilla.

Dio una calada al cigarrillo y dijo:

—¡Vaya! ¿No serás tú el justiciero?

—Soy Dios —insistió aquella voz casi burlona.

—Dios no me llama por teléfono. Ni tampoco me ayuda en nada para ser más claros. ¿Qué tienes planeado hacer? —se anticipó Chad.

—Una limpieza de los pecados más castigados que pueda cometer uno de mis feligreses, siervos o señores de la palabra. Ya sabe, toda la jerarquía de la iglesia. Solo se salva el papa. Mi representante.

Chad debió de pensar: este tío está chalado.

—Oh, eso suena bien. Tú eres Dios y resulta que estas molesto por algo malo que han hecho estos pervertidos, ¿es así?

—Como lo sabes, ¿eh? —Parecía que al final de la frase se había reído. Había sonado como la risilla de un perro.

—Bueno, como estoy hablando con Dios, no tengo que preguntarte dónde estás. —Chad estaba jugando con él.

—No peques por mentir. Ya sabes dónde estoy, bueno, donde estamos, ¿verdad?

—Vale, como eres Dios, me has pillado. Nadie mejor que Dios sabe lo que puedo pensar yo ahora.

Y Kostia.

—¿Te estás cachondeando?

—No, pero te pediría una cosa.

—¿El qué?

—Que dejes de actuar. Déjalos en manos de la ley. De la justicia. Dios decide sobre la vida de los humanos, pero sobre los delitos, los decide la ley. Y la justicia se encargara de castigarlos y...

—¿Vendrán con la televisión para que lo sepa todo el mundo?

Chad desapareció tras una nube de humo, mientras Dante lo miraba con los ojos muy abiertos y los oídos agudizados como los de un gato.

—Por supuesto que sí.

—Bien. Esperaré.

Y colgó.

Chad se quedó mirando la pantalla del teléfono móvil como si allí hubiera algo interesante que ver, después de todo. Y por una vez en su vida sintió un cosquilleo en sus entrañas.

—¿Qué sucede Chad? —preguntó Dante con semblante serio.

—Que Dios me ha llamado.

—Joder. Hay que joderse.

Y caminó detrás de Chad.

Por supuesto que empezó el castigo. Primero el bisturí y después la sierra. Y al más gordito de ellos, le obligó a comer. Tanto que deseaba que su estómago se dilatara tanto como para explotar. Y aunque había relativamente poca distancia entre los dos escenarios del crimen, los coches patrullas y la furgoneta de la televisión no llegarían a tiempo.

A medida que la hoja del bisturí acariciaba sus tensas caras y sus cuellos, los gritos ahogados se convirtieron en una pequeña brisa, capaz de mover las llamas de las velas que estaban cerca de ellos como parte del ritual.

El gordito seguía comiendo hasta que su duodeno estalló literalmente. Un dolor lacerante le atravesó las tripas y su corazón dejó de funcionar. Lo había alimentado como a un cerdo. Tan imbécil era, que creía que por comer ante la promesa de ser liberado, podría tragar arroz y arroz hasta la saciedad. Hasta su salvación. Pero terminó vomitando, y después reventando. Un pedo como una motosierra había sido la alarma de lo sucedido, y después, toda aquella sangre escapándose de su ano.

Tan cruel fue todo, que Günther, Alessio, Enzo, Nicola y Leonardo deseaban la muerte más que nunca. Esta vez sí, esta vez el peregrino les iba a desgarrar el culo y arrancar sus órganos sexuales.

Tal como lo hizo tantas veces.

Incluido el que reventó.



Solo la luz del sol brilló ante tanta oscuridad. Todos los cuerpos de los cardenales, obispos y arzobispos estaban tirados como unos muñecos de porcelanas rotos. La sangre salpicaba la alfombra y los zapatos de los agentes. El faldón de la gabardina de Chad y los dobladillos de los vaqueros de Mohamed. El aire era empalagoso. Podían saborear la sangre en sus bocas aún si miraban hacia el techo para no despertar en ellos, el más trágico de los males; la repugnancia.

Uno de los agentes vomitó sobre un brazo y al agacharse se topó con las narices con algo que parecía un torso vaciado de intestinos.

Había todo tipo de herramientas quirúrgicas mezcladas con la sangre, la alfombra acartonada, los miembros amputados y la mierda esparcida como el abono en un campo fértil.

—Ostia puta. Este tío es un psicópata —ladró Chad y sus ojos se oscurecieron tornándose rojos. Como el reflejo de toda aquella sangre.

Dante no dijo nada. De su garganta solo salió algo parecido a un eructo. Tenía náuseas.

—¿De modo que Dios actúa así? —preguntó al silencio Mohamed.

La cámara del reportero estaba esperando en la puerta, pero pudo captar, por un resquicio algo parecido a una cabeza con los ojos abiertos, vidriosos, y que estaba sola, es decir, apartada del cuerpo. Esa imagen se retransmitió en directo y fue lo más perturbador de las noticias de aquel día.

La corresponsal no paraba de hablar, pero no tenía ni idea de qué hablaba exactamente. Mezclaba los churros con las meninas presas del nerviosismo y la desinformación. La policía no había hablado nada de todo lo sucedido. No había hecho declaraciones. Solo les había dicho que fueran con ellos.

—Hay una cabeza decapitada y los agentes de policía están vomitando sobre sus botas. Esto es un caos. Solo hemos podido ver un trozo de la entrada, pero ¿quién sabe que hay dentro? —La mujer del micrófono, alta y rubia, se movía con cierto nerviosismo haciendo incluso extrañas muecas con su boca—. La policía no nos ha dicho nada. Solo que vengamos a grabar y esto es lo primero que nos hemos encontrado. Una cabeza —repitió de nuevo.

Movía la mano izquierda como un remo en una competición de, precisamente eso; remo.

—Ahora hay instrumentos que analizar —dijo Dante—. Podemos encontrar alguna jodida huella que nos lleve a este psicópata.

Chad empezó a fumar de nuevo.

Los hábitos estaban encharcados y oscurecidos por la sangre. El horror estaba en cada esquina y el gore más absoluto se reflejaba en todas las retinas. Aquello era una orgia de sangre, miembros amputados, mierda y penes cortados dentro de varios botes de cristal. Chad no contó cuantos botes había en el centro de la habitación, perfectamente alineados, pero si vio que uno de los cuerpos estaba completo, aunque embadurnado de sangre.

El corazón le latió despacio y el humo lo sumió en una pregunta estúpida. ¿Se habría suicidado el asesino?

Al menos en ese momento le pareció estúpido pensar eso.

Pero se equivocó de nuevo.

Kostia se miró las cicatrices de las yemas de sus dedos y recordó, que al salir del ejército vagó por las calles como un drogadicto, y recordó cómo le dolían aquellos dedos. Tenía tiritas en todo ellos y nunca supo qué le habían hecho.

Ahora era el momento de mirarse las yemas inexistentes, pues estaban lisas como el suelo de linóleo.

—Lo has hecho —susurró a la pared—. Alexander, no te lo voy a contar. Esto no, amigo psiquiatra. Doctor especializado en trocear las mentes de los enfermos. En torturarlos con tus medicamentos. Esto no te lo contaré.

Y miró hacia la luz que entraba por la raja de la pared, en lo alto, como un hilo de oro. Era bello y pensó que también por allí entraba una suave brisa, como la del mar.

Y cerró los ojos.

Una semana después.

Chad había regresado al cuartel general de la Europol. Desde ese día no había sucedido nada más que se pareciera a lo que sus ojos habían ocultado al cerrarlos. El caso estaba casi cerrado porque tenían las huellas del asesino, pero algo no concordaba. Algo los dejó inquietantemente preocupados.

Las huellas dactilares pertenecían a un tal Kostia Kuznetsov. Antiguo soldado del ejército secreto de Rusia y estaba internado desde hacía siete años en el centro psiquiátrico de Moscú. Pabellón 2, ala derecha, donde el viento aullaba y lloraba por las noches.

El humo del puñetero cigarrillo se enroscó a lo largo de su cuello y después, envolvía su cabeza como una bolsa de plástico.

Pero esperaba algo más.

Una sorpresa.

Mensaje enviado a Markus dos días después.

Verás inspector Chad, o capitán Markus o el ridículo de Mohamed. Estuve allí. Entre ellos. Era el que estaba entero. Me cubrí la cara con unas apestosas tripas. En un momento de descuido. Cuando todos estaban fuera. Me escapé. Nadie contó los cadáveres. Nadie contó los botes con esas pollas dentro. Supongo que descubristeis el cadáver de Miguel. Pero, nadie ha analizado nunca el caso de Sevilla. Aquel pobre desgraciado se desangró en la cruz que le preparé, y en un agujero de una de las tablas dejé un mensaje que nadie encontró.

Decía:

Mi hermano gemelo Kostia Kuznetsov me fue arrebatado cuando éramos muy pequeños. Nunca supe nada de él, aunque creo que él sí de mí. A mí me recogió un cardenal y me trató muy bien, hasta que me la metió por el culo. Cuando lo maté con solo ocho años tuve que recoger todos los trozos del suelo.

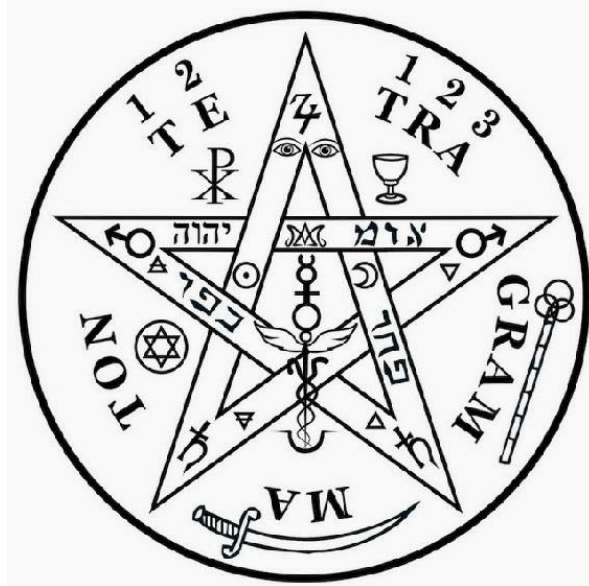
El mensaje continuaba:

El papa Francisco ha condenado la pederastia públicamente y yo estoy libre. Ha pedido perdón y el mundo ya conoce todas las barbaries que hasta ahora eran un secreto a voces.

Al fin puedo respirar tranquilo.

Vladimir Kuznetsov

FIN



## Biografía del autor

Crecí y empecé a escribir influenciado por el maestro del terror y el drama, Stephen King. Soy el autor de la biografía de su primera etapa como escritor. Además, he escrito una antología basada en la caja que encontró la cual pertenecía a su padre que era también escritor. Ahora escribo antologías y novelas de terror, suspenses y thrillers. En Amazon ya he publicado "Los inicios de Stephen King", "La caja de Stephen King", "La historia de Tom" la saga de zombis "Infectados", "Miedo en la medianoche", "Toda la vida a tu lado", "Arnie", "Cementerio de Camiones", "Siete libros, Siete pecados", "La casa de Bonmati", "El vigilante del Castillo", "El Sanatorio de Murcia", "Otoño lluvioso", "La primavera de Ann", "Ojos que no se abren", "Crímenes en verano" y "Mi lienzo es tu muerte". Pero no serán las únicas que pretendo

publicar este año.